

Con la luna de testigo



Una novela de

Ana María
Lomelí



Lectulandia

La protagonista de esta conmovedora novela, Maty Vélez, es una periodista que atraviesa un momento delicado. Su matrimonio entra en crisis, la relación con sus hijas es cada vez más distante y su estabilidad familiar se vuelve frágil.

Al enterarse de que un sismo ha sacudido Puerto Príncipe, Haití, decide que debe viajar a toda costa al lugar de los hechos. Nada la prepara para lo que está a punto de presenciar: niños huérfanos, familias que han perdido sus hogares, escasez de agua, alimentos y medicinas..., en suma, un país destrozado.

Ante la magnitud de la tragedia, Maty pone en perspectiva su propia vida y debe iniciar un profundo proceso de sanación, que la llevará a situaciones límite, en medio de circunstancias estremecedoras.

Con la luna de testigo, la novela debut de la destacada periodista Ana María Lomelí, nos hará reflexionar sobre la manera en que nos enfrentamos a nuestras adversidades. Una alegoría sobre el perdón, la esperanza y el reencuentro con nosotros mismos.

Ana María Lomelí

Con la luna de testigo

ePub r1.0

XcUiDi 24-05-2020

Título original: *Con la luna de testigo*
Ana María Lomelí, 2014

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

*A Elik, por su amor a prueba de todo.
A Etush, Itzik y Taly,
por su inquebrantable comprensión.
A los cuatro, por deslumbrar
mi corazón y hacerme un mejor ser humano.*

AGRADECIMIENTOS

A cada uno de ustedes, protagonistas de la historia que construyo momento a momento.

Gracias por ser parte de los días con sol y sobre todo por llenar de luz los espacios nublados.

Gracias primordialmente a TvAzteca y a Círculo Editorial Azteca por compartir esta aventura y darme los elementos para vivirla.

Muy en especial a un héroe anónimo de este episodio de mi vida, mi querido jefe, José Ignacio Suárez, director general de Azteca Noticias y Deportes.

Nacho, tu fe en mí ha sido cardinal en mi desempeño profesional.

INTRODUCCIÓN

Las letras han estado presentes en mi vida. Prudentes y pacientes, excelentes compañeras, vuelvo a ellas cuando más las necesito.

Las palabras son capaces de explicarlo todo. ¿Qué sería del amor o el odio, la pasión, la vida o el cosmos si no pudiéramos nombrarles?

Un día, no hace mucho, me costó trabajo ponerme de pie. Estaba abatida. La tristeza me había nublado el corazón y también el juicio. Casi sin pensarlo, comencé a escribir para consolar mi alma.

Así surgió este libro. Fue una terapia, un antídoto contra la devastación de la que fui testigo.

Escribo porque hay situaciones que nos desgarran y yo experimenté una de ellas. Escribo para buscarme, para entender el mundo, escribo por necesidad, sobre todo, para no olvidar.

Maty Vélez.

CAPÍTULO I

MATY

Sobre un futón a ras de suelo, Maty despertó aquella mañana y permaneció por largos minutos deslumbrada. La claridad del día se filtraba sin que una sola cortina la contuviera. Observó detenidamente aquel lugar, “decorado” con cojines desperdigados sobre el piso de duela y un par de mesas bajas. Contempló también varias plantas de sombra y un librero repleto de libros y revistas. El único detalle familiar era un cuadro de corcho adherido a una pared, lleno de fotografías de una familia perfecta. Los protagonistas eran una niña, una joven y Maty junto a un hombre guapo y elegante, acaso unos años mayor que ella. La estancia del departamento daba hacia una terraza con varias macetas en las que crecían tomates. A un lado, un telescopio apuntaba hacia los edificios vecinos. En esta nueva casa no abundaban los muebles, todo parecía improvisado, aunque era un sitio agradable gracias a la luz que se colaba por todas partes y a las copas de los árboles que se asomaban aquí y allá. Maty miraba hacia la calle a través de los grandes ventanales y a veces se le perdía la mirada en algún punto. En ese espacio, se sentía como una adolescente sin la presencia entrometida de sus padres. Es decir, libre, por lo menos, a ratos.

De reojo, entre las sábanas, Maty miró su reloj, lo único que llevaba puesto en su cuerpo desnudo junto con la alianza matrimonial. Se levantó dispuesta a iniciar su jornada de trabajo. Al recorrer la distancia hasta el baño pudo contemplarse en un espejo. Se sabía hermosa. Estaba casi segura de que nadie pensaría que pasaba de los cuarenta y dos años.

Después de bañarse y untarse cremas, se apresuró a enfundarse unos *jeans*, una blusa y unas botas que la hacían ver cómoda y atractiva. Era delgada, alta, de cabello oscuro, su piel trigueña enmarcaba un rostro firme coronado por unos ojos grandes, marrones y expresivos.

Eran las 7:35 am cuando encendió su laptop e intentó establecer una llamada por Skype, pero tras varios intentos fallidos desistió chasqueando la lengua. Guardó el aparato en un enorme bolso, consultó de nuevo la hora y salió de su casa de prisa, solo para regresar al instante. Caminó hasta su armario, extrajo unos pantalones y un *sweater* guardados por la envoltura de tintorería. Se apresuró hasta la terraza y cortó dos tomates que metió en su bolsa. Se marchó con tanta rapidez que ni siquiera puso todos los cerrojos de la puerta.

Las calles de la Ciudad de México estaban, para no variar, congestionadas, así que avanzó con lentitud en su Jeep. Después de un rato se internó en una densa zona popular, detuvo el vehículo de un rojo llamativo frente a una escuela pública, donde destacaba un grupo numeroso de gente unido para manifestarse contra las autoridades del colegio. Maty se apeó con el micrófono en una mano y en la otra una grabadora para incorporarse hábilmente entre la gente.

Para entonces ya hacía calor. Atrás de las cartulinas de protesta que levantaban los manifestantes se veían y escuchaban los autos, camiones, motocicletas y tráileres que circulaban por el lugar. Logró entrevistar a una mujer que se expresó muy enojada: “¡Estas son chingaderas!, ¡no se puede educar robando!”. Maty alejó el micrófono de la exaltada señora y habló por él mientras intentaba escuchar por los audífonos al conductor responsable del programa de radio. Se acomodó el “chícharo” para comentar:

—Así es, Rolando, esta congregación de padres de familia permanecerá ante el plantel hasta que no se aclare el destino de las cuotas que deben pagar. Su segunda exigencia es que no se interrumpan las clases.

Maty continuó la transmisión, entre gritos de reclamo de los manifestantes.

Tenía sentimientos encontrados; por un lado estaba abrumada por el ruido y el gentío, pero, por el otro, no podía evitar disfrutar de todo aquello. Se enorgulleció del impacto que tenía como comunicadora, aunque jamás lo hubiera confesado. Advertía que su misión en la vida radicaba en estar cerca de la gente, informarla para que pudiera tomar mejores decisiones. Maty no era famosa, no la iban parando por las calles, pero su voz sí resultaba conocidísima, no en vano había sido escuchada en la radio durante más de quince años en todo el país. Se sabía que se trataba de una periodista honesta y comprometida con sus causas.

A la par de su personaje público, mantenía un férreo control sobre la privacidad de su hogar, ahora de sus dos hogares, y de su vida íntima; siempre levantaba un cerco para blindar a su familia de los medios, aspecto que la hacía parecer un poco misteriosa ante la opinión pública. Quienes reconocían su voz, no imaginaban que tan solo un año atrás, detrás de esa locución profesional y templada, existía una mujer feliz que prefería estar en casa con su esposo y sus hijas antes que asistir a encuentros sociales o compromisos relacionados con su profesión. Nadie sospechaba por lo que atravesaba en aquellos momentos.

Maty también tenía defectos, como todo el mundo. Necesitaba controlarlo todo, es decir, *todo*. Y esa condición la habitaba, la empujaba a partirse por su familia y sus amistades, por lo menos así lo apreciaba ella. Sin embargo, su necesidad de dominio era como una capa de polvo fino que cubría todas sus relaciones y a veces molestaba a los demás.

Aquel día en particular, Maty pensaba en Vanesa, su hija mayor, y en cómo motivarla para que al fin tomara una decisión sobre qué hacer con su joven existencia, especialmente sobre qué carrera elegir. Mientras conducía su Jeep, hurgó en su bolsa hasta sacar un par de Kleenex y con ellos un jitomate que se comió a mordidas, sin mancharse. Desde niña, había sido adicta a esos frutos, no se cansaba de ellos y por más raro que pareciera, siempre traía uno en la bolsa, de ahí su afán por cultivarlos.

Dentro del Jeep vivía una mañana aparentemente tan común y corriente como otras, hasta que escuchó la transmisión de un cable informativo que lo alteró todo:

A las 13 horas 54 minutos, tiempo de México, se registró un terremoto de 8.1 grados en la escala de Richter en Puerto Príncipe, Haití. Todas las comunicaciones con ese país se han interrumpido, por lo que no se cuenta con información confiable sobre el grado de desastre, número de muertos o el daño de la infraestructura haitiana.

Al oír esto, el rostro de Maty se tornó lívido, como si experimentara un daño físico. El iris de sus ojos temblaba, cuando el sonido de un claxon la trajo de regreso al embotellado Periférico.

Buscó en diferentes estaciones del radio de su coche para enterarse más sobre el terremoto. Todas las noticias coincidían en dos puntos: primero, que el desastre era casi apocalíptico y, segundo, en la carencia de más información fiable, ya que no había comunicación con la capital de la isla.

Maty buscó su celular en el bolso y de inmediato marcó un número. La voz de una mujer joven respondió. La periodista le solicitó, después de saludarla, que la comunicara a la brevedad con el jefe. Esperó un tiempo largo hasta que Genaro, el director de noticias de la estación Radio Cadena Ser, tomó el auricular. Maty deseaba saber qué planes había para la cobertura de Haití. Genaro, preocupado, respondió que suministraría toda la información cuando la tuviera y para entonces sabría si era seguro o no enviar a alguien a la zona de desastre. Dijo que por el momento no había manera de trasladar a Haití a ningún reportero. En aquel desafortunado país el aeropuerto estaba cerrado y, por ende, los vuelos comerciales cancelados. Se hizo un largo silencio en la conversación. Después, Genaro aprovechó para preguntarle a Maty si estaría dispuesta a ir en caso de que pudiera trasladarla. A Maty le extrañó la pregunta, puesto que la respuesta era obvia, ella quería ir a toda costa. Luego de una pausa incómoda, Maty se despidió apresuradamente, pues estaba entrando otra llamada a su celular.

—Hola, hija, pensé que estarías en clase —saludó.

—Hola ma, solo salí para llamarte, es que es muy, muy Importante.

Maty suspiró.

—¿Y qué es eso tan importante?

—Ya sé que estoy castigada pero ¿me darías permiso de ir a casa de Tere? Todo mundo va a ir, y así no tendrías que venir por mí.

—Mijita, ya sabes que no hay negociación, no vas, punto. Además ya casi llego.

—Mami...

—Nos vemos ahí, Gaby.

Maty recorrió una gran parte de la ciudad hasta llegar a una avenida donde destacaba una fila de automóviles estacionados afuera de un colegio. Ella hizo lo propio. Mientras aguardaba, bajó las ventanillas y le marcó a Irina, una de sus mejores amigas, quien fungía como directora ejecutiva de la Cruz Roja Internacional. Después de platicar un poco con ella, le inquirió sobre las acciones que la Cruz Roja llevaría a cabo en Haití. Irina mencionó que lo que iba a revelarles era confidencial: esa noche volaría para llevar lo básico. Señaló que sería la única civil en ese avión. La misión consistiría en llevar comida, agua y medicamentos e intentar distribuirlos de la mejor manera posible. Mientras tanto, otros mandos de la Cruz Roja probarían entablar comunicación con el gobierno haitiano. Pasara lo que pasara, el avión de la Fuerza Armada regresaría en veinticuatro horas y, si la primera misión

resultaba un éxito y todos volvían sanos y salvos, realizarían una segunda misión en treinta y seis horas con mayor cantidad de víveres y medicinas.

Como Irina conocía bien a Maty, le preguntó:

—¿Qué estás pensando, pinche Maty?

Maty guardó un breve silencio antes de responder.

—Irina, tengo que volar en ese avión.

—Es imposible, solo irá personal del ejército y de la Cruz Roja. No hay manera de que te cuele en él.

Maty imploró que la incluyera. Continuó con su ruego sin parar, argumentando e insistiendo en que era muy importante para ella. Al final, más por quitársela de encima que por otra cosa, Irina interrumpió la llamada, no sin antes decirle que haría todo lo posible por subirla, ya vería ella cómo demonios.

De pronto se metió al Jeep una chica de catorce años, muy parecida a su madre. Gaby evitó el beso que Maty le ofreció en la mejilla, se acomodó en el asiento, se colocó el cinturón de seguridad y, evidentemente molesta, le cambió al radio. Maty prefirió optar por el silencio.

El Jeep llegó a un barrio elegante, donde la periodista había vivido hasta no mucho tiempo atrás con sus hijas y su esposo. Se estacionó en el garaje de una hermosa casa y descendió del vehículo con su hija. Maty cargaba la bolsa de tintorería con los pantalones y el *sweater* que trajera del apartamento. Se aferraba a ellos como si fuesen algo valioso.

Adentro, todo contrastaba con la otra vivienda. Los muebles eran de fino diseño, había varios libreros con los volúmenes muy bien organizados, cuadros valiosos, lo mismo que una que otra escultura sobre el suelo de mármol reluciente. Por toda la casa, ubicadas con buen gusto, se mostraban fotografías enmarcadas de la familia en las que se veía a Maty con Daniel, su esposo, con sus hijas, con los abuelos, los tíos, los primos y los perros. En aquella perfección contrastaban, botados con descuido, algunos cuadernos, una guitarra, unos tenis y otras cosas más de Gaby. Se respiraba hogar.

Gaby subió a su habitación haciendo gala de su enfado, mientras su madre se dirigió a la cocina para cerciorarse de que la comida estuviera lista. Entonces, Daniel llamó para avisar que no lo esperaran a comer.

Maty se sentó en la sala, tomó su iPad y buscó nueva información sobre Haití. A medida que veía imágenes del desastre, elucubraba la manera de viajar hasta allá. Finalmente se armó de valor y telefoneó al presidente de la Cruz Roja, viejo conocido, amigo de la infancia de Daniel.

Tan pronto pudo, fue directo al grano. Le pidió que la admitiera en el avión que abordaría el grupo de la Cruz Roja. El hombre se quedó pasmado, no atinaba qué decir. Quiso disuadirla, pero ante la insistencia de ella dejó entrever que algunos otros reporteros irían en la aeronave; Maty aprovechó para presionarlo hasta asegurarse de que la consideraría en la travesía. La periodista, por primera vez, sonrió ese día.

El rostro victorioso se volvió circunspecto cuando se comunicó con Daniel. Él la saludó cortés, pero un tanto frío. Ambos cruzaron algunas frases cotidianas sobre el trabajo y sobre Gaby. Sí, Daniel percibía en el tono de su esposa que algo se traía entre manos y la interrogó. Ella dudó por unos segundos antes de soltarle la bomba, pero finalmente le dijo que si había oído algo del terremoto en Haití. Daniel respondió que no, que había estado muy ocupado, sin enterarse de nada. Su mujer le brindó un breve resumen, aunque quiso presentar la situación menos grave de lo que era. Aun así, su marido leyó entre líneas y comprendió que debía de tratarse de una gran tragedia, ante lo cual ambos enmudecieron. Daniel fue el primero en volver a la plática.

—¿Me estás preguntando mi opinión para saber si debes ir o más bien me estás avisando que irás?

Maty se quedó callada.

—¿A qué hora vuelas? Porque me imagino que vuelas...

—El avión despegará a las diez de la noche.

—¿Hay alguna manera de convencerte de que no vayas?

—Hice tanto para poder ir que ahora sería patético echarme para atrás.

De nuevo un vacío en el teléfono.

—Al menos me dejarás llevarte al aeropuerto.

—Gracias, estaría bien.

Maty se percató de que Genaro la llamaba al celular, razón por la cual se las arregló para terminar la conversación con Daniel. Su jefe sabía ya que ella abordaría el avión de la Cruz Roja, la felicitó con efusividad y le explicó que enviaría a alguien más con ella.

Al colgar con Genaro, le pidió a Gaby que bajara a comer. Al cabo de unos minutos, con gran desagrado, la adolescente se sentó a la mesa. Estaba frustrada por no haber podido compartir la tarde con sus amigas. Sin embargo, su semblante se transformó cuando su mamá le dijo que en unas horas más saldría a un viaje de trabajo.

—No sabíamos nada de ese viaje, ¿verdad, ma?

—No, no estaba programado. Apenas me enteré hace un momento de que debía viajar.

—Qué padre que tú puedas hacer lo que se te da la gana. Y como ya ni vives aquí...

—Te pido, hija, que no nos despidamos enojadas.

—Eso depende de cuándo regreses, hoy ya no fui con mis amigas, pero el fin de semana hay un plan para ir a Cuerna con ellas. ¿Me das permiso?

—Regresaré más o menos en cinco días, y no mijita, no me gusta lo de Cuernavaca. Recuerda que estás castigada.

—Pero, deja que te explique... Vamos a hacer un trabajo.

—Discúlpame, pero si quieres, que vengan a tu casa. Fin de la discusión, chula. Termínate la ensalada.

Gaby se levantó airada de la mesa y corrió a encerrarse en su habitación. Su madre la siguió para atenuar el altercado, pero la hija optó por no abrirle puerta. Desde adentro le gritó:

—Ya entendí, estoy castigada. ¿Qué más? Que tengas buen viaje, que te diviertas.

Maty se desplomó en el sillón del pasillo por donde se accedía a las recámaras. Respiró profundo y dijo:

—Por favor, pórtate bien, sé buena, hijita. Voy a trabajar a Haití. Te amo.

Gaby, recostada en su cama, tuvo el impulso de salir a abrazar a su mamá, pero se contuvo.

Maty, apesadumbrada y con un dejo de culpa, descendió las escaleras y, sin terminar de comer, organizó su partida. Bajó a la cocina a recoger la ropa que había traído. Subió con ella y se introdujo en el cuarto contiguo al de Gaby. El orden confirmaba la ausencia de Vanesa. Los objetos, los colores de la habitación, incluso su perfume, evocaban a la viajera que recorría Europa con unas amigas.

Maty observó las fotos de Vanesa, siempre sonriente. Se parecía también a su madre. Sobre todo, ambas poseían la misma mirada. Maty vio en un pequeño joyero algunas cadenas de oro. Luego abrió el clóset y se perdió entre la ropa y el olor de su hija. Aprovechó para colgar lo que había recogido en la tintorería. Al hacerlo, detectó una de las blusas favoritas de su primogénita, una verde esmeralda. Maty la tomó y se la puso. Se contempló en el espejo y, tras echar una última ojeada por todos lados, abandonó el dormitorio.

De regreso a la estancia, con un desánimo repentino, reunió sus cosas y justo antes de irse, oyó el grito de Gaby:

—¡Ma!

Volvió la cabeza rápidamente, mientras su hija bajaba las escaleras a toda prisa. Fue Gaby esta vez quien le pidió a su madre que no se despidieran disgustadas. Las dos se abrazaron emocionadas.

Al llegar a su departamento se duchó, se vistió de nuevo con la blusa de Vanesa como si fuera un amuleto y, muy apresurada, hizo una maleta muy pequeña, donde acomodó principalmente herramientas de trabajo: baterías, cargadores, cámara, dos micrófonos y grabadoras extras. Metió un par de *jeans*, camisetas, ropa interior y una chamarra ligera.

Con todo y las carreras, se conectó por Skype para comunicarse con Vanesa, pero la conversación se oía entrecortada, casi no se entendían. Vanesa intentaba explicarle a su madre que estaba a punto de salir porque ya la esperaban.

Maty se desesperó e intentó enlazarse de nuevo, ahora desde su celular, pero el resultado fue idéntico. Se puso de muy mal humor y entonces alcanzó a oír mejor a Vanesa. La notó un poco rara. Quizás un poco distante. La comunicación era de tan mala calidad que las dos decidieron que lo mejor era cortar. Maty se quedó inquieta.

Mientras terminaba de revisar la casa, cerciorarse de que había cerrado las llaves de gas y regar las plantas, su mente se debatía entre los pensamientos del caos que le esperaba en la zona de desastre a la que estaba a punto de partir. Iba a encontrarse también —lo sabía, lo sentía— con su propio drama, pero no quería pensar en ello; después de todo, ¿qué podía hacer en ese momento? Estaba varada en un terreno movedizo, halada por fuerzas tan poderosas como contrarias. Por un lado, la firme vocación que la llevaría a Haití en unas horas y, por el otro, la determinación de una madre desesperada por reencontrar el rumbo con su familia. Quería volver a hablar con Gaby como lo hacía cuando ella era niña, y pensaba también en Vanesa, la hija con la que había perdido más que una videollamada. Un deber contra otro y, en ambos, un panorama desierto. Por instantes, tenía la sensación de ser un ligero pétalo en los férreos vientos del destino. Ante aquel trance, parecía no percatarse de que algunas lágrimas resbalaban por su rostro.

Dudaba si llevar o no su iPad, cuando sonó el teléfono. Era Daniel. Ya la esperaba abajo. Ella se desvió hacia la terraza, escogió dos tomates y, sin más, dejó el departamento y se precipitó al ascensor.

Una camioneta la aguardaba en la bahía del estacionamiento del edificio. Se subió en ella y besó en la mejilla a Daniel. Él la saludó poco afectivo. Mientras el coche arrancaba, solo se escuchaba la radio. Maty intentó entablar una conversación y le dijo a Daniel que ya iba siendo hora de que conociera su departamento. Daniel declinó la invitación. Respondió que ese día aún no había llegado.

Él manejaba preocupado, sin ganas de hablar. Maty, a su vez, estaba decepcionada por no haber podido comunicarse con Vanesa. Le contó a Daniel sobre el tema, y él hizo esfuerzos por calmarla, pidiéndole que a partir de ese momento se concentrara solo en ella, que él estaría al pendiente de las tres. En el camino rozó la mano de su mujer y luego la envolvió tiernamente con la suya.

—Maty, mi vida, por favor, cuídate —dijo con su voz grave.

Maty se quedó con un nudo en la garganta y miró a Daniel con dulzura.

Arribaron al hangar de la Fuerza Aérea. Había mucho movimiento. Daniel se estacionó lo más cerca que pudo. Acompañó a Maty hasta donde le permitieron entrar. Cargaba el *backpack* de su esposa. Cuando llegó el momento de despedirse, se miraron, se abrazaron y se besaron. Maty se colgó la mochila en la espalda. Antes de desaparecer por el pasillo, volteó hacia Daniel, se detuvo un instante y le arrojó un beso. Daniel sonrió y dijo para sí mismo: “Aquí te espero”.

CAPÍTULO II

LA ROCA, BARCELONA

La Roca, más que una discoteca, es un concepto de antro perfectamente representativo de esta nueva década: hay tres atmósferas distintas, la primera es un territorio de música hiperpop e hipercomercial, que luce abarrotado de jóvenes cuyo promedio de edad no rebasa los veinticinco años; la segunda atmósfera es un salón más arriesgado en su decoración, un poco extraño, oscuro y registra menor afluencia. Allí, el público tiene un promedio de edad más alto; la tercera es una atmósfera en una terraza abierta, que comunica a la frontera más alejada de La Roca con la playa, una playa de arena muy suave, que se extiende hasta el Mediterráneo. El ambiente en la playa resulta tranquilo y agradable, hay pequeños grupos o parejas sentados, fumando y bebiendo, mientras otros bailan. Curiosamente este espacio sosegado es consecuencia del concepto “antro silencioso”, que rige en esta zona de La Roca y que concilia la necesidad de solaz y armonía ante los decibeles de los salones internos, ya que existe la posibilidad de escuchar a tres distintos DJ, cuyas propuestas poseen una línea musical diversa. Esto ocurre gracias a que cada persona que se interna en la playa recibe un par de audífonos con control de volumen y frecuencia, de tal manera que se puede escoger al DJ preferido, así como el nivel de audio. El espectáculo, a la vista, es insólito por los movimientos de los que danzan a su propio ritmo, estremecidos por la música que solo ellos oyen.

En medio de numerosos grupillos de jóvenes resalta Vanesa, una bella muchacha de diecinueve años que no trae puestos los audífonos. Está sentada frente al mar, sola, observando en ese momento las casi inexistentes olas del Mediterráneo. Luce serena, elegante, su postura totalmente erguida la hace lucir con gran presencia. Su mirada es reflexiva. En su mente comienza a aflorar una noción de la fuerza que posee a su edad, de lo afortunada que ha sido su vida y de lo que podría, de ahora en adelante, hacer consigo misma.

Piensa que este viaje ha sido aleccionador, un despertar suave pero tremendo en vivencias que la han extirpado de la burbuja perfecta en la que se encontraba. Estar sola significa para ella, así como para su círculo íntimo, formado por dos amigas, no convivir por lo pronto con su familia. Esa “soledad” le ha abierto los ojos al mundo, al que ve distinto, sintiéndose, ella también, distinta.

En este momento Vanesa enciende un porro, fuma y repasa su vida, sus recuerdos vagan por su casa, despierta en su memoria el resto de sus amigos de México y el de su exnovio (fue un drama el momento de la separación, pero con el tiempo se ha convertido en un acierto tenerlo lejos). Su mente se estaciona en su familia: Gaby, su hermana, su padre y su madre, quizás los seres que más ama, aunque irónicamente en los que menos ha pensado durante este viaje. Gaby es su adoración, ese trocito de luz y de gran inteligencia que Vane entiende como una extensión de sí misma. Valora lo genial que es la existencia de Gaby. Las reflexiones de Vane van aún más allá. Hace un ejercicio, un juego de cálculo de amor y, aunque en su monólogo se pregunta cómo debería medirse el amor, sin encontrar la respuesta, prosigue con su pasatiempo. Se aventura a medir a quién quiere más, ¿a su padre o a su madre? “Buena pregunta. ¿A quién quiero más?”. Suspira profundo, y al regresar la mirada al mar, le viene a la cabeza la imagen de su madre.

“Mi mamá, seguro está desquiciada. Con un océano de por medio, por primera vez no tiene ningún control sobre mí. Si tan solo pudiera entender que controlarlo todo sirve nada más para alejar a la banda. Dios mío, es taaaan exagerada. '¿Con quién vas?, ¿a dónde vas?, ¿qué harás? ¿Por qué? ¿Para qué?'. Lo peor es que después de contestarle cada pinche pregunta se atreve a llamar por teléfono para preguntar lo mismo de nuevo. Me enferma su forma dizque de ‘cuidarme’, me fastidia. No sé si así son todas las mamás, pero la mía es demasiado intensa para mi gusto. Sería un paro para ambas no discutir tanto. Pero la neta lo veo imposible. Vive acelerada y no se da ni cuenta. Sí, sí, ya sé, dizque muy profesional y exitosa. Pero ¿para qué, si ni lo disfruta? No sé cómo mi padre se casó con ella. Él es enorme, fuera de serie. Es un amor, es brillante, hasta simpático. Lo que más me impresiona es su personalidad. Guapísimo, lo amo. Neta que casarse con él fue lo mejor que hizo mi mamá en su vida. Lástima que no durara para siempre. Jamás se lo voy a perdonar. Quién sabe qué se le metió en la cabeza para largarse de la casa, ¿a quién se le ocurre irse de casa después de tantos años?, ¿quién es tan subnormal para dejar su casa así? Que nos deje a nosotras, lo entiendo, ¿pero

dejar a mi papá? Solo a ella se le ocurre. Lo peor es que, después de hacer sus chingaderas, se atreve a exigirme que sea responsable. Sí cómo no, el burro hablando de orejas. Me revienta el hígado... me da tristeza”.

El hachís que Vanesa fumó hace unos momentos ha hecho efecto y la ha conducido a un estado introspectivo. Ahora retoma el juego del cálculo, saber si quiere más a su madre o a su padre, pero asume que no puede compararlos, en su juego mental le es imposible mezclar ese tipo de sentimientos. Llevando su experimento al límite, se pregunta: si ambos estuvieran desangrándose en la selva y su sangre solo sirviera para uno de ellos, ¿a quién se la daría? Obvio, su papá la obligaría a darle la sangre a su mamá. ¿Y si él estuviera inconsciente? Aun así lo tendría que hacer, pues sabe que su papá la dejaría de amar si ella lo hubiera salvado a él en vez de a su mamá.

Una parejita, chico-chico, demasiado ebrios y efusivos, sale de su espacio de baile y uno de ellos tropieza con Vanesa, ambos se disculpan y se marchan aún más efusivos que avergonzados.

Ella finaliza la ronda de especulaciones, reparando en lo interesante que ha sido fumar hachís. Es la primera droga que ha probado en su vida, antes habían pasado frente a ella todo tipo de estupefacientes —mariguana, cocaína, éxtasis, LSD— pero había decidido no probar nada hasta sentirse segura y con ganas, no a la fuerza como muchos de su círculo acostumbran a hacer por pura presión social. En su mundo no es difícil conseguir drogas, de hecho, en el mundo de cualquiera siempre están alrededor. Y esa noche en La Roca ha conocido a una chica muy amable, amiga de una amiga de México. Simpatizaron mucho, hablaron y hablaron hasta que un amigo de su nueva conocida les ofreció hash y ambas fumaron un poco. Ahí, ante el Mediterráneo y sintiéndose en confianza, Vanesa creyó que quizás era el momento, para eso preguntó los riesgos, la duración del efecto y al no escuchar nada descabellado, fumó varias caladas que le permitieron acceder a una fase de placidez y a un curso de pensamiento agradabilísimo, tan agradable que, incluso en medio del antro y rodeada de cientos de jóvenes, le apeteció recogerse en sí misma, y permitirse toda clase de elucubraciones.

Al desplazar su mirada por la playa, descubre a sus amigas. A Karina la ve bailando con Jordi, un *catalanet* que se ha prendado de ella desde que llegaron a La Roca. Ve también a Sara y Jaime, el insoportable hombre-parche que Sara se ha traído desde México. Los ve discutir, como lo hacen en todo lugar y en todo momento. “Puff, qué hueva tener un novio así de intensito”. Por el nivel de discusión, deduce que deben quedar pocos minutos

antes de que el pleito explote y Sara comience a buscar a sus amigas para largarse dramáticamente como acostumbra.

Aún sigue sentada sobre la playa viendo el mar cuando un tipo de unos treinta años se sienta junto a ella y le ofrece un cigarrillo. Decide aceptarlo, el tipo se lo prende y ella le da dos fumaditas. De inmediato, siente una arcada en su estómago, atraviesa los pulmones y se escapa por su boca. Tose y apaga el cigarro, pero lo echa en su bolsa para no dejarlo sobre la arena. Decide que ese fue el último chance que le dio al tabaco, y con este intento confirma que nunca será una fumadora en su vida.

El chico le hace conversación. Que de dónde es, que si cuántos años tiene, que con quién viene y tal. Vanesa lo encuentra guapo, educado, pero nunca su tipo —al menos no en esta vida—. Se lamenta de que los últimos momentos de esta noche tan agradable ante el mar los deba invertir en una plática que no quiere tener, pero se resiste a ser grosera y contesta con monosílabos, apenas corteses. Tras unos segundos de “conversación” ruega que ya llegue Sara, quien aparece de pronto caminando por la playa. Es evidente que está muy molesta con el “parche” que la sigue algunos metros atrás.

—Vane, Jaime es un pendejo, hay que largarnos, pero ya.

—¿Y apenas te das cuenta? ¿No podías haberlo descubierto en el aeropuerto de México?

Sara ignora el comentario y recorre la playa buscando a Karina. La localiza en una esquina, besándose y bailando con Jordi, cerca del mar. Sara, sin pensarlo, llama a Karina a gritos, pero como su amiga trae audífonos, no oye más que al DJ. Con el enojo desatado se encamina hacia la pareja para exigirle a Karina que abandonen el lugar.

Jaime, por su lado, se sienta cerca de Vanesa.

—Jaime, ¿para qué viniste a este viaje?, ¿para agarrarte del chongo con Sara todos los maldito días?

—Pregúntaselo a ella, insistió por meses en que la acompañara.

—Pues están muy mal los dos, porque por culpa de ustedes los demás nos pasamos a joder, aguantando su drama constante.

Jaime, irritado, se levanta sin decirle nada más. Unos segundos después reaparece Sara con Karina y Jordi, ellos dos muy sonrientes, en pleno arrumaco.

—¿Y dónde está ese estúpido?

—Se levantó y se fue, Sara.

—¿Cómo?, ¿qué le pasa? ¿No piensa o qué?

—Pues tú dijiste que nos fuéramos sin él.

—¡Pero no que nos íbamos ya!

Vanesa se desespera. Es evidente que Sara pretende aguardar a que regrese Jaime.

—¿Y ahora qué hacemos, Vane?

A Vanesa la noche se le ha roto y lo único que siente es un cansancio infinito, quiere llegar ya al hotel, desnudarse, meterse a la cama y cerrar los ojos. Hace el intento de abandonar la playa por sí misma.

—Pues yo me marchó.

El tipo del cigarro, que ha permanecido a su lado todo este tiempo, también se pone de pie y emite un brillo de esperanza a través de la mirada.

—Pero no te hagas ilusiones. Conmigo no vienes —le advierte Vanesa.

Y mirando a Karina, quien finalmente ha dejado de besarse con Jordi, le pregunta con ademanes qué harán. Karina entiende, asiente y se quita los audífonos, Jordi la imita. Sara pide que la esperen, que irá a buscar a Jaime. Karina replica que ya lo mande a la chingada. Vanesa se queja de que primero viene Sara a remolcarlas y ahora tendrán que esperar quién sabe cuánto más a ese güey.

—Con un poco de suerte, ya va en camino al aeropuerto a tomar el primer vuelo a México —comenta.

A Sara le disgusta la broma, Karina se pone del lado de Vanesa hasta que segundos más tarde reaparece Jaime con una cerveza en la mano.

El grupo —ya sin el chico del cigarro, quien captó la hostilidad de Vane y prefirió quedarse en la playita— cruza La Roca por el primer salón abarrotado, y luego por el salón más grande donde resuena un ponchis ponchis a un volumen altísimo que contagia a decenas de danzantes en la sala. Finalmente, el grupo desemboca en la entrada del antro. Ya en la calle, Vanesa y Sara deciden la logística de movilización al hotel mientras Karina y Jordi han vuelto a prenderse a besos toqueteándose mutuamente el trasero.

Las dos chicas detienen un taxi que las llevará a su hotel en la otra punta de la ciudad. Sara despega a Karina de Jordi y las tres se suben al coche. Jaime y Jordi se quedan en la calle donde ambos beben de la misma botella de cerveza.

Una vez en el auto, las chicas comienzan a hablar sobre esa noche, todas al unísono, muy estimuladas. En su diálogo sobresalen frasecitas del tipo: “Y me ofreció hash” o “Ese pinche españolito besaba rebien, el cabrón” o “Jaime es un pendejo”.

La conversación atropellada se rompe cuando el taxista, un tipo de cara poco amigable, pregunta:

—¿También venís de Sudamérica?

—No, más bien de México.

—Por eso, Sudamérica.

—No, Sudamérica es una cosa, Norteamérica otra, ahí estamos nosotros.

El taxista guía el coche alejándose de la zona de antros de Barcelona y avanza por las vías rápidas en medio de la noche. Para provocar un pelín de debate y divertirse, comenta en broma:

—¿Estáis seguras? Porque tengo la idea de que México es Sudamérica, además como que os va más el rollo, así argentino, peruano, de todo eso, como que son lo mismo.

—Claro, como que España y África son lo mismo también. Tú estás más cerca de África que yo de Perú —arremete Vane.

El taxista sube un poco el tono de voz:

—Qué va, yo no tengo que ver con ningún negro holgazán.

—Mi amiga se lo dijo en términos geográficos, y usted nos sale con el rollo racista. ¡Hoy sí que no tuvimos suerte, puros idiotas! —Agrega Sara.

—Pues para mí, lo mismo, que son unos holgazanes. Y nosotros no tenemos que ver con ellos.

—Pues con quien no queremos tener nada que ver es con usted —dice Vanesa—, así que déjenos aquí.

El taxista se orilla en una zona de la calle y se detiene.

—Como prefiráis. Saludos a todos en *Sudacalandia*.

Karina sale de su estado de infatuación con Jordi para insultar al chofer:

—Y tú salúdame a tu puta madre.

Karina saca un billete de diez euros, que es lo que marca el taxímetro, lo arruga y se lo arroja al “plomazo” de taxista.

Las jóvenes se dan cuenta ahora de que se han bajado en una zona bastante oscura y no tan agradable de Barcelona. Sara sugiere que esperen otro taxi, Vanesa prefiere caminar un rato hasta encontrar uno. Karina pregunta quién tiene crédito para llamar a un taxi, pero a las tres se les ha agotado. Vanesa toma por una calle en dirección al hotel, las otras van tras ella.

Un teléfono suena y las tres chicas saltan. Es el de Vanesa, quien contesta rápido, pero la comunicación se oye muy mal.

—¿Hola?

—Hola Vane, ¿cómo estás? ¿Me escuchas, mijita?

—Hola, ma, ¿cómo estás? No sé por qué, pero te oigo pésimo.

Maty y su hija intentan hablar, pero la llamada se corta rápidamente, unos segundos más tarde su celular repiquetea.

—¿Ma?

—¿Me oyes mejor?

—No, pero dime qué pasa. ¿Cómo andas, mamá?

—Todo bien, es que debo salir de viaje.

—¿Y a dónde es esta vez?

—No te escucho nada, mijita, estoy por volar a Haití.

—¿A dónde? ¿A dónde vas esta vez?

—¿Supiste lo que pasó en Haití?

—¿Dónde vas?, ¿cuándo vuelves?

—¡No te oigo!

—¡Ma! ¡No te oigo nada! ¿Me llamas mejor mañana?

A Vanesa no le gusta que su madre viaje sola. Esta vez no se imagina que Maty se desplazará a una zona arrasada por un terremoto. No tiene la menor idea de la tragedia que ha ocurrido en Haití.

Las tres amigas continúan platicando y comentando los incidentes nocturnos. En eso, unos diez jóvenes, de aproximadamente quince años, surgen de una calle y caminan en la misma dirección que ellas. Las chicas van muy distraídas hasta que a Karina le llama la atención la pronta cercanía de los chavos, lo que la desconcierta. Vanesa replica que están en Barcelona y que no sea paranoica, además, echándoles un vistazo, para ella se ven decentes.

La pandilla llega hasta ellas. Todos se ven bastante normales, con la particularidad de que vienen borrachos. Justo cuando rebasan a las amigas, uno de los jóvenes se tropieza con Vanesa, que va al frente, y al hacerlo, le arranca su bolso; los demás aprovechan esta señal para hacer lo mismo con Karina y Sara. Se dan a la fuga, ellas intentan perseguirlos, pero es inútil. Vanesa comprende lo absurdo de la persecución y se detiene. Karina y Sara se paran en seco junto a ella resoplando. Cuando Sara recupera el aire, le reprocha a Vanesa:

—“¿Por qué no caminamos?”. Fue tu pinche idea.

—¡Cálmate! Quien empezó a discutir con el taxista fuiste tú, Sara. Ese es tu problema, siempre tienes que atacar al otro, tú no te equivocas, Doña Perfecta.

Las tres amigas discuten acaloradamente por largo rato hasta que, por fin, llegan al hotel. Ya en la habitación sopesan si deben avisar o no a sus padres.

A favor está el hecho de que carecen de fondos y, para acceder a ellos, necesitan nuevas tarjetas, que habrán de tramitarlas los padres, el “alto mando”.

En contra tienen su mala reputación, pues apenas hace una semana, tras una regata en Grecia, dejaron sus cosas en el velero, llovió, se armó un caos y terminaron sin bolsas y sin dinero. Llamaron a México a las cuatro de la mañana para pedir ayuda. Por eso saben que si ahora vuelven con la misma historia se organizará un escándalo que pondría en riesgo su credibilidad y, como consecuencia, habría más monitoreo y control paterno.

Vanesa no quiere pensar en nada, por hoy ha sido suficiente. A la rabia que le produce el aguafiestas de Jaime, el taxista altanero y los ladrones se suma la frívola pero inevitable angustia del dinero y, principalmente, la sorpresiva noticia del próximo viaje de su madre. En el fondo, se siente preocupada, tal vez hasta culpable. ¿Por qué? No lo sabe, quizá por las fallas que le impidieron hablar por el teléfono y, muy probablemente, por la sensación de que las deficiencias en la comunicación con su madre no se limitan a una avería tecnológica. Aún bajo el efecto del *hash* en su cabeza, se refugia en su cama y cierra los ojos. Mañana será otro día.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE CASI PERFECTO

Una mañana de primavera capitalina, agradable y enmarcada por los árboles de jacarandas, Daniel y sus socios jugaban golf como casi todos los jueves. Esa vez, sin embargo, se hallaban un tanto inquietos, ya que habían trabajado sin descanso para presentar un gran proyecto en el que estaban interesados unos inversionistas japoneses. El grupo Takishira deseaba invertir una gran cantidad de recursos para convertirse en una compañía sustentable en todas sus plantas de Latinoamérica. Con esta finalidad se acercaron al consorcio de Daniel, para quien, como ingeniero ambiental, conseguir la participación japonesa significaba uno de los retos más ambiciosos en la historia de la empresa, pues Takishira constituía una de las mayores constructoras primordiales de Japón, siempre preocupada por el medio ambiente.

Daniel se encontraba particularmente nervioso, aunque lo disimulaba. Por la tarde se llevaría a cabo la junta definitiva con el señor Hisura, presidente y socio mayoritario de Takishira. El juego de golf concluyó sin que se relajara. Era temprano, las ocho y media de la mañana, así que contaba con suficiente tiempo para bañarse, desayunar y presentarse en la oficina a desahogar lo más inmediato, para luego concentrarse en la estrategia de la reunión. La junta empezaría a las cinco en punto de la tarde. Se compró un café y un muffin en el camino, pues prefería estar en su oficina, donde revisaría todo. Su perfeccionismo lo conducía a un profundo nivel de ansiedad que le encendía los motores.

Repasó personalmente todos los detalles para el encuentro. Habilitó traductores en inglés, japonés y español. Verificó con su equipo el protocolo y la minuta de la reunión varias veces, hasta que ajustó todo. A las tres de la tarde se fueron a comer, pero Daniel solo dio tres bocados a una ensalada. Tenía una sensación molesta en la boca del estómago, como cuando presentaba exámenes en las universidades en las que estudió. Prefirió

adelantarse. Llegó a la sala de juntas a las cuatro veinticinco de la tarde. Contó diez lugares en la mesa. Supervisó el funcionamiento de varios audífonos al azar, examinó la colocación del servicio de *catering*, los monitores, la temperatura del salón, en fin, inspeccionó todo.

Los japoneses se presentaron quince minutos antes de la cita. Daniel los recibió en la entrada. Le sorprendió la comitiva, esperaba encontrar a seis caballeros, entre ellos a Tsetusya Hisura, a quien ya conocía; pero en vez de él, venía una mujer. Se trataba de Nanamy Hisura, hija del dueño de la constructora. Nanamy, muy perspicaz, leyó la decepción en el rostro de Daniel y en un español, con acento, le explicó que hacía algunos meses que su padre sufría del corazón y solo asistía a reuniones muy específicas, esta era una de ellas, pero desafortunadamente canceló el viaje por instrucciones de su médico.

Daniel se desanimó un poco. Siempre se había entrevistado con el padre. Pensó que el convenio no se realizaría. La reunión sería una pérdida de tiempo. Mantuvo el aplomo, sin embargo. Comenzaron en punto de las cinco. Daniel y sus socios efectuaron la presentación del proyecto, mirándose unos a otros de soslayo. Al principio el ambiente era solemne, pero poco a poco, conforme la exposición resultaba clara y por demás interesante, los asistentes se relajaron. Hacia el final se podía percibir ya la buena química entre los dos equipos, el japonés y el mexicano. A decir verdad, las propuestas se desarrollaban con gran agilidad, hasta que Nanamy se puso de pie y preguntó directamente a Daniel cuáles serían los obstáculos a vencer y, por último, cuánto le costaría a la constructora el cambio hacia la sustentabilidad.

Nanamy era una mujer muy atractiva. No muy alta, delgada, su figura y sus facciones parecían obra de un escultor. Sus ojos color miel contrastaban con su cabello negro y su piel blanca. Caminaba por la sala de juntas segura de sí misma y con una elegancia innata. Hablaba con fluidez español e inglés y sus observaciones resultaban brillantes. La japonesa hacía gala de su audacia y de su conocimiento de Occidente. Su franqueza sacó de balance a Daniel, quien al principio le respondió un poco ríspido. Para hacer un cambio tan radical en el proceso productivo de la empresa de su padre se necesitaba una inversión muy fuerte, así como dejar de producir al ritmo que la constructora acostumbraba. Esto sería por un breve periodo, pero el beneficio a la larga superaría por mucho sus costos. Daniel dictó una apasionada cátedra, con enorme claridad y gran contundencia. Nanamy, aunque amable, fue directa y aguda en su réplica y en sus interrogantes. Daniel respondió

preciso a cada uno de las dudas de su contraparte, de tal manera que la japonesa y sus asesores quedaron convencidos con los argumentos.

Al término de la reunión, como buenos anfitriones, los mexicanos llevaron a cenar a los japoneses. En el camino, Daniel telefoneó a su esposa.

—¿Se te antoja venir a cenar con nosotros, Maty?

—¡Puff! Gaby se sintió mal durante todo el día. Parece que es una infección del estómago. La llevé al médico y le hizo análisis para saber con seguridad de qué se trata. Vomitó varias veces y, aunque ya está mejor con los antibióticos, me da no sé qué salir si la *princess* está enfermita.

—No me digas, Maty, me encantaría que me acompañaras. ¿De veras la ves muy mal ahorita?

—La verdad es que sí la veo bastante debilucha, entre el vómito y la calentura, no se vaya a deshidratar. Ojalá no sea algo grave. Pero cuéntame cómo estuvo. ¿Cómo te fue con el señor Hisura?

—Me dejó plantado. Su doc no lo dejó viajar, pero vino su hija. Una mujer joven, la verdad pensé que solo perderíamos el tiempo, pero salieron las cosas.

—¿Ah sí? Mmmmmm, se ve que te apantalló y... ¿guapa?

—Nada del otro mundo. Trataré de que sea una cena breve, en cuanto pueda me escapo... Quiero llegar a ver a Gaby, dale un beso de mi parte, espero que se sienta mejor.

—Gracias amor, no te tardes ¡eh!

Apenas escuchó la despedida, pues se le acabó la pila. En esos momentos iba llegando al restaurante, un lugar famoso por la comida mexicana, ubicado en el Bosque de Chapultepec. Se disculpó por el retraso, pues un par de asuntos lo retuvieron en la oficina. Cuando se incorporó a la mesa, ya todos estaban sentados. Siguiendo el protocolo, se acomodó al lado izquierdo de Nanamy y le solicitó a un mesero que conectara su celular. Los visitantes manifestaban su complacencia sonriendo e inclinando la cabeza.

Nanamy quedó deleitada con la gastronomía mexicana. Su anterior visita había sido a Tijuana, en una escapada con sus *roommates* de Stanford y conocía muy poco del país, pero ahora quería saberlo todo. Poco antes de la media noche, Daniel se levantó junto con todos los comensales. Segundos después, mientras el valet *parking* traía los coches hubo uno de esos extraños y confusos instantes que ocurren durante las despedidas. Nanamy terminó en el auto de Daniel y pasaron por un bar.

Palabras más, palabras menos, Nanamy decidió probar el tequila. Daniel sugirió que lo hiciera con cuidado, pues se trataba de una bebida fuerte. Ese

fue solo el inicio de una velada divertida, con varios tequilas más. A las dos de la mañana salieron del bar y fueron rumbo al hotel. En el coche, Daniel descubrió que tenía varias llamadas perdidas. Nanamy estaba un poco mareada y él la acompañó hasta el elevador. Era innegable que los dos se atraían. Se decían adiós pero ninguno se iba. Ni ella se metía al ascensor ni Daniel terminaba por marcharse. Sonó el celular: era Maty. Él contestó a la primera.

—Estamos terminando y en veinte minutos estaré en casa. ¿Cómo sigue Gaby?

—Un poco mejor, pero ya te tardaste demasiado, ¿no? Como no contestabas me preocupé y llamé al restaurante me dijeron que habías salido hace dos horas. ¿Dónde estás?

Daniel se molestó por las preguntas de su esposa.

—Ok, enseguida nos vemos. No tardo.

Nanamy notó turbado a Daniel después de la llamada y prefirió subir, sola, a su habitación. Al despedirse, ambos se besaron en la boca. Daniel casi se muere.

—Nanamy, fue un día magnifico. Nos vemos mañana.

Ella no dijo nada, simplemente observó a Daniel hasta que las puertas del elevador se cerraron.

Daniel llegó apresurado a casa. Maty ya estaba dormida en la cama de Gaby. Él las cobijó y las besó. Maty apenas respondió al beso, se acurrucó y se volvió a dormir.

En su recámara, Daniel tardó un poco en realizar su ritual nocturno, se sacó las llaves, dejó su cartera en el buró, las monedas las acomodó en una cajita, se cepilló los dientes y se puso su pijama. Imposible conciliar el sueño pues no se cansaba de repetir en su memoria aquel beso accidental y afortunado que, sin saberlo, acababa de desatar una apasionada revuelta. ¡Un segundo, solo fue un segundo! ¿Desde cuándo un santiamén podía tener tantas repercusiones? Sin embargo, aquel instante se había vuelto eterno a fuerza de repetirse en la cabeza de Daniel. El atribulado hombre, cuyo corazón lo había convertido en un adolescente, decidió encender la luz y leer un rato. No quería reconocerlo, pero Nanamy había acaparado su atención, y tal vez en forma exagerada. ¿Qué estaba pasando? Lo que sentía no correspondía a la intensidad del inocente accidente que había ocurrido.

La compañía japonesa se decidió a favor de la empresa de Daniel; él y la joven nipona comenzaron a trabajar y a verse de manera constante. Los días

transcurrieron entre reuniones de Daniel y Nanamy. Sus recién descubiertos deseos marcaban el ritmo de las jornadas, apresuraban el tiempo, sacudían los ánimos y lo conducían hacia episodios insospechados. Una cosa dio pie a la otra. El tiempo, la cercanía, la oportunidad de hacer a un lado el hastío y el tedio que el día al día se encarga de agigantar eran tentaciones demasiado impetuosas para la frágil voluntad de Daniel. Ni la relación laboral, ni la amistad satisfacían semejantes inquietudes.

Nanamy y Daniel se hicieron más que amigos. Ella confiaba en el desenlace, lo había buscado y conocía lo suficiente sus encantos. Tenía esa actitud soñadora y hasta soberbia que solo se experimenta en la juventud. Él no supo bien a bien cómo acabó viviendo esa odisea, no creía haberla llamado y, en aras de no alterar su conciencia, prefería considerarse un damnificado del destino. Finalmente, eso qué importaba. Estaba eufórico y se sentía aliviado porque no tenía que disimularlo gracias al parapeto del proyecto ganado. Disfrutaba ese egoísta placer de saber que nadie más conocía la verdadera razón de su entusiasmo.

En casa, evidentemente, Daniel era distinto. Se le notaba ausente. Maty lo cuestionó varias veces. Él argumentaba que la tensión del trabajo lo afectaba. Le incomodaban las preguntas de su esposa y buscaba el menor pretexto para terminar esas conversaciones que lo hacían sentirse víctima de un interrogatorio judicial. La curiosidad de Maty no era invasiva, pero los remordimientos de Daniel hacían que se sintiera perseguido, acosado, descubierto. Era verdad lo que le había dicho, se sentía presionado pero no precisamente por asuntos de trabajo. Era un remolino de emociones y sensaciones nuevas el que oprimía su pecho y saturaba su mente.

Daniel sabía que el asunto ya había traspasado algunos límites y que, sin pensarlo, y menos pretenderlo, había puesto en jaque su tranquilidad, el futuro de su matrimonio y la confianza de su familia. Cuando empezaba a sentirse culpable, sus pensamientos eran borrados por la imagen de la sonrisa de Nanamy, como un bálsamo en el oscuro infierno de los remordimientos.

¿Qué tenía aquella mujer que le hacía perder el control? Tal vez era su libertad o su rebeldía; quizá su insolencia. No lo sabía a ciencia cierta, pero aquella jovencita le devolvía un reflejo de sí mismo que resaltaba cualidades que creía muertas.

Nadie hubiera imaginado que era capaz de mantener una aventura, un romance. Ni siquiera él. Nanamy le movió todo, fue como una bocanada de aire fresco. Ella era simpática y alegre en lo cotidiano; en los negocios, impecable y, en la cama, un huracán. Cariñosa, tierna, apasionada e

impredecible. Virtudes que lo traían loco. Con ella Daniel sabía a qué hora comenzarían sus encuentros, pero jamás a qué hora terminarían.

¿Cómo explicar esa relación con palabras? Para Daniel significaba algo prohibido, algo que hubiera querido evitar, pero simplemente fue imposible resistírsele. Ella resultaba diferente, estilizada y sexualmente insaciable. Esos momentos fueron una deliciosa oportunidad para liberar esa recia atracción mutua. Se disfrutaron en forma plena y las huellas de esa pasión quedaron impresas lo mismo en una terraza, en la tina, en la oficina o hasta en un elevador. Nanamy no le tenía miedo a nada. A veces Daniel se divertía tratando de contenerla, cuando estaban en lugares públicos.

Un día, como muchos otros, llegaron a la habitación del hotel donde se hospedaba Nanamy. Besos, besos y más besos. Nada más entrar, tiraron bolsas y computadoras y ahí, en la sala de la *suite*, comenzaron a amarse de nuevo. Nanamy no se fijó que, al quitarle el cinturón, estrelló el reloj de su amante contra un jarrón. Allá fue a dar el Piaget de oro, el último regalo que le diera su padre. Daniel de inmediato se irguió para recogerlo. Triste, acarició con un índice la carátula que se había estropeado tanto que sería muy difícil arreglarla.

Con el pelo revuelto, se enfundó los pantalones. Se hallaba como poseído, como si con el reloj roto le hubieran dado una sacudida. En ese momento volvió a tomar las riendas de su vida. Le dijo a Nanamy:

—Perdóname. No sé en qué he estado pensando. Estoy equivocado. La verdad es que desde que llegaste estoy luchando por ser quien no soy. Eres una mujer encantadora, capaz de hacer feliz a cualquiera. Soy un idiota y no sé cómo decirte que me perdones, pero estamos cometiendo un error.

Daniel quería seguir dando explicaciones, pero ella le ofreció su camisa, no dijo ni una sola palabra ni dejó de mirarlo. Cuando él terminó de vestirse, ella, casi desnuda, le abrió la puerta. Él quiso hablar más, pero ella le pidió que se largara, no quiso escucharlo, le entregó su saco y le dijo adiós.

En el elevador, Daniel miró su reloj destrozado. Ya en la planta baja, con el reloj en las manos y su saco en el antebrazo, intentó salir justo cuando se abrieron las puertas del ascensor, pero por la prisa chocó con un hombre que entraba también con premura, lo que provocó que el reloj se cayera al piso. Daniel se molestó. Ambos, de mal humor, intercambiaron palabras poco amables. Daniel se agachó para recoger el reloj y rápidamente salió del elevador. No oyó que el tipo le gritaba algo mientras se cerraban las puertas. Daniel creyó que lo insultaba y se alejó tan rápido como pudo.

Con una gran carga de angustia, subió a su coche y arrancó con un chirrido de llantas. Durante un larguísimo rato manejó sin rumbo.

Eran cerca de las dos de la mañana cuando volvió a su casa, por lo que le sorprendió ver a Maty sentada en la mesa del comedor, con una copa de vino tinto en la mano.

Daniel se sentía culpable y con un gran desasosiego, así que se sentó junto ella y se sirvió también un poco de vino.

—¿Pasa algo?

—Aún no lo sé. ¿Dónde estabas?

—Terminando el diseño para la presentación del jueves, estamos un poco atrasados y ya quiero acabarlo cuanto antes.

—¿Significa que vienes directo del despacho? ¿O dónde has estado trabajando esta noche...?

—Bueno, salvo un momento en que todos salimos a cenar, pero algo muy rápido, estuve en la oficina.

—¿Dónde cenaron?

—Allí a la vuelta del despacho, yo solo comí una ensalada.

—¿Y fuera de ese momento no estuviste esta noche en ningún otro sitio?

—¿Qué te pasa, Maty?

—No me pasa nada, solo quiero que me jures que no estuviste en otro lugar esta noche.

—Te aseguro que no estuve en otro lugar.

—Acaban de llamar del Hotel Hábitat, encontraron tu cartera en el elevador. ¿Tienes idea de que hacía ahí tu cartera?

Daniel parpadeaba sin parar y tragaba saliva. Se buscó su cartera en todos los bolsillos del traje. Como no la encontró le vino a la mente el tipo del elevador gritándole algo. Seguramente él se dio cuenta de que se le había caído, la recogió y la entregó en recepción. Daniel comenzó a preguntarse en voz alta, esforzándose en su actuación, qué había ocurrido. Finalmente, le dijo a Maty que no tenía idea. “¿Me la habrán robado?”. Poco acostumbrado a mentir, sobreactuaba, movía las manos, deseando justificarse. Se quitó el saco y se arremangó la camisa.

Maty lo escuchaba en silencio, miraba cómo Daniel perdía la calma, hacía aspavientos, pero no decía nada convincente. Ella percibió que a su marido le faltaba algo, así que lo observó con una mirada aguda, hasta que cayó en la cuenta y le preguntó:

—¿Y tu reloj?

Daniel se miró la muñeca, se quebró y, sentado, apoyó la frente en sus manos y se mantuvo así por varios minutos.

—Te lo voy a contar todo —dijo.

Horas más tarde, cuando comenzó a amanecer y la luz ganó terreno en la casa, la pareja seguía sentada a la mesa del comedor. Maty lucía devastada. Daniel le suplicaba a su mujer que lo perdonara.

—No sabía qué hacer, si decirte o no. Perdóname, sé que soy un pendejo, me equivoqué.

—¿De qué hablas?, ¿llevas sosteniendo una doble vida por los últimos meses y vienes a decirme que eres un pendejo? Yo creo que más bien eres un maldito genio del engaño, ni por aquí me pasaba que te estabas cogiendo a la *geisha* y luego venías a dormir conmigo. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo fuiste capaz? No sé ni qué decirte Daniel, no sé ni qué hacer.

—Solo quiero que sepas que eres lo único que me importa, tú y las niñas.

—Mejor cállate. Si pasó una vez, podrá pasar de nuevo Daniel, o quién sabe cuántas veces habrá pasado ya. La verdad es que algo se ha quebrado, me siento rarísima. Si no hubiera sido por la cartera nunca me habría enterado. No tienes madre.

—Maty, era cuestión de tiempo el contártelo todo.

—Seguro estabas contando los días para decirme. No te creo, eso es lo que más odio, no creerle a mi esposo, es muy fuerte. ¿Sabes?, no puedo ni reclamarte. No lo entiendo, no lo acepto. Lo peor del caso es que no eres ningún pendejo. ¿Es mi culpa?, ¿fui yo? No lo sé, lo que sí sé es que pudimos haberlo hablado. Hasta para terminar un matrimonio hay formas. ¿En qué momento perdimos la capacidad de hablar? ¿Cuándo fue que nos perdimos? ¿Cómo es posible, cómo pudimos dormir en la misma cama y estar tan lejos? ¿Cómo nos atrevimos a criticar a tantas parejas que viven así, cómo, Daniel? ¿Cómo? ¿Por qué?

Maty se soltó a llorar por primera vez durante la larga conversación.

—Vane está por levantarse, lo peor sería que se enterara de esto, justo ahora que está por viajar. A ellas, a las hijas, ni una sola palabra, nada, pero, por favor, vete. No te quiero más en mi vida.

—Maty, no puedo irme, te amo, amo a mis hijas. Trabajo para ellas, vivo para ellas, para ti. Tú lo sabes. No me puedes hacer esto. Sabes que ustedes son mi vida.

—Sí, sí, sí, tus hijas son tu vida, pero yo no puedo hacerme pendeja. Te escucho, te veo y no sé quién eres. No te reconozco. Me queda claro que quieras estar con tu familia, pero también me queda claro que yo no quiero

estar contigo. Tú te quedas y las niñas también, esta es su casa, no las vamos a joder porque su papá es un caliente. Pero yo me largo, rentaré un departamento. Vendré a casa con ellas todos los días. Las atenderé como si viviera aquí. Lo único que quiero es estar lejos de ti y no volver a dormir contigo.

—No te vayas, por favor, voy a hablar con ellas.

—Te prohíbo que hables con ellas... Si tan mal te sientes, ve y habla con tu pinche novia. Con nuestras hijas ni te metas, Daniel. Tómallo como advertencia, como amenaza o como quieras, me da igual. ¿Decidiste meterte con otra vieja? Es tu problema. ¿Ahora resulta que encima de todo eres muy honesto? Tardamos una vida en construir este hogar y no te permito que lo destruyas. No les dices nada, ni una palabra... Son nuestros problemas, tu vida y mi vida. Ellas son punto y aparte. Les diremos que necesitamos separarnos por un tiempo. Te aman, te admiran. No es justo para ellas. Sería incapaz de quitarles esa imagen que tienen de ti, y no por ti, por ellas, Daniel, por ellas. Así que te callas y yo me largo. ¿Estamos?

Y llegó el silencio que ninguno deseaba, quizá por ello habían hablado tanto de un asunto que no se aliviaba con una conversación y que no requería mayores explicaciones. Daniel no encontraba las palabras justas, las milagrosas; y Maty estaba abrumada por un dolor que era imposible de expresar. En ese momento sonó un despertador en el piso de arriba.

CAPÍTULO IV

HAITÍ, CAOS Y VIDA

El viaje a Haití fue accidentado, no por los desafíos propios de un viaje largo, sino por el equipaje emocional que Maty tuvo que documentar para este particular reto profesional. La nostalgia por sus hijas, lejanas quizá desde hace años, y sus demás pérdidas personales se entremezclaban por Instantes con el desasosiego que le provocaba la misión; con lo que la esperaba en el rincón de las Antillas que los aguardaba.

Había un tumulto afuera del hangar del ejército mexicano, donde se concentraba la carga que viajaría a Haití. Todo era movimiento. En la zona en que el ejército aglutinaba a los comunicadores y a sus equipos, Maty se encontró con William, un colombiano, técnico de radiocomunicaciones, hombre alto, delgado, moreno y muy agradable. No llegaba a los cincuenta años de edad. Él y Maty serían compañeros en esta misión. Se saludaron abrazándose, con esa camaradería que se obtiene tras haber compartido tiempo y trabajo juntos. Maty y Will habían colaborado juntos en distintas corresponsalías, la cumbre climática en Copenhague, el traspaso de Hong Kong de Inglaterra al gobierno chino y los juegos olímpicos de China. Confiaban el uno en el otro. Después de intercambiar las preguntas de rigor y ponerse al día sobre sus familias, repasaron la lista de su bagaje, para estar seguros de que llevaban todo lo necesario. Maty sería responsable de los contenidos, Will de la producción y transmisión.

Después, Maty se dedicó a pasear en los alrededores del hangar buscando a Irina. En su tránsito encontró a otros colegas de radio y televisión, con quienes intentó intercambiar información, pero todos estaban iguales, nadie sabía mucho. Finalmente, en el grupo de la Cruz Roja, Maty localizó a su amiga, que dirigía a su equipo. Se besaron en la mejilla, aunque Irina le hizo un pequeño gesto de reproche.

—Al final te saliste con la tuya.

—No podía dejar de acompañarte. Estarás de acuerdo.

—Ya lo veo, pero mañana de vuelta, no hay cambio de planes.

—Preferiría decidir mi regreso una vez que estemos allá.

Irina solo movió la cabeza y continuó con sus deberes.

Maty deambuló un rato más entre la gente y sus pasos la condujeron hasta el interior del hangar, sitio en el que se quedó asombrada, ante la enormidad del Hércules que los llevaría a Puerto Príncipe. Se trataba de un Lockheed C-130, avión de uso militar para transporte pesado, propulsado por cuatro motores turbohélice. El Hércules destacaba magnífico empujando a las personas que pululaban por ahí. Por primera vez Maty volaría en una aeronave semejante y no pudo evitar un estremecimiento al contemplarla. Permaneció un momento absorta, hasta que un hombre uniformado, maduro, que se dirigía al avión, reparó en ella y de manera galante le preguntó:

—¿Preocupada?

Maty lo miró y le sonrió.

—Atónita, es un avión inmenso y me hace sentir diminuta.

El militar no pudo evitar translucir un dejo de orgullo al hablar:

—Es una obra maestra de la aeronáutica, quizás no es el más cómodo, pero es el avión perfecto para los fines que fue concebido.

El militar, satisfecho con la nave, amenazaba con explicar algo más, cuando otro uniformado, más bajo, se cuadró ante él anunciando:

—Capitán, estamos listos.

—Confío en que nos llevará sin sobresaltos, capitán —le dijo Maty.

El capitán le aseguró que tendrían un vuelo seguro.

—Está en buenas manos. Por cierto, mi esposa la escucha con frecuencia y no me perdonaría que le pasara algo a usted.

Maty rio agradecida. Resultaba grato que la reconocieran.

—Gracias, capitán, salúdemela mucho.

El capitán se quitó la gorra para despedirse de Maty. Luego caminó hacia el frente del avión, seguido del uniformado.

Los pasajeros comenzaron a abordar. Los militares se comportaban amables pero firmes y, de esta manera, organizaron una fila con las veinticinco personas que volarían. Maty volvió a encontrar a Will y se formó a su lado; entre otros, resaltaba Julián, periodista de otra cadena, la competencia directa. Al ver a Maty, le habló por encima de las muchas voces que se oían en ese momento.

—Pensé que te daría miedo y no vendrías.

Muchos dejaron de hablar, sin saber que Julián solo bromeaba. Ella provocó la risa general al contestar:

—Y yo que pensé que, una vez más, tu esposa no te dejaría venir.

Julián y Maty rieron, se apresuraron a abrazarse con cordialidad y a platicar como viejos amigos.

Ya todos los pasajeros estaban en el avión. Este tenía un compartimiento de carga, rampa trasera y bodega. Estaba adaptado también para viajeros, pero carecía de asientos dispuestos como en los aviones comerciales. Contaba con dos hileras de bancas pegadas al fuselaje, o sea, en los costados del avión, una frente a la otra. Como respaldo había una red de lona gruesa, que además servía de apoyo para detenerse. Toda la carga, que consistía principalmente en comida, agua y medicinas, fue colocada en el centro del avión. También al centro, pero enfilada hacia la puerta trasera del avión, reposaba una Hummer del ejército. Todos los comunicadores, soldados y paramédicos ocupaban los lugares disponibles. Minutos más tarde, la única compuerta se cerró.

El ambiente era muy masculino, ya que solo había cinco mujeres a bordo; en medio de toda esa testosterona se percibía gentileza y solidaridad, pero, al mismo tiempo, mucha tensión por el cometido del viaje.

El avión recorrió la pista con gran impulso. A los pasajeros les pareció una eternidad. Cuando despegó, se hizo un silencio absoluto. Silencio que se disipó una vez en el aire, en el instante en que Will soltó un grito estruendoso, que disparó las risas de todos, hasta de los militares.

Fue un viaje pesado. Primero, hicieron una escala de ocho horas en Cancún, que ardía de calor. Luego, ya en cielo haitiano, sobrevolaron la isla durante cuatro horas, pues el aeropuerto estaba incapacitado para controlar el tráfico aéreo; además, por si fuera poco, no contaba con el personal suficiente para operar los despegues y los aterrizajes. El aeropuerto de Puerto Príncipe era un caos, soldados del ejército de Estados Unidos habían asumido el mando para organizar la llegada de la ayuda internacional y aún distaban mucho de conciliar con rapidez las labores.

Maty se había dormido, con los brazos fatigosamente enredados en la lona que hacía las veces de soporte y de agarradera. Cuando abrió los ojos, un tanto adolorida de la espalda, vio por la ventanilla decenas de aviones surcando el aire como mosquitos. Pensó que deliraba, sin saber que todos los aeroplanos aguardaban instrucciones para aterrizar o continuar hasta República Dominicana, para que no se les agotara la gasolina.

Dentro del avión mexicano, los pasajeros se sentían agobiados tras el periplo de tantas horas desde que dejaron el aeropuerto Benito Juárez.

Una vez en tierra cada grupo se organizó en torno a sus prioridades: el personal de la Cruz Roja saltó de inmediato del avión y se unió al grupo de la Cruz Roja Internacional, con quien comenzó a trabajar. Los militares descargaron el equipo y la Hummer, mientras que los reporteros fueron recibidos por diplomáticos de la embajada de México y guiados hasta un campamento ubicado dentro del mismo aeropuerto.

Maty intentaba mostrarse segura de sí misma, capaz de enfrentar cualquier situación, pero en realidad le temblaban las piernas del miedo, ya que desde el aire había podido darse cuenta de la magnitud de la tragedia: Puerto Príncipe era una ciudad en ruinas. Por la información que les dieron durante el largo vuelo sabían que el desconcierto y el caos reinaban en la isla.

El ejército mexicano estableció en el campamento una enfermería con paramédicos. Allí mismo, dieron instrucciones precisas para que cada quien realizara su tarea sin arriesgarse. Se vacunó a quien no estuviera protegido contra la malaria, el cólera, el dengue, el tétanos u otras enfermedades graves que azotaban por el momento a los pobladores de Puerto Príncipe. Los militares mexicanos exhortaron tanto a los enviados por la Cruz Roja como a los periodistas a trabajar en equipo y solo de día. Los soldados estaban convencidos de que los comunicadores eran los más aventurados y los menos obedientes.

Maty y Will, junto con otros dos reporteros, cargando un pequeño *backpack* personal y provisiones, se montaron en una Van que ya les esperaba. Dejaron el aeropuerto, sorprendidos de lo fácil que había sido salir de allí. Presentían, sin embargo, que ahora entrarían de lleno a la tragedia.

En Puerto Príncipe la gente recorría las calles como zombis, caminando sin rumbo, buscando qué comer. Se oían gritos aislados, que se perdían entre los escombros sin que nadie les hiciera mayor caso. Se respiraba el pánico, se olía la muerte. Mucha gente dormía en las aceras. Pero los que conservaron su hogar también permanecían a la intemperie: temían morir aplastados durante las numerosas réplicas del temblor. Los caminos estaban gangrenados por el concreto roto. Apenas había espacio para que circularan los coches.

Las cicatrices que habían dejado los arrebatados movimientos de tierra eran tan evidentes como profundas. Esas terribles escenas lastimaban, desgarraban; eran el anuncio de un dolor que se extendería durante muchos años a través de miles de kilómetros. Los caminos salpicados de cadáveres, las manos y los pies que asomaban entre los escombros, las viviendas destrozadas y los familiares desconsolados desafiaron la capacidad de asombro de Maty, quien hasta entonces, solo hasta entonces, creyó estar

preparada para atestiguar lo peor de esta catástrofe. El panorama se agravaba conforme avanzaban los periodistas. Mientras más se alejaban, más intenso percibían el pulso de la desgracia.

Los servicios públicos eran inexistentes, no había luz ni agua. Los niños lloraban, los ancianos heridos que no podían andar suplicaban ayuda a quien pasara cerca; llegaban gemidos provenientes de todos lados. Haití era una sucursal del infierno. Nadie sabía qué hacer ni adónde ir. El gobierno se mantenía en silencio ante el desastre, incapaz de dar una respuesta a la población.

Frente a esta desolación, después de respirar el olor a muerte, de observar el desamparo, de sentir una profunda compasión mezclada con su responsabilidad como periodista, Maty se dio permiso, solo por un instante, de quebrarse ante la hecatombe. Will, que la veía descomponerse, puso una mano en su hombro para expresarle que compartía esa misma sensación de impotencia.

Se dirigieron a uno de los hoteles que permanecía en pie y donde se hospedaba gran parte de la prensa internacional. El lugar estaba lleno y quienes tenían habitación nada más la utilizaban para guardar equipo, provisiones y asearse. La mayoría de la gente dormía en el jardín por miedo a que los sorprendiera otro temblor en medio de la noche. Maty y Will obtuvieron un mismo cuarto para los dos, lo único que había podido conseguirles la estación de Radio Cadena Ser. Emularon a los demás periodistas, es decir, acomodaron latas, agua y enseres, así como el botiquín, y decidieron dormir afuera, sobre el pasto. En la habitación, además, no había luz, solo funcionaba a ratos, gracias a una planta eléctrica muy ruidosa.

Nada la preparaba para lo que estaba presenciando. Hasta ese día, estuvo convencida de que, gracias a su vocación periodística, había adquirido un escudo especial, ese que parecen presumir los astutos reporteros y los valientes corresponsales que asumen la misión de tomar el pulso al mundo. Ella, al fin y al cabo, era uno de ellos. Habría podido jurar entonces que poco, muy poco, podía dejarla boquiabierta. En Haití, sin embargo, esa especie de soberbia profesional la abandonó y repentinamente se vio sumida en la humildad que desatan los golpes de la vida, los latigazos de la naturaleza cuando enfurece y las más atroces expresiones de la penuria humana.

Había que empezar por lo más simple y esencial, así que emplearon ese primer día para organizarse.

Cientos de personas formaban largas filas fuera del hotel. Apoyar a los periodistas era una de las pocas fuentes de trabajo que por el momento había

en Puerto Príncipe. Mientras Will y Maty entrevistaban a varios hombres, se precipitó la noche.

Decidieron contratar a dos jóvenes que les dieron buena espina, que hablaban francés y criollo, para que les ayudaran: uno sería el traductor y el otro chofer.

Maty se sabía una experimentada entrevistadora y sagaz periodista. Conocía las preguntas que le permitían paladear el jugoso sabor de “ganar la nota”, pero esta vez todo era diferente. Ni siquiera supo cómo iniciar la plática con sus nuevos compañeros de trabajo. Seguramente, cada uno tenía su historia, su propio drama familiar; tal vez alguno lloraba en silencio la muerte de algún familiar o amigo pero ni siquiera podía levantar los escombros que cubrieron su cuerpo porque otros de los suyos esperaban algo que llevarse a la boca y tenían puestas en él todas sus esperanzas.

Maty sabía que podía calcular cifras de muertos, narrar el drama de los desaparecidos y hablar de las urgentes necesidades de los heridos, pero en el fondo no estaba preparada para escuchar de viva voz ni para sostenerle la mirada a uno solo de esos haitianos dispuestos a contar su historia. Era demasiado inteligente para entender que ese traductor y ese chofer serían la frontera más cercana entre ella y la tragedia de ese lugar, al que nadie la había llamado y donde poco o nada podía hacer.

Ambos fueron citados para comenzar a trabajar al día siguiente. Esa noche, Will y Maty decidieron recorrer el hotel. Él terminó en el bar con otros colegas periodistas a la luz de las velas. Bebieron un par de rones cada uno. Maty, por su lado, trató de contactar con su familia. Fue imposible por más que intentó llamar a varios teléfonos en México. Sus colegas periodistas le sugirieron que no perdiera el tiempo, que no había internet y las líneas telefónicas de todo el país se hallaban bajo tierra. No había manera de establecer comunicación fuera de la isla, al menos por esa noche.

Maty se obligó a descansar, segura de que Daniel le mentiría a sus hijas, diciéndoles que había logrado conectarse con su madre. Ese pensamiento amainaba su nerviosismo, así que se metió en su *sleeping bag*, colocado en el jardín. Sintiendo un calor sofocante, cerró los ojos, pero no durmió. No podía con tanto dolor ni con la desolación del pueblo haitiano.

Por un momento, sus problemas privados se colaron en sus pensamientos. ¿Qué hacía ahí? ¿Se trataba de una misión profesional o acaso era una señal divina para que ella constatará la verdadera y minúscula dimensión de sus contrariedades? Se ahogaba en un vaso de agua mientras el pueblo haitiano se

asfixiaba en una realidad devastadora. ¡Qué egoísmo! ¿Dónde había quedado esa vocación inflexible?

“Mi desbarajuste personal me está volviendo vulnerable”, reaccionó. El haber salido de su casa, dejar a sus hijas, el abismo abierto entre ella y Daniel la tenían descontrolada. Por primera vez, la vida la rebasaba, pero eso no lo entendió hasta ese momento, allí, mirando el cielo, extrañando a su familia, sola y silente como un pez.

Día 2
15 de enero del 2010

A partir de ahora llevaré en mi grabadora una crónica de todo lo que pase, creo que me ayudará a sentirme mejor. Inicio hoy, 15 de enero del 2010.

Anoche no dormí ni un segundo, la magnitud del desastre en la ciudad de Puerto Príncipe me ahuyentó el sueño. Por fortuna, jamás la noche le ha ganado al día y amaneció. Me desperté, estiré los brazos, percibí los primeros rayos de luz sobre mi cara, pues todos los corresponsales dormimos a la intemperie por temor a que una réplica nos pudiera sorprender en medio de la noche. Lo primero que hice fue buscar con la mirada a Will, mi compañero, quien se había dormido cerca de una palmera y pude darme cuenta de que aún roncaba. Me levanté. Mientras doblaba mi *sleeping bag* aparecieron de la nada Bolú, el traductor, y Patrick, el taxista, hora y media antes de la cita. Me asustaron. Bolú, un joven de veinticuatro años, alto, muy delgado y negro azulado, estudia la carrera de intérprete traductor, por lo que habla perfecto inglés y portugués. Sin que yo se lo pidiera, empezó a ayudarme a recoger mis cosas. Vestía la misma ropa de ayer: una guayabera verde claro de manga corta, arrugada, a la que le faltaban algunos botones. Pantalones de vestir, de color café, llenos de polvo y zapatos negros de agujetas ya muy usados.

Le hice notar que habían llegado muy temprano. Bolú me explicó que el campamento donde provisionalmente duermen está lejos y, como no tienen dinero, prefirieron quedarse a dormir en el coche, afuera del hotel, pues además la gasolina sale muy cara. Le pregunté si su familia no estaría preocupada por él. Muy seco, me contestó que vivía con su madre, que su casa se cayó y su madre se quedó ahí abajo.

¿Qué se puede decir ante esto? Mascullé un pésame mientras Bolú se apresuraba a trasladar el *sleeping bag* a mi habitación. Me sorprendió y me

dolió su fortaleza. Me contó que la casa de su hermana también se derrumbó, que Patrick, el taxista, es su cuñado, y que lo más urgente para ellos ahora es trabajar.

Me percaté de que ya no quería seguir hablando de su vida, así que me encerré sola en el cuarto para darme un regaderazo. Cuando salí, vestida y con el pelo mojado, Will entró a ducharse, momento que aproveché para desayunar en el jardín una triste lata de atún. Bolú y Patrick, sentados en una jardinera, se cuidaban de no mirarme, pero era obvio que lo hacían. “¿Desayunaron?”. Les daba vergüenza contestarme que no, por eso me adelanté a ofrecerles una lata de atún. “Es lo que traemos, atún, galletas, algunas bolsas de papas y agua”.

Sin decir nada se acercaron y empezaron a comer, más bien devoraron, sin dejar de observar el atún, como si estuvieran custodiándolo, por temor a que alguien se los fuera a quitar.

Salimos del hotel cerca de las siete de la mañana. En este trabajo sabemos a qué hora se empieza pero nunca a qué hora se termina. Nuestra primera parada fue en el Campo Marte, en el centro de Puerto Príncipe, donde se había improvisado un campamento de damnificados.

En cuanto arribamos con la Van, decenas de personas la rodearon pidiendo a gritos agua, comida, medicinas, ayuda. Bolú los calmó. Les advirtió que no pertenecíamos a la Cruz Roja. Aquello era un mar de confusión y desorden. Sábanas, lonas, plástico y palos, improvisaban techos para guarecerse del sol, del calor, de la muerte. El olor era insoportable. Hacían sus necesidades donde fuera. Poco a poco, a pesar de que Bolú y Patrick intentaban contener a la gente, Will y yo fuimos cercados. Al ver el micrófono todos querían contar su historia. Todos suplicaban auxilio al mundo.

En medio de la desesperanza, algunos haitianos tomados de las manos rezaban con los ojos cerrados. Formaron un círculo en el que los niños se reunieron al centro. Agradecían a Dios el haberlos dejado con vida. Nos invitaron a orar con ellos, así que los acompañamos. Al final, el pastor agradeció nuestra presencia, diciéndonos, según tradujo Bolú:

—Gracias señor, por enviarnos a estas personas. Nuestra única esperanza es que el mundo sepa de nuestra tragedia. Si no nos auxilian, estaremos perdidos.

Después nos saludaron todos de mano. No sabía por dónde empezar, tampoco qué decirles. Lo único que se nos ocurrió fue darles las dos botellas de agua que llevábamos. Lo agradecieron y de qué forma. Fue el momento de

realizar entrevistas, cada uno nos contó su historia, su desgracia. Perdieron su hogar, perdieron familiares, algunos quedaron sepultados, otros estaban extraviados. Madres sin hijos, niños sin madres. Gente herida. Por más que escuché y vi, no alcancé a darme cuenta cabal de la situación. O creo que no quería hacerlo. Fue difícil mantener el sombrero de periodista, difícil mantener mis ojos secos ante tanta desventura. Soy mujer, soy madre, hija, hermana, esposa. Por un lado, reunía material para el trabajo, por el otro soy otro par de manos para socorrer a los damnificados y, sin pensarlo, me uní a la organización de ese campamento. Will, Bolú y Patrick se habían adelantado y se afanaban levantando lonas, barriendo, movilizando gente. El calor oprimía. En una esquina de una tienda mal hecha, como todas, había una bebida recostada bajo la sombra. Debía tener escasos ocho meses. Se encontraba sola. Sus enormes ojos lo veían todo. Vigilaba cada movimiento de los que ahí estábamos. Envuelta en una sábana azul y con los pies de fuera, la cargué. Era hermosa, como pintada a mano, pero se encontraba sola, totalmente sola. Pregunté por su familia, por su madre. No tenía a nadie. Me explicaron que su madre “la encargó”, mientras buscaba a sus otros hijos, pero ya no regresó. No podían dejarla tirada, por lo que la trajeron con ellos al campamento, querían buscar a su madre, pero con tantos problemas era imposible. Se encontraba sola, sola, sola. Los refugiados en el campamento se turnaban para cuidarla. Sentí que el corazón me latía y se me salía, pensé en mis hijas cuando eran bebés. Sin embargo, aprendí como los haitianos a tragarme el llanto. La pequeña había sido bautizada en el campamento como Estrella. Se aferró a mi dedo con fuerza. Dirigí la mirada hacia Will, que clavaba un palo en la tierra para “construir” otra tienda de campaña. Me acerqué a él y le dije: “Will, te presento a Estrella. Está sola, su familia no aparece”.

Will nos ignoró y luego me apuró:

—Debes escribir, organizar la información y tenemos que checar si ya podemos transmitir esta misma noche. Concéntrate en todo eso.

Le sugerí que nos lleváramos a Estrella. Will me apuró con un “¿Llevarnos a quién?”. Le contesté:

—A Estrella, que está solita, si nos la llevamos le damos algo de comer, la protegemos, la traemos mañana y tal vez demos con su madre.

—¿Cómo que nos la llevemos? —replicó Will, añadiendo que estaba loca —. Tenemos que trabajar, no podemos atenderla, además, ¿quién te crees? No puedes llegar y llevarte a una niña, te pueden acusar de secuestro. No te entiendo. Tenemos muchos asuntos que resolver y me sales con esto. No

olvides a qué vinimos, aclara tus pensamientos y vámonos. Deja aquí a la niña, no tienes ningún derecho y además tampoco puedes encargarte de ella.

Estrella seguía aferrada a mi dedo. La recosté de nuevo. Le di a beber agua en la tapa de una de las botellas que le entregamos al pastor. Quedaba la mitad de una. Estrella me miraba fijamente mientras bebía. Le prometí volver. Me prometí volver.

En el camino de vuelta al hotel reinaba el silencio dentro de la camioneta. No había palabras para describir la desolación, el desánimo de la gente, incluso entre los colegas acostumbrados a cubrir calamidades. La tristeza nos dominaba a todos. Me puse a escribir mi nota, como todos los otros periodistas, en el área de la alberca. Una alberca vacía, agrietada. La buena noticia en el hotel era que la luz había sido restablecida. Will preparaba todo lo necesario para la transmisión y logró entrar en contacto con la estación radiofónica. Concluí mi reportaje, estaba lista para transmitir, pero me di tiempo para encender el teléfono satelital y al fin logré comunicarme con Daniel. A pesar de las interferencias, nos escuchábamos. Daniel, preocupadísimo, me había buscado a través de mi jefe, Genaro, y luego con la embajada mexicana. Yo le describí cómo y dónde dormíamos, le hablé de Estrella, que estaba tan sola, y le pedí que me hablara de nuestras hijas. Mi aún esposo creía a pie juntillas que regresaría al día siguiente, dijo que había hablado con Irina y que él y Gaby me recogerían en el aeropuerto de la Ciudad de México en menos de veinticuatro horas. Le manifesté que el trabajo apenas iniciaba, que los haitianos necesitaban de los medios para que el mundo supiera de su adversidad. No, no puedo volver mañana. El teléfono satelital, agregué, lo llevo apagado durante el día para ahorrar batería. Por las noches lo encenderé para hablarte. Tuve que cortar, antes de que mi marido iniciara una larga perorata.

Debo confesar que me sentí feliz al escuchar a Daniel. Lo extraño tanto, extraño tanto a mi familia. ¿Qué es lo que hemos perdido? Nada volverá a ser igual, es un imbécil... ¿En realidad importa que se haya merendado a la Señorita Cometa?, ¿tiene alguna relevancia? Es un pendejo. No sé qué pasó, pero en la vida se pueden cometer errores, no todo es excelsitud, se vale meter la pata.

Will me indicó que el enlace se había logrado.

Pronto tendré que decidir lo que haremos al regresar a México, no puedo seguir viviendo en mi refugio sola, con mis hijas lejos. Capaz que en cualquier momento Daniel encuentra una mujer, se enamora y entonces sí

habré perdido al padre de mis hijas para siempre, lo habré perdido a él. ¡Qué desasosiego!

Will me dio el *queue* y entramos al aire:

“Buenas tardes, Rolando, Radio Cadena Ser trasmitiendo desde Puerto Príncipe, Haití, donde las circunstancias resultan desoladoras...”.

Al final de la transmisión me tomé la libertad de decir una frase que sonó más cursi de lo que hubiera querido, pero que estaba dedicada a Daniel: “Hasta aquí la información. Con la luna de testigo, se despide Maty Vélez”.

Por la noche salimos a recorrer nuevamente las calles de Puerto Príncipe sin mucha suerte y a las once regresamos al hotel, sacamos nuestras provisiones y nos sentamos a cenar atún con galletas saladas. Bolú y Patrick nos escoltaban. Huelga decir que nos volvimos como una familia, unidos por la desgracia. Ellos eran muy serviciales, así que con gusto compartíamos la comida. Cada día, a Bolú le pagaríamos cientocincuenta dólares, a Patrick doscientos, pues la gasolina cuesta mucho.

Ahora sí caí rendida, ni siquiera me quité los tenis ni me lavé los dientes.

Día 3 de enero del 2010

Nuestra misión: ir al mercado.

Cientos de personas deambulaban entre los pocos puestos, no había casi nada que comprar y lo que había lo vendían carísimo; por ejemplo, una papa costaba dos dólares, un jitomate tres y una cebolla un dólar. Debajo de una nube de moscas, había un tenderete de carne que vendían a un precio estratosférico.

Fue en el mercado donde conocimos a Sebastián, un joven que discutía con el marchante de unas cuantas piezas de pollos flacos. Sebastián, muy contrariado, nos contó que un día antes el precio de una gallina era de treinta y cinco dólares, por lo que no pudo comprarla, le faltaban diez dólares. Así que de ayer a hoy Sebastián tuvo que hacer milagros para conseguir esos diez dólares y al regresar con el dinero suficiente, el mismo pollero le quiso cobrar cuarenta dólares. Ese era el precio y no había vuelta de hoja. Sebastián se desesperó, no tenía más y sus hijas necesitaban comer. Además, añadió ansioso, su esposa se encontraba desaparecida.

Algo especial en este personaje nos conmovió, así que para evitar que la discusión entre él y el abusivo vendedor escalara hasta la violencia nosotros pagamos la diferencia. Luego condujimos a Sebastián, con su pollo envuelto

en papel sucio, hasta su casa. Fue triste comprobar que el hombre tenía muchas razones para estar descorazonado: su vivienda estaba en ruinas y afuera de ella, sobre un sofá maltrecho, sus hijas lo esperaban. La más grandecita lloraba, mientras que la pequeña permanecía en silencio y con la mirada perdida, como ida, desaparecida de sí misma.

Su padre nos refirió que durante el terremoto la niña se cayó, se pegó en la cabeza y desde entonces, hacía ya tres días, que no hablaba ni lloraba ni comía. Ya la había llevado al hospital, pero no la pudieron atender, puesto que solo se ocupaban de las urgencias y a su hija no la habían catalogado como tal. Sebastián tenía la esperanza de que si le preparaba pollo con arroz, su plato favorito, al menos comería. Al ver a la niña con mayor detenimiento, descubrimos en su cabecita una bola producto del golpe. Los ojos de la niña apenas se abrían, para nosotros fue evidente que estaba en *shock*, para Sebastián también, pero no sabía qué más podía hacer. Se necesitaba un médico de inmediato. Sin embargo, para el padre lo mejor era aguardar a que viniera su esposa.

Apagué la grabadora, porque en unos minutos ya estábamos acorralados por gente, con cientos de peticiones, armando barullo. Will me apretó el hombro, su acostumbrada señal de que debíamos irnos. Estábamos en lo que quedaba de una vecindad. Bolú alegaba que no era una zona segura. Como pude, convencí a Sebastián de venir con nosotros a buscar un hospital. Will me jaló del brazo y me reprendió:

—Entiendo lo que sientes, yo también quisiera ayudar a todas estas personas, pero no podemos. No tenemos con qué. ¿A dónde quieres llevar a este hombre? No cabemos en el coche con sus niñas, tenemos trabajo, por favor, contrólate.

Le di la razón y le ofrecí una disculpa, aun así me negaba a no responderle a los haitianos en desgracia. Will y yo discutimos por primera vez en los diez años que llevábamos de conocernos. Para él era más importante hacer nuestro trabajo que detenernos en cada historia, en cada infortunio. Argumentaba que así éramos más útiles y tal vez tenía razón. Pero yo ya no podía seguir adelante sin detenerme. Le rogué que acudiéramos al hospital con aquella niña, su padre y su hermana.

Conocía bien a Will y sabía que no carecía de generosidad, solo que él la manifestaba en una forma distinta. Quizá era una perspectiva de género y mi instinto maternal me llevaba por otros caminos. Él quería ganar tiempo, actuar en el macrocontexto antes de derretirse frente a las circunstancias que, aun con su inmensa carga de pesar, no dejaban de ser una, o algunas, entre miles.

En el fondo, estábamos igualmente conmovidos, habíamos entrado por la misma puerta del horror pero buscábamos diferentes vías de salida para el alivio.

Nos metimos como pudimos en el coche: Patrick al volante, Bolú adelante con una niña en brazos. Sebastián atrás, con la otra en las piernas, junto a Will y a mí, que cargaba con los trozos de gallina. Ya era tarde. Las distancias se hacían eternas ya que muchas calles se cerraron por las malas condiciones y no permitían la circulación de autos. El disturbio alcanzaba los coches, los camiones e incluso a los peatones.

Will, muy impaciente por llegar a transmitir a tiempo, sugirió dejarlos cerca del hospital, pero al ver que la niña empeoraba a cada minuto, exhortó a Patrick a buscar un atajo. Por fin dimos con el hospital. Sebastián nos lo agradeció mucho y prometí visitarlo al día siguiente. Se despidió con sus niñas y sus pedazos de gallina.

Nos desplazamos al hotel a trabajar a marchas forzadas. Logramos salir al aire con puntualidad. Con todo, no podía dejar de pensar en Vane, Gaby y Daniel. Una vez más, para concluir mi transmisión, me despedí de la misma manera que la noche anterior: “Hasta aquí la información. Con la luna de testigo, se despide Maty Vélez”.

La luna era un referente familiar en muchos sentidos. Fue el único testigo cuando Daniel me pidió matrimonio, hincado en el estacionamiento del aeropuerto Benito Juárez; la hicimos también nuestra cuando mis dos niñas nacieron en noches de luna llena, y se volvió una broma cuando Gaby, a los cuatro años, nos preguntó por qué todas las noches nos seguía la luna. Tenía la certeza de que si Daniel y Gaby me escuchaban, por lo menos sabrían que pensaba en ellos.

Al terminar la transmisión, el cansancio se hizo más evidente, como si la tensión acumulada por un viaje con destino incierto y un día manchado de muerte hubiera encontrado abruptamente una salida. Pensé que caería rendida de inmediato pero reservé suficiente energía para hacer una llamada a casa, a ese lugar que entonces me parecía tan lejano como un planeta perdido en la galaxia. No tuve suerte. Entonces una sensación en el estómago me recordó que no había comido; sin embargo, ya no había tiempo ni fuerzas para llevarme algo a la boca, mucho menos para disfrutarlo. Dormir era mi única opción, así que me dispuse a cerrar los ojos. Mi cuerpo se rindió de inmediato pero mi cabeza no perdió el ritmo. Giraba alrededor de las niñas, mis tres mujercitas: la que se quedó en México, la que dejé partir a Europa y la que abandoné en medio del caos en algún lugar de Haití.

Gaby era una excelente deportista, era buena con los patines, en la bici y en las carreras, mientras que Vane, por su actitud abierta y extrovertida, era muy popular con los demás, muy exitosa. Mi atención se enfocó en la pequeña Estrella: ¿la habría encontrado su madre ya? Me partía el alma evocarla.

Día 4 de enero del 2010

Lo primero que hice al despertar fue llamar a Gaby, la comunicación era muy mala, pero al menos logré decirle que la quería y que le avisara a su papá que yo estaba bien, que aún no sabía cuándo volvería. La conversación se interrumpía por la pésima costumbre de madre e hija de ponerse a llorar y hablar al mismo tiempo. No logré volver a enlazarme con ella, porque, para colmo, se agotó la batería del teléfono, pero me apaciguó haberla escuchado.

Durante ese cuarto día comprendimos que los niños haitianos enfrentaban muchos problemas, así que decidimos investigar cuál era la situación de los orfanatorios en esa parte de la isla. Fue así que nos alejamos de la zona destruida. Un poco al norte se componía el paisaje después del cataclismo, pero la pobreza extrema saltaba a la vista. Visitamos uno de los hospicios conocidos. Nos recibió el director, Jean Chauve. Recorrimos las instalaciones. Había espacio para sesenta pequeños. Antes del temblor contaban ya con setenta y ocho. Para este día se encontraban allí doscientos cincuenta niños. Jean no sabía qué hacer. Tras el terremoto, algunas personas dejaron a sus hijos con el juramento de regresar más tarde a recogerlos, con comida y agua, pero no reaparecían. Derrotado, confesó que ya no aceptaba a ningún alma más. No lo ayudaba nadie. Todo en Haití estaba colapsado. El gobierno no resolvía los más mínimos conflictos. Aun así, los niños jugaban, corrían, cantaban. No había suficiente comida para todos, por lo que las raciones eran magras. Antes de irnos, le platicué de Estrella. Will empezó a apretar mi hombro, pero me hice la loca. El director me regaló una mamila, un chupón y algo de ropita. Nosotros les regalamos algunas latas de atún y el agua que traíamos para esa jornada.

Las cosas que me dio el director me dieron un pretexto para rogarle a Will que pasáramos a visitar a Estrella. Mi compañero no quería ni hablar del tema. Le rogué y le rogué. Will movía la cabeza de un lado para otro, pero a regañadientes y enfadado le ordenó a Bolú que pasáramos al hospital y luego al campamento.

Ya en el hospital nos dimos cuenta de que una de sus alas se había desplomado. El resto del edificio se encontraba en muy mal estado. Los heridos y enfermos esperaban en los jardines y pasillos. No había cupo para nadie. La mayoría de los pacientes se hallaba en el suelo. Un grupo de médicos españoles auxiliaba sin darse abasto.

La visión del hospital era aterradora, gritos, lamentos, llantos. Muchas personas sufrieron amputaciones. Todos acudían al hospital con la esperanza de aliviarse, pero aquello parecía la antesala de la muerte. De todas formas, los doctores españoles se organizaban muy bien, dotados de material de curación y de medicinas. Le pedí a un enfermero que me ayudara a conseguir suero y me lo proporcionó. Oteaba aquí y allá por si me topaba con Sebastián y sus hijas. Con la moral por los suelos, dejamos el hospital. De nuevo en el campamento, corrí a buscar a Estrella. La encontré en brazos de una mujer. No era su madre, solo una mujer que ayudaba a cuidarla. La señora me reconoció y me dejó cargar a la chiquita. Le puse el mameluco del orfanatorio, le quedaba grande, pero al menos podía tener tapados sus piecitos. Se tomó todo el suero de la mamila. Por primera vez, la vi sonreír. Will me la quitó de los brazos y la regresó a los de la señora. Le dejé su mamila y el chupón. Acordamos volver con más provisiones. Todos nos despidieron muy amables y nosotros tomamos rumbo al hotel. Transmitimos con el tiempo encima, pero, por fortuna, todo salió bien. Esa noche, antes de dormirnos, le invité una ronda de *whisky* a Will agradeciéndole su apoyo y su paciencia.

Día 5
de enero del 2010

Al pasar los días, la situación empeoraba. No obstante toda la ayuda que envió la comunidad internacional, los haitianos seguían inmersos en el caos, sin nada que comer y sin agua. El gobierno haitiano fue un rotundo fracaso, una decepción para su pueblo. Los esfuerzos de la ONU y de Estados Unidos resultaron insuficientes por la difícil distribución de alimentos, líquidos y gasolina.

Will, Bold, Patrick y yo continuamos trabajando juntos. Casi a diario veíamos a Estrella. Se convirtió en nuestro símbolo de esperanza. Este viernes editamos parte del material que teníamos y que no habíamos utilizado, por lo que terminamos temprano. Corrimos al campamento a saludar a nuestra pequeña amiga. De entrada, no la encontramos: el corazón se me salía, me

faltaba el aire. La busqué por todos lados. No veía a nadie conocido por ahí. No muy lejos divisé al pastor y caminé hacia él. Ya que Bolú no estaba cerca, le pregunté en una mezcla de español, inglés y francés sobre Estrella. El pastor me señaló a una mujer joven nueva en el campamento. Oportunamente Bolú se apareció.

—Maty, ella es Yerra, es la mamá de Estrella.

Yerra y yo nos abrazamos, respiré aliviada como nunca y por ese instante fui feliz.

Yerra, emocionada, abrazaba a Estrella. Le habían contado que un equipo de reporteros mexicanos visitaba todos los días a la niña. Increíblemente, por fin ocurría algo bueno. Hasta a Will se le arrasaron los ojos. Yerra y sus hijos buscaron durante cinco días a Estrella, en medio de la devastación. Era un milagro. Yerra nos presentó a sus niños Isy, de ocho, y Zemo, de cuatro, un pequeño muy cariñoso. Sus ojos claros resaltaban con su color de piel. Descubrí que tenía la cabeza abierta. No entendí cómo no gritaba del dolor. Quise conducirlo al hospital, pero, dadas las circunstancias, nada garantizaba que lo atenderían. Will sugirió llevarlos al albergue mexicano dentro del aeropuerto, donde se hallaba el equipo de médicos de guardia. Dejamos a Will y a Patrick, mientras que Bolú, Yerra, los tres niños y yo fuimos a encontrarnos con los doctores mexicanos. Con mucho trabajo llegamos hasta ellos. No había vuelos comerciales, así que ningún haitiano podía estar allí. Sin embargo, de inmediato atendieron a Yerra y a sus hijos. Los propios médicos consiguieron comida y limpiaron a los niños. A Zemo necesitaron anestesiarlo para coserle la herida. Yerra se asustó un poco. En menos de media hora, el niño jugaba con su hermano.

Regresamos a la familia a su campamento base, para luego salir a toda prisa al hotel. Ya estábamos acostumbrados a regresar en chinga. Nada importaba, esta vez, ya que Estrella y su mamá por fin estaban juntas.

Esa noche llamé a casa alentada por lo que había visto y vivido, deseaba hablar con mis hijas y decirles cuánto las quería, que ellas y yo juntas conquistaríamos todos y cada uno de sus sueños, que podríamos con cualquier obstáculo. También le diría a mi esposo que ojalá me despertara con él por el resto de mi vida. Por desgracia, no pude comunicarme. Me enteré por la señora Mary, la mujer que nos ayuda con las tareas domésticas, que esa noche se llevaría a cabo la graduación de secundaria de Gaby. Yo lo había olvidado por completo, entre tantas calamidades o acaso por la emoción de que Estrella tuviera otra vez a su madre. Tras varios intentos, Gaby me contestó el celular enfadada conmigo. Intenté disculparme, pero la comunicación se cortó antes

de que pudiera agregar algo más. Tampoco pude hablar con Vane ni con Daniel. Me fui a dormir mordéndome los labios para no llorar y perturbar el sueño de la demás gente con la que compartía el vasto dormitorio que era el jardín.

Día 6
de enero del 2010

El encuentro de Estrella con su madre nos había inspirado, por eso decidimos ir al hospital infantil y ver cómo estaban los recién nacidos. El optimismo nos duró poco. El sanatorio estaba casi destruido en su totalidad. Como pudieron, los pocos médicos y enfermeras rescataron parte del equipo. No había camas, de nuevo los enfermos yacían en el piso y no podían ni siquiera espantarse las moscas que rondaban sus heridas. Era casi imposible caminar por miedo a pisar a alguien. Faltaban el agua y la luz, escaseaban los medicamentos y, a pesar de todo eso, los médicos operaban. Un hombre lloraba a gritos y nadie lo tranquilizaba. Su hija nos contó que después de tres días de haber estado enterrado bajo los escombros, salió vivo. Una varilla le perforó una pierna, pero no era grave. Llegó al hospital, solo debían coserle la herida, la cosa era que no hubo quién lo atendiera. Pasaron dos días. Le amputaron la pierna, porque la herida se infectó y lo alcanzó la gangrena. Por eso gritaba, de impotencia. Sobrevivió al temblor, pero jamás pensó que en el hospital perdería la pierna.

Por fin encontramos la sala de trabajo de parto. Había seis mujeres. Dos en el suelo. Las otras cuatro tenían cama. Will salió de aquel cuarto sin decir nada. En la báscula había un recién nacido sin vida, como olvidado por Dios. Solo había ahí un médico responsable, que no se daba abasto. Me acerqué a Verónica, madre primeriza de veinte años de edad. Sudaba, gemía, tomé su mano en señal de apoyo. No hablaba español, pero en francés me pidió agua. Fui corriendo al coche y tomé las botellas de agua de nosotros cuatro. Se las entregué al doctor y le di otra a Verónica. Me quedé con ella, que estaba a su suerte, sin nadie que la acompañara. Ignoraba el paradero de su novio y de sus padres. Los dolores de parto la amagaban. Me dieron ganas de salir corriendo. Verónica, sin embargo, me apretaba la mano. No me quedó más que darle ánimos con las pocas palabras que salían de mi garganta.

Poco antes de dar a luz, balbuceando ambas entre su francés criollo y mi inglés, me preguntó si tenía hijos; le respondí que dos niñas, ella insistía implorante en algo que, finalmente, el doctor me tradujo como: “No quiero

que nazca, tengo hambre, tengo sed, no tengo adónde ir, no quiero verlo, no tengo nada que darle, por favor llévatelo”.

La cabeza del niño coronaba. El doctor extrajo al bebé. Verónica, con los ojos cerrados, se negaba a verlo. El médico lo puso en su regazo. Ella por fin miró, abrazó y besó a su bebé. No dejaba de llorar, aferrada a su hijo. Por fortuna, pese a las infames condiciones del lugar, el niño y ella estaban bien: la maravilla de la vida en medio de esa maldita tragedia. El médico le solicitó que, en cuanto se sintiera con fuerza, abandonara el hospital para evitar una infección. Qué locura, pedirle a una madre que acaba de dar a luz que abandone el sanatorio. Pero nada se podía hacer. Eran tantas las emergencias, tantas las carencias y tan pocos los recursos que las recién paridas se las tenían que arreglar solas.

Dejé a Verónica un poco más tranquila con su niño en brazos. Lo nombró Jean, en honor a su padre. Rumbo al hotel, no podíamos ni hablar. Ya habían transcurrido muchos días de historias, todas devastadoras. Transmitimos. Jean fue el protagonista de esa noche. Más tarde conseguí hablar con Daniel. Gaby ya estaba dormida y, aunque intentamos enlazarnos con Vanesa, no pudimos. Así que estábamos solos él y yo al teléfono. Primero me reclamó que siguiera en Haití y que hubiera olvidado la graduación de Gaby. Le permití hablar todo lo que quiso e hice el orgullo a un lado para confesarle mis sentimientos: que lo extrañaba, que deseaba regresar con él. Él se ablandó. Entendía que la situación era grave en Puerto Príncipe y me dijo que escuchaba todas mis transmisiones junto a nuestra hija Gaby, a quien le entusiasmaba que yo hiciera mención a la luna, símbolo de la familia.

El indicador de la batería del teléfono comenzó a sonar, nos quedaban solo unos segundos de charla. Daniel había investigado con el director de la Cruz Roja que en veinticuatro horas saldría un avión hacia México. Me suplicaba que regresara en él. Le juré que así lo haría.

Día 7
de enero del 2010

La oscuridad es indescriptible, lo mismo que este miedo que me abraza sin intención de soltarme. Escucho en mi interior el eco de la pregunta que me he hecho durante todo el viaje: ¿Qué hago aquí? Mi destino nunca ha sido más incierto y la presencia de la muerte que estos días he sentido próxima aunque ajena, ahora se ha acercado más allá del límite de la prudencia. Me está mirando fijamente.

Hola, hola, es 20 de enero de 2010. No puedo escribir y no sé si estaré grabando. Aunque mi grabadora hace un sonido, el foquito no prende, seguro es consecuencia del golpe. Grabo porque es mi trabajo y porque es lo que mejor sé hacer. También grabo para no sentirme tan sola, son las 18:20, según mi reloj. Por varias horas he estado bajo paredes derribadas. He berreado como loca, pero ya no quiero llorar para no deshidratarme. Hablaré como lo que soy, una comunicadora.

Hoy, hace aproximadamente unas nueve horas, salimos del hotel, pues teníamos la intención de recorrer Puerto Príncipe por última vez antes de que Will y yo voláramos a México por la noche. En una zona muy densa, de difícil acceso, el taxi de Patrick se quedó sin batería, se apagó el motor, que ya no pudo encender. Mientras Patrick y Bolú intentaban echarlo a andar, Will y yo fuimos a dar un vistazo a los alrededores. A unas cuantas cuadras dimos con una vecindad, más o menos en pie, en la que se había organizado una suerte de mercado en medio de un patio estrecho. Percibimos allí ajetreo de compra y venta. Le sugerí a mi compañero que hiciéramos un último reportaje con aquella gente. Nos atrajo una casa de donde salía una música pegajosa. Se nos figuró como un oasis y nos acercamos a ella. El flujo de personas y la angostura de los pasillos nos obligó a Will y a mí a separarnos, él se quedó rezagado unos metros.

Puerto Príncipe luchaba por volver a la normalidad tras el gran terremoto y las réplicas que lo habían azotado ya demasiadas veces. Hacia el mediodía, según los cálculos de esta reportera, el pánico inundó de nuevo a Haití. Otro sismo sacudió la capital. La intensidad no la puedo saber desde donde me encuentro, pero fue atroz y es por mucho la peor experiencia que he vivido o estoy viviendo.

Durante unos segundos, todos sentimos cómo la tierra se movió de un lado a otro y lo último que pude distinguir fue un gentío corriendo, justo antes de que una construcción vecina al mercado nos cayera encima.

Mi peor pesadilla es ahora una realidad, estoy enterrada en Haití. No creo tener ninguna herida grave. Aquí todo es oscuridad. Una de mis manos está atrapada en algún lugar que no vislumbro, la otra la tengo libre, lo que me permitió sacar esta grabadora de un bolsillo de mis *jeans*. Tengo una pequeña botella de agua, la beberé a cuentagotas. Oigo en las cercanías ruidos intermitentes. Ojalá sea Will.

CAPÍTULO V

VANESA, ORIOL Y...

Vanesa camina acompañada de su madre en el pasillo de un supermercado. Maty viste bermudas, playera y sandalias y porta unas enormes gafas de sol. Luce relajada en extremo. Vane va con una falda corta y bikini. La escena sería perfectamente normal, salvo por el hecho de que Vane sabe que representa treinta y nueve años, justo veinte más de los que tiene actualmente. Durante semejante desfase del tiempo, está segura de que ahora, a sus treinta y nueve, es mucho más hermosa que antes. Irradia, lo percibe, una madurez atractiva. Le gusta ser mujer. La gente con la que ella y Maty se cruzan en el supermercado lleva también ropa ligera. Es obvio que se encuentran en un sitio en el que hace calor, quizá cercano a la playa.

Madre e hija recorren los estantes y cargan una cesta en la que introducen artículos, mientras conversan tranquilamente. Vane se escucha a sí misma decir:

—De no haber sido tú mi madre, todo sería tan distinto.

—¿Y te gusta que así haya sido?

—No podría haber sido mejor. No me veo sin ti, me da terror el solo hecho de pensarlo.

—Has hecho tu vida muy bien, eres talentosa y consistente con tus intereses. Te admiro mucho, hija.

Vane observa cómo su madre se detiene ante ella, se quita las gafas de sol y la mira directo a los ojos.

—La única cosa que le podría haber pedido a la vida erairme viéndote realizada y feliz y así ha sucedido.

—Pero es injusto que nos separemos justo ahora, ma.

—Lo injusto sería no habernos conocido. Tú eres mi luz desde que llegaste. Y eres mi luz ahora que me voy. Eres mi vida. Lucha por ti, luego por los tuyos; crea tu felicidad para contagiársela a ellos, hazlos felices.

Vanesa se fija en los ojos de su madre. En ese momento se atraviesa alguien en medio de ellas. Vane se detiene. Maty se adelanta, Vane procura alcanzarla, pero los pasillos del súper se alargan y cada vez las dos mujeres se alejan más una de la otra. Vane la emprende hasta las cajas registradoras para buscarla, pero no la encuentra. Sabe que ya no la encontrará.

Vane despierta angustiada y piensa en su madre. Sin duda la extraña, a su manera, y trata de sacudirse de la mente la pesadilla. Sus amigas aún duermen. Se enfunda unos pants, sale del cuarto y baja a la recepción, donde descubre que son apenas las ocho de la mañana, así que solo ha dormido tres horas. Sale al salón de negocios y abre su correo. Se da cuenta de que su madre tiene abierta su cuenta y le escribe por chat.

Maty trabaja en la computadora porque escribe un artículo de última hora y aún está conectada a internet, por si a su hija se le ocurriera escribirle. En cuanto Vane se conecta con ella, le suelta una retahíla de consejos.

—Ma, ¿puedes dejar de teclear y leerme?

Maty obedece.

—Ma, solo quería decirte que muchas veces me he comportado como una tonta, lo siento. Nuestra última discusión antes de irme de México fue absurda, sin razón. Me di cuenta de ello anoche, a veces puedo ser muy Idiota. No te quiero enojada, más bien te quiero.

Vane no recibe ninguna respuesta.

—Ma, dime algo.

—Hijita, necesito enviar un trabajo a la voz de ya, pero nunca olvides que te amo y que eres mi luz desde que llegaste. Gracias por decirme esto, ahora debo decirte que estoy por viajar. Todo estará bien, tu papá tiene un ojo en Gaby y el otro en ti, así que llámalo si necesitas algo. Te amo.

—Ma, por un momento no te preocupes por mí y preocupémonos por ti, por favor cuídate mucho y no hagas ninguna locura. Prométemelo.

—Así lo haré, nena. Tú tranquila. Pásala bien.

—Sí me preocupo, quiero que te cuides cañón y que te portes bien.

Vane desaparece del chat. Maty vuelve a su escrito, con una sonrisa en los labios. Su hija, en cambio, se queda con un gusto muy amargo en la boca.

Todavía es muy temprano, pero Vane no quiere regresar a la cama, así que opta por recorrer Barcelona a pie, en fachtas. Quiere tomar un café, pero recuerda que no trae dinero y se queda con las ganas. Lo siguiente que hace es reportar el robo de su teléfono y cancelar sus tarjetas de crédito.

A media mañana regresa al hotel y se reencuentra con las amigas, que ya habían dado aviso sobre el robo.

En la plática Vane se entera de que Jaime y Sara han terminado, no como otras veces, esta vez es “en serio”. Por ello no pueden recurrir a él para que las patrocine “como otras veces”, la situación es un tanto crítica.

Jordi, el galán con el que Karina se agasajara una noche antes, telefonea al hotel e invita a Karina a comer, ella acepta por insistencia de Vanesa y de Sara, pues las tres mueren de hambre y tienen la esperanza de que Jordi las invite también, cuando le refieran su conflicto.

Las tres se aprontan a acudir al Celta, un restaurante-bar, y, aunque por un momento dudan, piden algo de beber y devoran el pan que el camarero les trae. Confían en que Jordi no solo pague la comida sino que, con suerte, hasta les deje algo de efectivo.

Tras unos minutos de ansiedad, en que temen que Jordi no aparezca, el chico llega. Lleva prisa y, sin dejarlas hablar, argumenta que aunque estudia en la universidad, trabaja de bombero para pagarse su carrera en ingeniería mecatrónica. Hoy hubo una emergencia y debe acudir temprano a la estación de bomberos. Rápidamente explica que con su salario paga su carrera de diseño de juegos en sistemas. El camarero desea a toda costa tomar la comanda. Ante la premura de Jordi y la insistencia del mesero, los cuatro ordenan de comer.

—¿Y vosotras, qué tal?, ¿cómo os trata Barcelona?

Las chicas empiezan a contar lo que les ha sucedido, pero la irrupción del camarero con los primeros platos las interrumpe, por lo que no pueden explayarse. Cuando el mesero se marcha, las amigas padecen tanta hambre que comienzan a comer. Justo cuando Karina retoma la historia sobre el robo, Jordi recibe una llamada y se levanta para contestar. Las chicas aprovechan su ausencia para seguir dándole bocados a su almuerzo.

Jordi regresa para informar que debe irse a la brevedad, lo esperan ya. Con el saco apenas puesto sobre los hombros, besa a Karina en la mejilla y le promete que le telefoneará más tarde, mientras deja veinte euros sobre la mesa y se marcha.

Vane, Karina y Sara, por inercia, comen, beben y se reponen de la noche anterior. A la hora de pagar, no saben qué hacer, simplemente dejan que el tiempo transcurra. En sus vidas perfectas nunca se les ha presentado una situación similar. No les queda más remedio que analizar sus opciones para enfrentar el desaguisado.

—¿Por qué no nos echamos a correr? —opina Sara.

—Puff, qué naca u ordinaria, como dicen los españoles —la acusa Karina.

—¿Y si lavamos platos?

—Vane, no seas ingenua. La cuenta será mínimo de ochenta euros, por esa lana, tendríamos que fregar cacharros toda una semana.

—Pero tenemos veinte de Jordi.

—Karina, es nuestro único capital, de pendejas lo usamos para pagar.

Vanesa se ríe de nervios.

—Sara, no seas coda.

—¿Qué quieres hacer, güey? Con esa lana podemos comprar al menos un teléfono, mientras tanto...

Las tres sueltan carcajadas estruendosas, algo asustadas, pero también divertidas.

—Al toro por los cuernos, niñas —dice Vanesa.

El restaurante está casi vacío y el camarero sospecha que algo raro ocurre con las mexicanas.

—¿Podría llamar al gerente, joven?

El camarero, un hombre de unos sesenta años, le responde:

—Gracias por lo de joven, el gerente no está, pero aquí está el dueño. ¿Qué necesita?

—Es que no sé si es para tanto, pero si no hay de otra, llámelo porfis —implora Karina.

Enseguida se les acerca el dueño del Celta. Cuarentón, delgado, atractivo y muy gentil, con una permanente sonrisa en el rostro que derrite a las chicas.

—Hola, soy Oriol, el dueño. ¿Para qué me queráis ver?

Vanesa pone su mejor cara. Le cuenta todo: desde el asalto hasta el momento en que Jordi se fue. Le exige a Sara que saque los veinte euros. Sara, a regañadientes, los pone sobre la mesa.

—Esto es todo lo que tenemos, por favor, tómelos a cuenta. Mi pregunta es si podemos regresar a pagarte el resto mañana.

Oriol las mira circunspecto.

—Si quieres quédate con nuestros pasaportes, es lo único con lo que contamos, no hay problema.

Oriol les responde:

—Lamento eso que os ha pasado y no es necesario que me dejéis vuestros documentos, confío en que mañana o pasado, cuando os vaya mejor, paséis a liquidarlo todo. Llevaros los veinte euros, así al menos tendréis algo de dinero para arrancar.

Por la galanura y las buenas maneras de Oriol, las tres chicas se deshacen en agradecimientos. Avergonzadas, sin embargo, se marchan del restaurante, despidiéndose una y otra vez del dueño del Celta.

En el hotel, ya apercibidas con un celular barato que han comprado, trazan una estrategia. Karina por medio de mensajes de texto ha contactado a su prima que estudia arte en Roma. La idea sería adelantar el vuelo de Barcelona a Roma para el día siguiente, donde la prima las apoyará con los gastos por un par de días. Luego, avisarán a México que en el aeropuerto romano les robaron sus carteras, el viejo truco de que no saben cómo, pero sucedió: iban tarde, el estrés, los controles de seguridad, el caos propiciaron el robo.

El plan es impecable, o al menos eso les parece a ellas. Sara festeja el viaje a Roma, porque está “malviajada” con Barcelona y, sobre todo, porque sabe que Jaime se ha ido ya y por eso prefiere manipular la agenda de todas. Ella, sin sus amigas, aunque se hospede con su prima, no se las arreglará bien. Se imagina visitando iglesias, recorriendo museos sin parar, mientras su parienta nada más habla de pintura y escultura. No, para ella, la vida ocurre en las calles.

Karina, sin embargo, decide quedarse, el hotel está pagado dos noches más y no ve ningún problema en aprovecharlo, además Jordi, el bombero, le late.

Vanesa duda al principio, pero pronto ve que el plan de Sara es la única opción factible, dado que no tienen ni un euro, y así es como deciden partir hacia la capital romana.

Vanesa lamenta no responderle a Oriol, el dueño del restaurante, como se merece. Sin más va a verlo al Celta para decirle que tardarán unos días más en pagarle. Cuando llega, no encuentra la oportunidad, pues Oriol está muy ocupado con un numeroso grupo de comensales. El restaurante se ha llenado. Resulta evidente que faltan manos en aquel lugar, que huele a tortilla española, a mariscos, todo aderezado por el vino catalán, el cual también suelta su aroma al descorcharlo.

Vanesa logra hablar con Oriol, pero no puede decirle que se marcha sin pagar y hay algo en él que le impide mentirle. Oriol no entiende qué hace ella ahí, le pide que se ponga a lavar platos y así rebajará la deuda. Ella duda, pero accede y se pone a trabajar. Lava una enorme pila de loza y se sigue con las cazuelas y las sartenes. No es muy ducha, pero posee voluntad, así que prueba a hacerlo lo mejor posible.

Justo cuando parece que todo ha concluido y que podrá tomar un respiro, el restaurante se llena de nuevo. Cambia el turno y los trabajadores recién

llegados asumen que Vane es una empleada nueva. Ella piensa que pronto deberá irse para hacer la maleta, pero lo va postergando y postergando hasta que es demasiado tarde, pues tiene un sentimiento extraño: le ha gustado trabajar tanto en una cocina organizada que ahora resuelve que se tomará dos días más en Barcelona, lo cual le permitirá pagar la deuda por completo.

Al final de la jornada, se cierra el restaurante y el chef prepara de cenar. De entrada, *pa amb tomaquet* (pan con tomate), unos *musclos gratinats* (mejillones gratinados), una *escalibada* (una ensalada de pimientos y berenjenas); destapa unas botellas de Freixenet muy frío y, al final, de postre, cocina rápidamente unas *peres amb vi negre* (peras en vino tinto). Vane se ha integrado con naturalidad al staff, así que todos cenan juntos. La mexicana aprecia una camaradería que nunca había experimentado. Los demás hacen bromas sobre algunos comensales o entre ellos. El grupo la trata como a una más de los trabajadores del Celta.

Después de la cena permanecen solos Vanesa y Oriol, bebiendo juntos vino. Los demás se han ido a casa.

—Te hace falta práctica, pequeña, pero me parece que te desenvolverás muy bien en la cocina.

—Te confieso que nunca me lo había planteado, digo, el trabajar en un restaurante o de chef o en este rollo, pero esta tarde la pasé tan bien que me asombré. Me gusta la rapidez con que todo ocurre, la eficiencia y la sutileza con la que se debe crear cada plato. Me encantó ser parte de ese ajeteo.

Vanesa le da un pequeño sorbo a su vaso de vino y continúa hablando.

—Debo admitir que hoy solo venía a despedirme, sin pagar. Mis amigas y yo tenemos que tomar un vuelo a Roma para solucionar allí nuestro problema económico.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Se me hacía muy mala onda, ¿me entiendes?, fuiste tan amable con nosotras que nunca me podría portar mal contigo.

Oriol se sonroja.

—Pues, gracias, pequeña.

—No, gracias a ti, cuando vayas a México yo te invitaré a cenar.

—Pues mira, me gustaría muchísimo.

—Pero al menos yo no te haré lavar platos —y lo mira con picardía.

Ambos ríen.

—¿Y qué pasaría si te quedaras a trabajar aquí, en el restaurante? Has quedado la mar de bien en la entrevista para obtener el empleo.

—Gracias, pero créeme que debo irme.

Se despiden sin ganas de hacerlo. Algo los vincula.

La noche catalana cae sobre Vanesa. Se siente inquieta, aunque no tiene claro por qué. Anda despacio, piensa, mira las siluetas de las casas y los edificios del Barrio Gótico. De pronto, cree que se perderá por las sinuosidades de las calles hasta que, a lo lejos, ve el hotelito en el que ella y sus amigas se hospedan.

Al otro día, Vane se presenta en el restaurante, justo cuando alguien del staff está abriendo. Ella saluda, pasa y pone las mesas. Cuando Oriol se aparece, una hora más tarde, Vanesa trabaja ya como pinche, lava, chalanea y le pega a todo en la cocina. El dueño agradece que se lo haya pensado. Vanesa le sonríe, sin intentar ser coqueta, pero es inútil, le sale del alma.

Esa noche, cuando Vane llega a las tres de la mañana a la habitación del hotel, Karina y Jordi duermen juntos. Sara, en su cama, ronca suavemente. En ese instante, Vanesa determina que no quiere seguir su camino hacia Roma. Prefiere trabajar en Barcelona por un tiempo y comenzar los trámites para recuperar sus tarjetas. Ante la “muchedumbre” que habita el cuarto, no le queda más remedio que bajar al centro de negocios, aprovecha para facebookear y tuitear, con el objeto de encontrar un lugar que se rente. Después, medita un rato sobre qué decirle a sus papás. ¿Aceptarían su decisión de permanecer sola, un tiempo, en esa ciudad española? El sueño la vence y se echa una pestañita frente a la computadora titilante y ruidosa.

En la mañana, por mediación de una amiga de Facebook, consigue que otra mexicana comparta con ella su departamento.

Desvelada y ojerosa, busca a sus amigas, con las que desayuna en un café frente al hotel. Jordi no las acompaña, puesto que ha madrugado para un examen en la universidad. Allí Vane informa de su resolución de permanecer en la capital catalana. Se despide cariñosamente de Karina y de Sara, quienes se quejan un poco. Habían iniciado el viaje juntas, dice una de ellas, y ahora se desperdigaban.

Ya en el restaurante, con plena conciencia de que trabaja allí, le refiere a Oriol que será *roommate* de otra chica por el barrio de Poble Sec. En metro, le queda a diez minutos del centro, según ha averiguado. Su jefe se ofrece a recoger con su coche las maletas guardadas en el hotel y transportarlas a su nueva casa.

Vanesa hace suya a Barcelona. Deja de comportarse como turista. Reconoce ya las esquinas, las paradas del metro. La que atiende un quiosco cerca del Celta, le guarda sus revistas favoritas. Poco a poco, suelta frases en catalán.

CAPÍTULO VI

CIUDAD DE MÉXICO-PUERTO PRÍNCIPE

Daniel despertó con una sensación de pesadumbre (¿o más bien era tristeza?) y la única manera que encontró de sacudirla fue llamando a Maty. Una voz grabada advirtió que se hallaba fuera del área de servicio. Eran las seis de la mañana, por lo que esperaba una hora antes de volver a llamar. En caso de no obtener respuesta, hablaría con alguien de su equipo o de la cadena. Necesitaba saber de su mujer. Dedujo que ese era el lapso necesario antes de apretar el botón de pánico.

Barruntaba una catástrofe. Padecía de una especie de complejo de Casandra tropicalizado, que le obligaba a tragarse el mal presagio, porque siempre tenía razón, o casi siempre.

Su intuición le obligó a rasurarse y a ducharse sin prisa y a fondo, temeroso de que fuera el último baño confortable en algún tiempo. En vez de vestirse de traje o con cualquier otro uniforme oficinesco, se decidió, casi sin pensarlo, por unos *jeans*, una camisa cómoda y tenis. Bajó a la cocina, preparó café percibiendo la calma de la casa, de su casa, y una vez más lamentó haber perdido a su mujer. Daniel deseó que todo fuera como antes, incluso extrañaba el afán controlador de su esposa, hasta echó de menos su obsesión perfeccionista, pero sobre todo echó de menos su amor, su cuerpo y la manera en que los hacía florecer a todos.

El café terminó de colarse, Daniel se sirvió una taza y nada más al dar un pequeño sorbo decretó no esperar ni un minuto más. La sospecha de que algo iba mal aumentaba.

Cuando encendió la televisión, en su mente se cruzaban varios pensamientos, por ejemplo, opinó que el aparato del antecomedor era feo y viejo, que añoraba el rostro perfecto de Maty, que subiría por una chamarra. Todo eso mientras cambiaba los canales. Al detenerse en CNN y enterarse de

que otro sismo había sacudido Haití, se convenció de que la pesadilla que barruntaba daba comienzo.

Intentó comunicarse al número de Maty, pero el teléfono satelital seguía apagado. Marcó varias veces más con gran desesperación, una y otra vez sin parar, hasta que cayó en la cuenta de que debía hablar con Genaro, el jefe de su mujer.

—Perdona la hora Genaro, pero...

—Estaba a punto de marcarte.

Los músculos del rostro se le pusieron rígidos.

—Dime, Genaro, por favor.

—Como imagino, ya debes estar informado de que hace unas horas un nuevo sismo le pegó a Puerto Príncipe y, diciéndolo en pocas palabras, perdimos contacto con la isla. No tenemos ninguna información de nuestro equipo ni de Maty.

Daniel guardó silencio por unos segundos, su mente calculaba con meticulosidad su siguiente pregunta:

—¿A qué hora fue el último contacto con ella?, ¿dónde estaba?

—Mi amigo, no tengo la información para poder contestarte eso.

—Genaro, ¿de veras no saben nada?

—El hecho de que no tengamos contacto con ellos no significa que les haya pasado algo.

—¿Qué piensan hacer al respecto?

—Aún no lo sé, necesito un tiempo, dame un par de horas, por lo menos.

—En ese tiempo pueden pasar muchas cosas.

—Lo sé Daniel, lo sé, pero no puedo operar sin información. Hay una confusión total. Créeme que estamos trabajando de forma permanente con la embajada, con el ejército y con la Cruz Roja, además...

Daniel interrumpió:

—¿Pero qué hace el ejército? Volaba un avión de regreso. ¿Qué sabes de eso?

—No lo sé, no sabemos nada, nadie sabe nada. Permíteme llamarte en cuanto tenga noticias.

Daniel colgó, pensativo. Antes de hundirse en el desánimo, oyó unos pasos. Su hija Gaby acababa de entrar a la cocina.

—Papá, ¿te pasa algo? Te ves angustiado.

—Nada mi amor, que me entraron ganas de hacerte un súperdesayuno. ¿Qué se le antoja a la *princess*?

—¿De verdad me vas a hacer el desayuno?, ¿a qué debemos el milagro? Hace mucho que no lo hacías.

—Pues hoy es tu día de suerte, señorita. ¿Quieres unos waffles?

Gaby asintió. Daniel cocinaba disimulando su preocupación.

Una hora más tarde, Gaby estaba lista para irse a la escuela. Fue al estudio de su papá para despedirse. Daniel hablaba por teléfono y al ver a su hija interrumpió la llamada. Con ademanes, le pidió que se acercara, mientras él se sentaba frente a su escritorio.

—Mi niña, tenemos un problema. Se complicaron las cosas en Haití, hubo una réplica del temblor y el aeropuerto es un relajo. Ya transcurrió mucho tiempo y no estoy tranquilo, por eso iré por tu mami, para traérmela. ¿Qué dices?, ¿te parece bien?

—Pues se me hace raro papá, dime la verdad, ¿mi mama está bien?

—Está bien y, si puedo alcanzarla y traérmela, estará mejor. Pero quiero pedirte un favor enorme, no le digamos nada a Vane, no quiero que ella lejos y yo lejos... por favor no, una vez que traiga a tu mami hablamos con tu hermana, ¿estamos?

Gaby se lo pensó por un momento.

—Estamos, pero plis llámame todo el tiempo. ¿Cuándo regresan?

—Mira, primero déjame llegar a mí y luego sacar a tu madre. Será cosa de unos cuantos días. Tu abuela hoy te recogerá en la escuela y se vendrá aquí contigo para que no estés solita. No dejes que te consienta demasiado, ya sabes cómo es, y pórtate bien.

Gaby se entristeció. De pronto se quedaba sola, sin la presencia de sus padres y lejos de su hermana.

—¿Pero está bien mami?

—Está perfecta, solo que le pasa lo mismo que a ti y a Vane, como siempre, me necesitan a su lado.

Gaby sonrió mientras abrazaba a su padre. Daniel la besó en ambas mejillas y aspiró el suave olor de su cabello.

Aterrizó en Santo Domingo poco antes de la diez de la noche, después de largas horas de espera en los aeropuertos, de abordar dos aviones y aguantar una pesada ansiedad. El embajador en República Dominicana, a través de la Cruz Roja, se encargó de que el marido de la periodista fuera recibido por Juanma y Leandro, dos dominicanos que habían trabajado en la embajada de Haití y que lo guiarían hasta Puerto Príncipe. Eran corpulentos y de aguda

inteligencia. Los tres hombres subieron a una Hummer negra y emprendieron de inmediato su camino.

Juanma, el piloto del vehículo, anunció que harían un rodeo, pues la carretera principal que comunicaba ambos extremos de la isla dominicana se había visto afectada por el último temblor; era por ello que tomarían una ruta más larga pero al menos segura hacia Puerto Príncipe. Leandro especificó que, de acuerdo con sus cálculos, les llevaría alrededor de ocho o diez horas llegar a su destino, dependiendo del tráfico. Daniel no pudo ocultar su nerviosismo y antes de salir de la ciudad quiso enlazarse con Maty, pero no hubo ninguna respuesta, el celular de su esposa seguía desconectado.

La parte trasera de la Hummer iba retacada con bidones de diésel, latas de comida, fruta y garrafones de agua; las provisiones dejaban poco espacio en el vehículo, pero Juanma explicó que era mejor ir preparado para todo, máxime con las catástrofes provocadas por los sismos. Por último, y antes de internarse en carretera, Daniel llamó a Genaro:

—Genaro, voy rumbo a Puerto Príncipe. Si no surgen contratiempos, haremos entre ocho y diez horas de camino. ¿Tienes ya alguna información?

—Sí, y me temo que no es muy optimista.

—Dime, por favor...

—El último terremoto devastó por completo la ciudad, derribando las pocas construcciones que quedaban en pie. A un panorama ya de por sí desolador, se ha sumado más muerte y un mayor descontrol del gobierno, de las comunicaciones y del suministro de alimentos. Incluso la embajada mexicana ha prohibido que una nueva misión de la Cruz Roja vaya para allá, ya que no pueden garantizar su seguridad. Estamos en comunicación, interrumpida, pero comunicación al fin, con la embajada, quienes han hecho un recuento de los diez corresponsales mexicanos acreditados en Haití; de ellos, siete están ubicados y a salvo, mientras que tres, entre ellos Maty y Will, se dan por desaparecidos.

Daniel tragó saliva, mientras una punzada se le hospedaba en la boca del estómago.

Genaro continuó:

—Sabemos que Maty y Will salieron del hotel con un chofer y un traductor ayer a las nueve de la mañana. El terremoto, como bien sabes, fue a las 11:03. La embajada nos manifestó que rastrean ya todos los sitios donde pudo haber estado el equipo de Maty. Nosotros recopilamos ahora información con los demás periodistas mexicanos. Las comunicaciones, las calles, el gobierno, incluso el aeropuerto, son una calamidad. Ni siquiera los

marines, que han tomado control del aeropuerto, han logrado imponer algo de orden. Es una bendición que te hayas adelantado. Cuenta conmigo y con todo el equipo de Cadena Ser para lo que requieras. Ánimo, Daniel, los vamos a encontrar, estoy seguro.

Aunque la noticia le retumbaba en la cabeza, Daniel le agradeció la ayuda al jefe de su mujer.

Juanma y Leandro barajaban varias ideas sobre las acciones a seguir una vez que entraran a Puerto Príncipe, pero tampoco se ponían totalmente de acuerdo. Juanma hablaba de ofrecer dinero, una muy buena cantidad de dólares, y de hacer que se corriera la voz, para que la red de sobrevivientes buscara a Maty. Leandro discrepó. Creía que lo mejor era contratar a uno o dos detectives para que se movieran entre los haitianos, claro, eso mientras ellos repartían fotografías de Maty y de Will, y se metían en cada posible rincón donde pudieran encontrarlos. Daniel los escuchaba cerrando los ojos y apretando los labios, pero por más que lo pensaba a él tampoco se le ocurría nada, lo único que sabía era que debía encontrar a su esposa.

Pasaron largas horas hasta que llegaron a la frontera entre Santo Domingo y Haití. Juanma detuvo el coche del lado dominicano, donde un policía les pidió sus pasaportes, los miró y les advirtió que, del lado haitiano, no había nadie que les pudiera recibir legalmente. “Ustedes comprenderán ¿no?”. El guardia les preguntó las razones por las que avanzaban hacia Haití y, tras revisar el pasaporte mexicano de Daniel, les dejó seguir adelante. La Hummer pasó ante el control haitiano abandonado por completo y volvieron a la carretera.

El caos comenzó a manifestárseles unos kilómetros más adelante al toparse con vehículos abandonados en pleno carril. Leandro supuso que la carencia de gasolina había obligado a la gente a dejar sus coches a medio camino, simplemente se bajaban y continuaban andando.

A medida que se internaban en el país, eran testigos de más y más horror. Se cruzaban con multitudes desesperadas, personas que suplicaban para que los subieran al coche. Juanma, sin inmutarse, no se detenía ante nadie. Su prioridad era llegar. Se justificó diciendo que temía que los asaltaran. “Cargamos con un botín valioso: comida, agua y combustible. Y la Hummer”.

La estimación original de Leandro de alcanzar Puerto Príncipe en ocho horas de camino se vio rebasada por la realidad. Había un intenso tráfico que los demoró. Automóviles, muy pocos; eran hileras de gente y cientos de vehículos tirados por animales los que invadían el camino y los que obstaculizaban el flujo de los autos. A nadie parecía importarle. No había

ningún policía que regulara el tránsito. Otra cosa impactante para los viajeros era que todo el mundo iba en un mismo sentido, es decir, hacia Puerto Príncipe.

La travesía fue un infierno para Daniel, quien se sentía aún más impotente sin señal de celular, con un tráfico cada vez más lento y con la desesperación dando vuelcos a su imaginación. Sabía que cada segundo contaba y, aunque al principio tomó una actitud de indiferencia ante las distintas tragedias con las que se enfrentaban a cada momento, llegó un punto en que no pudo permanecer ni un momento más refugiado en su endeble armadura emocional. Ante una escena dantesca en la que un hombre viejo jalaba una yunta con dos heridos, Daniel ordenó detener la Hummer para bajarse a ayudarlo, justo hasta el poblado siguiente. Una vez que alcanzaron el destino de aquel hombre, Daniel se despidió, seguro de que la familia del anciano se encontraba desperdigada si no es que muerta. Se descubría impotente, no podía ayudar más. En la Hummer no había espacio para subir a nadie ni había tiempo que perder. Los casos que requerían ayuda, uno tras otro, no los podían tratar. De nuevo, Daniel se revistió con su coraza. Su meta radicaba en encontrar a Maty.

La situación alcanzó un límite de desasosiego cuando, en medio de la noche, estuvieron cerca de atropellar a una joven descalza que empujaba una carreta con varios niños adentro. Daniel gritó para que pararan la Hummer y descendió a auxiliar al grupo. Él hablaba un perfecto francés. La muchacha solo entendía el dialecto haitiano, así que fueron los niños quienes se comunicaron con él; Daniel averiguó que el propósito de la chica y de los pequeños era dar con sus padres, los que, de manera muy probable, se encontrarían en un pueblo cercano. Daniel le cedió su lugar en la Hummer a la adolescente, mientras él y Juanma amarraron la carreta a su vehículo, la remolcaron hasta la aldea más inmediata y allí todos se dijeron adiós.

A partir de ese momento, Daniel se colocó tras el volante de la Hummer y manejó como un poseso, hasta que la entrada a Puerto Príncipe se convirtió en una lentísima marea de vehículos, animales y gente que iba en todas las direcciones posibles. Habían contabilizado ya doce horas desde que salieran de Dominicana, pero arribar al principal acceso a Puerto Príncipe les tomó aún dos horas más.

Poco antes de entrar a la ciudad, Daniel intentó de nuevo establecer contacto con el móvil de Maty. Fue inútil. Su siguiente llamada fue a Gaby, a quien le explicó que apenas habían llegado a la capital de Haití. Mintió al pedirle que no se preocupara, porque muy pronto tendría buenas noticias.

Antes de internarse en la ciudad, volvió a conectarse con Genaro, quien le explicó que aún no habían localizado a ninguna de las personas con quienes Maty viajaba al momento del terremoto. Daniel colgó muy abrumado.

La Hummer, ahora con Juanma al volante, tomó rumbo hacia el aeropuerto, objetivo que se antojaba fácil para tres hombres recién llegados al caos, pero hartos difícil en la práctica. Primero, porque ninguno de ellos estaba del todo preparado para continuar presenciando escenas devastadoras que los desafiaban y los hacían sufrir. Segundo, por la dificultad para atravesar una ciudad en ruinas.

Maty había puesto a prueba toda su entereza al llegar en las primeras horas tras el terremoto y enfrentarse con el desastre, pero ahora el panorama con el que se encontraron Daniel y sus acompañantes era mucho peor. Estaban frente al *súmmum* del desastre, de la anarquía y de la muerte. La mayor parte de las construcciones de la ciudad había sido reducida a escombros. El segundo terremoto sembró mayor devastación que el primero, pues terminó por dar el tiro de gracia a una ciudad ya de por sí moribunda. Lo primero con lo que se enfrentaron fue a numerosos grupos de personas queriendo sacar gente u objetos de los derrumbes. Los haitianos que habían sobrevivido al segundo sismo se debatían entre salir huyendo de una ciudad con más muertos que vivos o esperar a que la ciudad los engullera a ellos también.

Tanto para Daniel como para Juanma y Leandro fue un verdadero *shock*. Ninguno de ellos había percibido antes el olor a muerte, el sudor intolerable que despedían los deudos, la fetidez de las calles en donde la gente no tenía más remedio que hacer sus necesidades. En cada esquina, en cada nueva cicatriz de la tierra, con cada nuevo cadáver con el que se topaban el ánimo de los tres decaía. Y aunque nadie lo expresaba basta decir que en medio de aquel desconcierto pensaban que las probabilidades por encontrar a Maty resultaban cada vez más remotas.

Ante el escenario, los tres viajeros dejaron de hablar; en el coche solo se escuchaba la radio, sintonizada en una estación que transmitía nada más noticias, avisos y daba instrucciones. Los locutores hacían todo lo posible por invitar a la calma y a la esperanza en una ciudad quebrada.

Paralelo al *shock* de hallarse en medio del averno, en su camino por llegar al aeropuerto tuvieron que desandar el camino decenas de veces debido a las numerosas calles cerradas o cortadas por el terremoto. ¡Puerto Príncipe parecía un laberinto! Tras numerosos tanteos por alcanzar una ruta decente, Daniel preguntó a gente de la ciudad por alguna Indicación para seguir hacia

el aeropuerto. Un hombre presumió conocer la única ruta libre y segura para llegar hasta allá, aunque pedía cien dólares por el servicio.

Juanma era de la idea de que ellos mismos buscaran el sendero, pues no confiaba en ese tipo. Daniel, sin embargo, estaba tan impaciente que le costaba tomar decisiones, nada lo había preparado para esta misión y cada vez sentía más que él y sus acompañantes eran ineficaces. Accedió a subir al hombre al coche y a dejarse guiar por él.

El haitiano los condujo, alejándolos de la ciudad por un camino muy accidentado. A la media hora de trayecto, Juanma, Leandro y Daniel se miraban entre ellos muy inquietos. En contraste, el haitiano no paraba de hablar. El ambiente se fue enrareciendo, la situación se volvía más Incómoda y el haitiano se mostraba cada vez más nervioso, hasta que de pronto Juanma explotó, sacó su arma —una pistola 38 especial— y le apuntó, gritándole que si no los conducía por la ruta correcta le volaría los sesos.

Daniel alzó la voz para tratar de calmar a Juanma, mientras que Leandro vociferaba violentamente contra el guía. En ese momento, con movimientos felinos, el haitiano abrió la puerta y saltó del coche en movimiento.

Leandro frenó de inmediato, puso la camioneta en reversa y trató de perseguirlo, pero fue inútil, pues el hombre se alejó zigzagueando entre varias construcciones caídas.

Daniel, desconcertado, ignoraba si debía irse contra Juanma por haber ahuyentado su única oportunidad de encontrar el aeropuerto o si debía agradecerle el haberlos salvado de una trampa. El cansancio y su frustración conspiraban para desquiciarlo. Totalmente fuera de sí, salió del coche con ganas de gritar y patear las llantas de la Hummer. Justo cuando no sabía ya qué más hacer, otro haitiano, un hombre barbado de edad avanzada, se acercó y con gran amabilidad preguntó en un perfecto francés en qué podía ayudarlos.

Su nombre era Baptiste, y era un académico de la mejor universidad haitiana. Un hombre bastante solitario y acostumbrado a no meterse más que en sus propios asuntos. Sin embargo, lo asaltó la necesidad de acercarse al ver saltar a un hombre del coche en movimiento.

Al ser abordado por Baptiste, Daniel reaccionó de manera hosca. Una sola mala experiencia le había bastado para convertir su naturaleza confiada en una desconfianza inveterada hacia todo el mundo, pero al ver la mirada afable del haitiano, tuvo la corazonada de que podían ponerse en sus manos.

El académico expresó que lo más probable era que su guía anterior no quisiera tanto hacerles daño como ganarse unos dólares, porque era mucha la

miseria de los haitianos. Eso sí, el camino por el que los condujo solo había contribuido a alejarlos de su objetivo.

Baptiste se ofreció a llevarlos de vuelta al punto del que partieron. Daniel rápidamente indagó por el costo que significaría su auxilio como brújula, pero Baptiste atajó su suspicacia, diciéndole que no lo haría por dinero, sino por agua, y eso si llegaban al aeropuerto.

Daniel y sus acompañantes hicieron un rápido *teamback* en el que todos manifestaron creerle al haitiano, aunque Juanma amenazó con usar su arma para asegurarse de que esta vez dieran con el aeropuerto. Daniel le prohibió que volviera a sacar su pistola, a menos que estuvieran en un peligro real. No quería presentarse como un bárbaro.

Baptiste se integró con ellos y desde ese momento trajo certidumbre. Mientras guiaba desde el asiento del copiloto, les contaba su tragedia personal. Daniel, a su vez, le refirió su misión. Baptiste se ofreció a ayudarlos en todo lo que fuera posible. Incluso cuestionó la idea de ir al aeropuerto, argumentó que lo mejor sería ir primero al hotel donde dormían los periodistas, ya que pensaba que ahí tendrían más oportunidades de obtener información por medio de otros representantes de la prensa.

A Daniel la idea no le sonó descabellada, pero la rechazó porque quería asirse a algo inmediato: llegar al campamento de la embajada mexicana y acceder de primera fuente a algún tipo de información.

La Hummer retrocedió su camino y regresó al punto donde se había desviado. De ahí, Baptiste los dirigió por callecitas, callejones, prados y vías de tren, hasta las inmediaciones del aeropuerto. Todo ese trayecto les llevó más de sesenta minutos. Finalmente llegaron a su destino quince horas después de haber salido de Santo Domingo.

Una vez ahí, Daniel se introdujo al aeropuerto, no sin antes rogarle a Baptiste que permaneciera con ellos. Podía llevarse el agua que quisiera, pero ahora Daniel le ofrecía un sueldo por su útil compañía. El viejo académico aceptó la oferta.

Constató la precisión del consejo de Baptiste. En el aeropuerto y los alrededores nadie sabía nada; solo se encontraban heridos, se respiraba miedo, aprehensión y no se tenían noticias importantes. El paso de Daniel por allí lo instó a llamar a Genaro. No fue posible establecer la conexión, las líneas estaban saturadas. Por accidente, Daniel se cruzó con personal de la embajada mexicana, quien se manifestó “sumamente preocupado” por la desaparición de Maty, “una excelente y valiente corresponsal”. Suplicó a los diplomáticos que, de saber algo, se lo avisaran *ipso facto*. Le externaron que contara con

ellos para todo lo que fuese necesario y finalmente le recomendaron que se dirigiera, sin mayor preámbulo, al hotel de la prensa, pues confiaban en que los reporteros podrían aportar más información sobre Maty que las autoridades. Lo dicho por aquellos hizo mella en Daniel. En ese momento se dio cuenta cabal de lo solo que estaba. Ni la embajada ni Genaro ni Radio Cadena Ser ni nadie más podía hacer algo por Maty. Dependía de él la vida de su esposa.

Daniel abandonó el aeropuerto con una actitud distinta. Nunca se había sentido tan perdido, todo estaba en su contra. Nadie había comenzado a buscar a Maty, no se tenía la menor idea de dónde podría estar o dónde había pasado los últimos minutos antes del terremoto. Lo peor era que a todos, menos a él, les daba igual el paradero de su mujer. Haití se había transformado en una gran fosa común. No era ya relevante un desaparecido o una desaparecida en particular.

Hay gente que se paraliza con los obstáculos, gente que opta por la lentitud en lugar de correr a resolver los problemas, resignándose de antemano o victimizándose. Daniel no era de esos, tenía coraje para seguir adelante contra viento y marea. Tras aceptar la magnitud de la tragedia y que las probabilidades de que Maty estuviera con vida eran mínimas, en la mente de Daniel se operó un cambio y, en vez de lamentarse, admitió que cualquier cosa que le arrancara a la mujer que amaba lo devastaría. Sin embargo, a esas alturas, con tal de verla, se conformaría con la última bocanada de vida de Maty, con su anillo de bodas, con cualquier parte de ella o, en última instancia, con su cadáver. Decidió no ceder y seguir buscando.

Exhaló profundamente el aire putrefacto que rodeaba el campamento y se llenó de valor, ya no por él, sino para transmitírselo a su equipo y contagiarle el suficiente arrojo para encontrar a Maty. Cuando Daniel salió del aeropuerto y se trepó a la Hummer polvosa y sucia, en la que esperaban Juanma, Leandro y Baptiste, les sonrió. Solo el haitiano captó el desaliento que se leía en los ojos de Daniel.

Baptiste resultó ser un hábil guía para sortear las calles de Puerto Príncipe. Conocía atajos que, en medio de los estragos, funcionaban para la Hummer, y fue así que llegaron en menos de media hora al hotel.

Allí se separaron: Juanma permaneció cuidando el vehículo y sus provisiones, Baptiste se enfocó en indagar cualquier cosa en las afueras del hotel, con los choferes y guías haitianos; Leandro se dedicó a entrevistar a los empleados del hotel y Daniel se enfocaría en averiguar con los corresponsales de prensa.

Lo primero que hizo Daniel fue indagar sobre la habitación de Maty y una vez que le dieron acceso, entró en ella. Se dio cuenta de que todo estaba listo para la vuelta a México. Revisó el *backpack* de su esposa, colocado ordenadamente sobre una mesita, con lentitud lo abrió y husmeó en él. Cuando sacó sus efectos personales, Daniel se quebró y se soltó a llorar. Se sentía solo en el culo del mundo y destinado al fracaso. Sin embargo, ni siquiera en esos momentos se dio el lujo de dar rienda suelta a su tristeza. El único recurso que tenía era el tiempo y debía aprovecharlo. Cesó su llanto, se compuso y siguió buscando en el *backpack* hasta encontrar unos calcetines y la ropa interior de Maty, misma que regresó al equipaje tomando solo los calcetines. Media hora más tarde se reencontraron los cuatro en la Hummer. Habían averiguado que Julián, “la estrella” y enviado especial de la otra cadena radiofónica, estaba indagando exhaustivamente sobre el paradero de Maty.

Daniel quería salir corriendo en búsqueda de Julián, pero Baptiste se lo impidió, pues sería inútil buscarlo en ese revoltijo, así que tuvo que morderse la lengua para no replicarle, pues hasta ahora el guía no se había equivocado. Esperarían a Julián y aprovecharían para comer, hidratarse y ducharse.

En esos momentos apareció el periodista en el hotel. Se saludaron rápidamente, ya que el segundo debía transmitir su programa, por lo que le pidió a Daniel que lo aguardara hasta que concluyera. Una vez que Julián terminó su reporte, ambos se sentaron en el bar del hotel. Julián le daba el parte informativo mientras comía.

—No quiero ser pesimista, pero debes prepararte para lo peor, la ciudad se desplomó casi por completo en el segundo terremoto. Hay muchos más muertos que en el primero.

Daniel asintió, esperando que Julián prosiguiera.

—Tras el terremoto nos reagrupamos, cada país contó a sus equipos y fue así como nos dimos cuenta de que faltaban tres mexicanos, Mauro, un camarógrafo mexicano de CNN fue hallado anoche...

Daniel levantó la vista esperanzado, pero el rostro de Julián y su respuesta no admitían esperanza alguna.

—Murió en el mismo instante en que quedó sepultado.

A Daniel se le demudó el rostro, lo único que quería era salir de ahí para comenzar el rastreo. Julián continuó:

—Maty y Will no han sido localizados. Sabemos que salieron esa mañana a dar el último recorrido. Maty tenía planeado volver a casa esa noche en el vuelo de la Cruz Roja, pero no sabemos hacia dónde se dirigieron. Todos los

comunicadores hemos participado en su búsqueda, como algo personal, y creo que nos estamos acercando. Esta tarde recibimos apenas el informe de que un hombre con las características de Will fue llevado inconsciente a un hospital en algún lugar de Puerto Príncipe, esa es una línea de investigación. La segunda es hallar a Patrick Duanjsan y Bolú Adams, el chofer y el traductor. Los cuatro estaban juntos. Localizar a uno de ellos nos daría una pista para saber el perímetro en el que organizaríamos la exploración.

Daniel no hacía más que convenir, muy nervioso.

—¿Qué puedo hacer yo ahora, Julián?

—Ahora nada, debes descansar, mañana tenemos programada una salida a las cinco de la mañana, para buscar en los sitios y los hospitales que nos faltan.

—Puedo ir avanzando en esos hospitales ahora mismo.

—Puedes, pero salir de noche en medio de este caos es una mala idea, a menos de que lleves armas largas y muchos hombres. Anoche un equipo de reporteros canadienses que iba a la pesquisa de uno de sus compañeros perdidos sufrió el asalto de una horda de zombis hambrientos. En ese encuentro el grupo perdió a dos de los suyos. Desde el segundo terremoto es un suicidio andar por las calles durante la noche, no lo hagas, entiendo lo que sientes, pero no lo hagas, es muy peligroso.

Daniel miraba impaciente hacia la ventana, como si quisiera desaparecer la oscuridad.

Julián, para dar a entender que sabía de lo que hablaba y que estaba informado, le dijo:

—Según mis informantes, ayer saliste de México, aterrizaste en Dominicana, llegaste hoy aquí y no han dormido nada ni tú ni tus dos hombres dominicanos. El haitiano se ve mejor, pero a ti y a ellos les conviene estar frescos para aprovechar todo el día de mañana. Ahora no lograrás nada y el riesgo que corres es demasiado alto. Deja descansar a tus hombres y date un descanso a ti mismo, no solo físico, sino mental. Te espero a las cinco en punto en la puerta del hotel.

Julián le tendió la mano y se marchó. Daniel reflexionó unos momentos antes de hablar con su equipo y disponer la acampada en el jardín del hotel. Poco después, se quedó dormido viendo a la luna. Los dominicanos cayeron rendidos por el sueño y la fatiga.

A las cinco de la mañana, Daniel, Juanma, Leandro y Baptiste alistaron la Hummer y se pusieron en marcha siguiendo la Pick-Up de Julián.

La mecánica del rastreo resultaba compleja, pues en cada lugar se debían adaptar a las azarosas circunstancias. Empezaron por distribuir fotografías de Maty y de Will, con las que interrogaban a la gente en los hospitales y en las calles; también preguntaban por Bolú y Patrick, aunque sin fotos, porque no tenían ninguna de ellos. Este sondeo dependía de muchas variables, bien porque había muchas personas en estado de *shock* y estaban confusas, o bien porque había gente que era capaz de jurar que había visto a Jesucristo si ello auguraba una buena propina. Otro aspecto que dificultaba la logística era que la ciudad continuaba revuelta, los pocos servidores públicos seguían removiendo escombros para desenterrar personas y animales. El polvo aún no terminaba de asentarse tras la última réplica y la ciudad era un gran cementerio, con numerosas personas dedicadas a escarbar entre las ruinas.

Después de toda una mañana infructuosa, Julián regresó al hotel para cumplir con su trabajo radiofónico. Allí lo aguardaba, desde hacía horas, el buen pastor, que había visto las fotos de Will y Maty, a quienes se anunciaba como desaparecidos. De viva voz, Daniel se enteró de la relación tan cercana que Maty desarrolló con la pequeña Estrella. El pastor y Daniel se hicieron amigos. El religioso prometió auxiliarlo en la búsqueda desahogada.

Baptiste, entretanto, halló una pista. Daniel y su equipo la siguieron, era información brindada por una mujer, que aseguraba conocer a Bolú, tras haberlo recibido malherido en un hospital.

Los cuatro hombres y la mujer haitiana se dirigieron a dicho hospital, donde la mujer había sido voluntaria en las horas inmediatas a la réplica. Se enteraron de que, en efecto, un hombre con las características de Bolú había sido internado en muy mal estado. Con tristeza comprobaron que el hombre había muerto casi de inmediato. El director del hospital les confirmó que la familia había recogido el cadáver ese día por la mañana y también les dijo que, de acuerdo con el parte médico, un pariente del difunto era quien lo había llevado al hospital y quien se había encargado de avisar a otros familiares.

El mismo director del hospital les proporcionó la dirección registrada por los familiares del difunto. De inmediato el equipo se dirigió al lugar señalado, solo para descubrir que correspondía a una casa deshecha.

La decepción hizo mella en el equipo, pues debían empezar de nuevo. Lo más seguro era que las familias de Bolú y Patrick estuviesen en uno de los miles de campamentos de refugiados distribuidos por toda la ciudad. Las posibilidades de hallarlos se fragmentaban hasta volverse mínimas. Daniel luchó contra el impulso de subir al coche y empezar de nuevo la averiguación

en *diosabedónde*; cuidándose muy bien de no dejar traslucir el profundo sentimiento de desencanto que lo inundaba, propuso hacer una pausa para comer.

Lejos, muy lejos estaban de degustar el ragú de carne, el ponche bucanero o el bacalao a la criolla de la gastronomía haitiana. No repararon en ella, ni siquiera pensaron que en ese lugar alguna vez alguien mezcló con gracia la carne de cerdo, los pescados, las frutas tropicales y el arroz con alubias. No pensaban en ello y lo único que querían era acercarse un bocado que les permitiera continuar su búsqueda desesperada. Así, se conformaron y agradecieron los trozos de pan con alubias y los sencillos emparedados que regalaban el sabor intenso y los aromas de las hierbas y especias de la región. El breve descanso resultó una buena decisión. La comida y la plática vinieron bien para subir un poco el ánimo.

Cuando estaban a punto de montarse en el coche para marcharse —siguiendo la propuesta de Baptiste de regresar al hotel y averiguar si había alguna noticia fresca—, vieron a lo lejos una nube de polvo provocada por un vehículo que avanzaba en su dirección. Segundos después, una Pick-Up se detuvo frente a ellos y descendieron Julián y Patrick, el chofer de Maty.

Patrick, a trompicones, contó, mirando fijamente a Daniel, que el día de la réplica, Maty y Will se separaron de ellos y que unos minutos más tarde sobrevino el terremoto. Con tan mal tino que a Bolú y a Patrick los sorprendió cuando estaban tratando de echar a andar el taxi. Bolú revisaba la suspensión debajo del vehículo, en lo que Patrick metía las manos en el motor. El coche, además, había quedado casi atascado. En cuanto se inició el movimiento, la tierra se abrió, el vehículo se liberó de su parte encasquillada y se precipitó sin piedad sobre Bolú. Patrick lo llevó al hospital y allí se mantuvo a su lado hasta que murió. Le avisó a sus parientes y los ayudó a recoger el cuerpo. Una vez que lo enterraron, se presentó en el hotel para indagar algo sobre Maty y Will. Fue así como se encontró con Julián —quien canceló su transmisión— y ambos se subieron de inmediato a la Pick-Up para buscar a Daniel.

Luego de escuchar la entrecortada historia, Daniel y sus hombres se dirigieron hacia la locación exacta donde vieron a Maty por última vez. Al mismo tiempo, Julián se dirigió a donde creía que podría encontrar más ayuda.

Patrick llevó al grupo hacia un cruce de calles terregosas, rodeado únicamente de edificios derrumbados, el lugar donde se había quedado el taxi varado. Solo estaba el cascarón, pues más allá del temblor, el vandalismo lo

había desarticulado y ahora era pura chatarra. Patrick les indicó la dirección en la que se alejaron Will y Maty aquel día.

Daniel caminó en ese rumbo. Pensaba, o por lo menos así lo suponía, de la manera en que lo hubiera hecho Maty. A su alrededor solo había edificios derruidos y gente que removía los escombros, ya fuera para rescatar vivos o muertos, o para encontrar cualquier cosa que pudiera serles útil. Daniel se detenía ante cada persona para mostrarle las fotos de Maty y de Will. Una vez más, Baptiste dio la pista al indicar que más adelante había un mercado. El equipo se dirigió hacia allá, solo para encontrarse unos metros después de cara con la tragedia: el mercado —localizado en el centro de una densa zona poblacional— había sido arrastrado por la caída de los edificios que lo rodeaban, y decenas de médicos, bomberos y voluntarios trabajaban entre los escombros para extraer sobrevivientes. Daniel, difícilmente, pudo contener las lágrimas. El equipo se separó y, mientras Baptiste y Patrick indagaban en los alrededores en busca de Maty y Will, Daniel, Juanma y Leandro se integraron —cada uno en sitios distintos— a las tareas de rescate.

Unos minutos más tarde, Julián llegó con excavadores mexicanos, así como con un numeroso grupo de reporteros de distintas nacionalidades, quienes se unieron en las maniobras de salvamento.

La luz natural se extinguía ya. Leandro, entonces, llamó la atención de Daniel a gritos y lo atrajo hacia una zona en la que habían surgido de su entierro varios heridos y cuerpos inertes que unos rescatistas acababan de encontrar. Entre ellos, Leandro había reconocido el cadáver de Will. Un médico certificó su muerte e indicó que había fallecido de manera instantánea. En lo que los reporteros hicieron un minuto de silencio, rindiendo homenaje a su compañero caído, Daniel se debatía entre apenarse por la muerte de Will, darse por vencido o prolongar su aflicción unida a la esperanza de localizar con vida a Maty. El hallazgo del cadáver del compañero de su esposa por lo menos indicaba que avanzaban en la dirección correcta.

Al anochecer, se oyeron unos silbatazos que se replicaron por los alrededores. Poco a poco la gente dejó de excavar y todos, hombres y mujeres, jóvenes y niños, abandonaron el área. Daniel, tan desconcertado como indignado, no entendía lo que pasaba, hasta que Julián lo llevó aparte y le explicó que, tras el segundo sismo, se decretó concluir las tareas de rescate en cuanto cesara la luz del día. Daniel se opuso manifestándole que él y su equipo seguirían adelante, pero Julián fue categórico al indicarle que había

toque de queda y no había nada más que hacer. Le aconsejó de nuevo que les brindara un merecido descanso a sus hombres.

En medio de ese estira y afloja, Daniel se vio rodeado de Juanma, Leandro, Baptiste y Patrick. Todos ellos con el rostro y el cuerpo cubierto de hollín y polvo. Al verlos, Daniel comprendió que Julián tenía razón y les pidió a sus hombres que se fueran al hotel a descansar, que los necesitaba frescos y fuertes a la mañana siguiente. Los hombres accedieron, pero cuando advirtieron que Daniel había decidido quedarse a dormir ahí, quisieron acompañarlo. Baptiste y Julián les advirtieron que era una mala idea dejar el coche con las provisiones mientras ellos dormían sin protección. Daniel insistió en que sería más seguro que él permaneciera allí solo, sin la Hummer y sin los otros, pues no tenía nada que le pudieran robar. Tras dejarle dos botellas de agua y una manta, Daniel aguantó la soledad y la vista de aquella zona fantasma. Más gente pasaría ahí la noche por diversos motivos, ya fuera porque no tenían dónde dormir, ya fuera porque, al igual que Daniel, querían estar cerca de sus seres amados o al menos de sus cuerpos.

Daniel se acercó a lo que quedaba de una escuela y se acurrucó donde pudo, pero no logró conciliar el sueño, su cabeza no dejaba de pensar. Temía dormir y también despertar, pues aunque ansiaba ya que amaneciera para comenzar a buscar de nuevo, tampoco quería que llegara la mañana, pues le aterraba que su compañera apareciera muerta. Le atormentaba reflexionar en que, transcurridos ya dos días y medio desde que Maty había quedado sepultada, aun suponiendo que no hubiera muerto de forma instantánea como Will, las posibilidades de que la encontraran con vida eran minúsculas.

En la soledad de la noche y con la devastación como imagen constante, la mente de Daniel comenzó a andar de prisa imaginando su existencia sin ella, imaginando la de sus hijas sin su madre y poco a poco se fue hundiendo en la angustia hasta que, recargado en los restos de la única columna que quedó en pie de la escuela, se soltó a llorar muy quedo. Solo la luna, su testigo, le observaba.

De repente se precipitó una lluvia inesperada. Los que dormían en las inmediaciones celebraron con júbilo, pues el chubasco significaba que proveería de agua a los sepultados que todavía resistían vivos. Daniel interpretó el chaparrón como una buena señal, cesó sus pensamientos negativos y deseó con toda su alma que Maty pudiera al menos refrescar sus labios con unas gotas de aquella lluvia.

Daniel rezó por primera vez en años. Fue incapaz de encontrar reposo durante toda la noche, hasta que el frío de la madrugada le indicó que el alba

se acercaba y no pudo sino emocionarse cuando los primeros rayos de luz anunciaron la llegada de un numeroso grupo de gente que venía con Julián, Patrick, Juanma, Leandro y Baptiste al frente. Con ellos se presentó también un grupo de “topos” japoneses, traían perros de búsqueda y equipo especializado. Daniel esbozó una sonrisa de fe. Extendió su mano a cada uno de los hombres que llegaban. Él y el equipo nipón se entendieron en inglés. Extrajo de un bolsillo de sus pantalones los calcetines de Maty y se los dio a oler a los perros. Apenas habían transcurrido unos minutos desde la salida del sol cuando ya todos trabajaban a un ritmo frenético.

CAPÍTULO VII

EN EL HOYO

A simple vista era difícil saber si Maty respiraba o no. Su cuerpo permaneció inmóvil las primeras horas. Había quedado inconsciente. Más tarde abrió los ojos y una intensa polvareda la obligó a parpadear reiteradamente. Le llevó un rato recordar lo sucedido. ¿En qué momento llegó hasta allí, esa extraña sepultura en la que no divisaba nada?, ¿la habrían enterrado viva?, ¿sería una pesadilla? Luchó para moverse. Ignoraba si estaba impedida para hacerlo. Primero meneó los dedos de la mano derecha, el brazo, apretó la quijada, llevó para atrás el cuello y percibió algo duro que la lastimaba. Agitó sus piernas y, aunque no advertía el tamaño del espacio donde se hallaba, hurgó en sus extremidades, en su vientre, en sus pechos, en su cabeza para descifrar si padecía de un daño serio. Justo entonces empezó a recordar cómo llegó allí. Un terremoto, sí, se convulsionó la tierra, todos gritaban y corrían. Will, ¿qué pasó con Will? Will venía conmigo, el mercado, el bullicio y luego los muros de las casas contra nosotros, el estruendo, el silencio. Entonces se dio cuenta, su mano derecha se encontraba atrapada.

Comprendió que entre restos de concreto y hormigón yacía ella. Maty dejó de explorar más allá de sí misma, porque cada vez que se removía, se le caía encima una nube de polvo y piedras pequeñas. Temió que en cualquier momento hubiera otro derrumbe. Se paralizó del miedo. Con su mano libre alcanzó el brazo que estaba atorado, con el tacto llegó hasta su muñeca izquierda y se soltó el reloj. Se consoló un poco al ver la luz que este proyectaba indicándole que eran las dieciocho horas. Llevaba ya seis horas atrapada.

Alrededor solo había silencio, un silencio aturdidor. Gritó con todas sus fuerzas.

—¡Will! ¡Wiiiiiiiiiiii! Willyyyyyyyyy. ¿Estás ahí?, ¡despierta!, ¿me oyes? ¡Helloooooo! Is somebody here? ¡Holaaa! ¡Heeeeeeeelp! —continuó

gritando cada vez más frenética e histérica, pero no hubo ninguna respuesta. Cuando por fin se calló, y los ecos de su último grito se extinguieron, reinó otra vez el silencio.

Lloró a pulmón batiente, gimió, sin darse cuenta se bebía sus lágrimas. Tenía sed, hambre, calor. Sabía que aún no era noche, pero no entraba luz por ningún lado. Por más que abría los ojos, no distinguía nada, ni siquiera aquello que le apesaba la mano. El polvo la asfixiaba. Los ataques de tos iban y venían, así como el llanto. Su afán controlador chocó de frente con una situación insalvable. Eso fue demasiado, hizo un corto circuito en su mente y rompió a llorar y a gritar de nuevo, en un desquiciamiento total durante varios y largos minutos, hasta que se le formó en la memoria la imagen de Gaby. La estampa de su hija la obligó a calmarse de alguna forma y pensar. “¿Así quisieras que tu hija se comportara en un caso semejante? No, claro que no”.

Maty habló en voz alta:

—Mi Gaby, te prometí que solo unos cuantos días. Me voy a tardar un poquito más, pero juro que llegaré. Vane, te juro que no hice ninguna locura, te juro que solo estaba haciendo el último recorrido antes de irme, esta vez no fue mi culpa.

A punto de reiniciar el llanto, se contuvo para autoentrevistarse:

—Y cuéntenos, Maty, ¿cómo se siente ahora que es usted quien está en el hoyo?

»No me siento mal, y no, no tengo por qué llorar. No tengo miedo... Esta oscuridad no me asusta. No puedo quejarme, menos después de haber visto tanta desgracia, pobres de las personas que perdieron a sus seres queridos, pobres de esos niños que perdieron una pierna o un brazo. No tengo por qué llorar. Estoy bien. Me siento bien. Voy a estar bien. Seguro cuando vean a Will, sabrán dónde estoy ahora. Además no le temo a la oscuridad... Sin ella no habría luz... Estoy en la oscuridad porque voy a la luz. Lo sé. Vane, ¿dónde estás nena? Te extraño tanto. Pasan los días y nomás no me acostumbro a que no estés por aquí, no me acostumbro a la distancia. Te amo, Vane. Cuando naciste me sentí tan bien, pero tan bien, tan mujer, tan grande, tan cerca de Dios, me sentí amada, bendecida, ¡qué día!, creo que ha sido el mejor de todos los días. Con Gaby claro que me emocioné, pero fueron emociones distintas. La primera y la última, valiosas, pero diferentes. Mis niñas. Tal vez debí dejar que Gaby se fuera a Cuernavaca, es una tontería castigarla. Sí, los límites son importantes, pero más importante es que mi hija sea feliz. No le hice caso. Si tuviera un teléfono le diría que fuera con sus amigas. Es tan responsable, tan dulce, se merece todas las oportunidades.

Maty se estiró con dificultad. Se serenó y tomó conciencia de algo, estiró todo lo posible su única mano suelta para sacar una cosa de un bolsillo de sus jeans. No tuvo suerte, al principio. Insistió con paciencia, se esforzó, hasta que, por fin, extrajo su grabadora.

Hola, hola, no sé si estaré grabando, aunque mi grabadora hace un sonido, el foquito no prende, seguro a consecuencia de los golpes durante la caída. Grabo porque es mi trabajo y porque es lo que mejor sé hacer. También grabo para no sentirme tan sola, son las 18:20 horas, deduzco que llevo sepultada como seis o siete horas. No más dramas, no más lágrimas, ya he Horado demasiado y sé que eso me deshidrata. Hablaré como lo que soy, una comunicadora.

Hoy, hace aproximadamente unas nueve horas, salimos del hotel, con la intención de recorrer Puerto Príncipe por última vez, antes de que yo volara a México.

En una zona muy densa, de difícil acceso, el taxi de Patrick (nuestro chofer) se quedó varado, luego se apagó el motor y ya no arrancó. Mientras Patrick y Bolú (nuestro traductor) veían la forma de echarlo a andar. Will (mi compañero de trabajo) y una servidora fuimos a echar un vistazo a los alrededores. A unas cuadras nos topamos con un mercado que nunca habíamos visitado y donde había mucho movimiento. Mientras reparaban el coche, le sugerí a Will que entrevistáramos a la gente del lugar. Fue así como entramos a una vecindad que de milagro quedó en pie. Atravesamos un pasillo angosto que daba al mercado, repleto de vendedores y compradores. El flujo de personas y la estrechez de los corredores nos obligaron a Will y a mí a separarnos. Mi compañero se quedó rezagado unos metros y yo me le adelanté.

Puerto Príncipe parecía volver a la normalidad tras el gran terremoto y las réplicas que lo habían azotado ya varias veces en los últimos días, pero a las once a. m., aproximadamente, de acuerdo con el reloj de esta obsesiva reportera, una vez más el pánico flageló a Haití.

La intensidad del sismo no la puedo saber ni investigar desde donde me encuentro, pero fue atroz y por mucho la peor experiencia que he vivido y que sigo viviendo.

Todos experimentamos la trepidación de la tierra, como si encima le brincara un gigante. Vi a los haitianos correr despavoridos, eso sucedió justo antes de que se me viniera encima una construcción.

La peor pesadilla para cualquiera es ahora real para mí, estoy enterrada, atrapada entre paredes y restos de cemento, aunque no percibo ninguna herida grave. El pequeño espacio donde me ubico no me permite moverme. Aquí todo es negrura. Una de mis manos está atrapada bajo algo que no distingo, la otra la tengo libre y por eso encontré mi grabadora en mi pantalón. Tengo una botella de 750 mililitros de agua, no la beberé hasta que ya no aguante. Comienzo a oír algunos gemidos intermitentes... y... ahora apago, que oigo algo.

Maty escucha unos quejidos que vienen de algún lugar en la penumbra, balbucean frases en francés y pronto se diluyen. Ella grita y llama a la otra voz, pero es inútil, la voz se pierde y no vuelve a oírse más.

Tal vez el que esté aquí, hundida, perdida, sea algo más que un simple accidente. El lado bueno es que no había podido llorar desde que me fui de mi casa. Qué horror, seguro ya los estoy aburriendo, deliro otra vez con Daniel, mi esposo todavía. Pero bueno, por lo pronto es la audiencia más difícil a la que me he enfrentado. Estoy sola conmigo misma. Quizás esta vez no haya más audiencia que mi eco. Si alguien escuchara esto, no importaría. No había podido encarar lo que pasó. No quería, fue... es demasiado doloroso.

Definitivamente, Daniel es un pendejo, de veras que no entiendo lo que le sucedió y tampoco quiero entenderlo. No sé qué es peor: ¿Que se haya enredado con una vieja, que no me lo haya dicho o que yo me haya ido de casa? Sí, no sé qué es peor, pero como haya sido, no lo soporto. Lo peor del caso es que yo también me equivoqué, soy una estúpida. No lo justifico de ninguna manera, pero algo había entorpecido nuestra relación, algo que ocurre entre los matrimonios. ¿O seremos la excepción? ¿Será que el matrimonio está condenado al fracaso? Tengo que convencer a mis hijas de que no se casen nunca. Pero entonces van a estar solas siempre; no, ya sé,

*mejor las voy a convencer de que se vuelvan homosexuales.
¡Así no dependerán de ningún cabrón!*

Maty enmudece por un momento, piensa a mil por hora y prosigue.

Pero entonces van a depender de otra mujer. Nooooooooo. ¡Qué miedo! No sé qué es peor. ¡Qué pesadilla! Y deben tener hijos, no pueden perderse eso, además quiero ser abuela, carajo. ¿Qué será peor, depender de un hombre o de una mujer? ¿Por qué no podemos ser hermafroditas? No depender de nadie. No tener sexo o, mejor aún, solo tener sexo con nosotros mismos. ¡Qué necedad la mía! En cuanto a Vane, si algo le choca es que le organice la vida. Mejor, antes de decirle mi sarta de pendejadas le preguntaré qué piensa. También que me haga saber qué siente, si cree o no en el matrimonio. Gaby todavía es pequeña para que aborde con ella estos temas. No, no lo puedo evitar, maldito Daniel. Ambos lo sabíamos, pero nos valió madres y nunca nos detuvimos a meditarlo. Perdimos el sabor de esas charlas eternas de sobremesa, perdimos el gusto de despertar juntos, de viajar juntos, perdimos nuestra voz, nos diluimos como gotas cuando caen en un charco. Nos conformamos con dormir juntos, nada más, con tolerarnos. Quiero hablar con él, necesito decirle tantas cosas, no merecemos esto, no lo merecemos... Me urge hablar con él y, si salgo de esta, me va a tener que soportar de regreso en casa. ¿Por qué no? ¡Dice que soy su vida!, ¿no? Ya verás, te aviso que voy de regreso y... ¿por qué no tratar de reinventarnos juntos, si eso es todavía posible?

Maty solloza y luego continúa.

Daniel, si salgo viva de esta ojalá pueda volver a dormir contigo, ojalá pueda volver a casa, ojalá podamos volver a desayunar juntos todos, daría todo porque desayunáramos los cuatro un domingo, sin prisa, no, no me importaría que haya prisa, quiero que estemos juntos todos de nuevo, una vez más. Basta, no puedo ponerme a llorar cada tres frases, basta ya. Gaby, regreso a verte, a decirte que no más castigos, bueno, solo cuando la riegues de verdad. Bueno, no, bueno, tampoco

vamos a ser hippies. Pero lo primero que quisiera decirte es que tenías razón, que siempre la has tenido, niña.

Y díganos, Maty, ¿su madre qué opinó de que se fuera usted de casa huyendo de todo? Mamá, sé que lo viste como una más de mis locuras, hasta me preguntaste si yo estaba teniendo una aventura. Pues no, madre, el aventurero fue otro. Tampoco te iba a contar que mi esposo estaba enrollado con una geisha, pero que, de cualquier forma, según él, me amaba. ¿Verdad? Bueno, no te lo iba a decir. Dime, mamá, con esa sabiduría tuya, ¿de veras crees que Daniel me ama? Él dice que sí, que se arrepiente, bueno, ya sabes todo lo que son capaces de decir en esos momentos los hombres. La verdad es que yo sí lo amo, lo amo y muero de celos. Lo deberías de haber visto y escuchado, lo hubieras pateado, desgraciado, infeliz, poco hombre, bueno, no, la verdad es que a estas alturas ya no sé nada. Qué difícil, claro que lo amo, claro que estoy ofendida, pero ¿y cómo le hago? Confieso que quise cortarle los huevos, pero no me importaría no volver a tener sexo con él, con tal de que él no tenga sexo con nadie, bueno no, sí quiero que me que haga el amor o, mejor aún, hacérselo yo a él, al menos una vez más. Solo quiero que me abrace, que me abrace sin decir nada, quiero sentir su respiración, su corazón. Necesito verme reflejada en sus ojos. Todo este tiempo lo evadí, no quise que viera mi dolor, no sé, qué desastre, y yo aquí metida en esta tumba.

Dios mío, ayúdame. Ayúdame a salir de aquí, ayúdame Señor, no soy quién para pedir tu protección. Me he quejado, he renegado. De niña, cuando mi madre tuvo cáncer y mi padre se quedó en los huesos por trabajar sin parar para pagar los tratamientos, te reclamé, te juzgué, te negué, claro que lo recuerdo... Pero jamás sentí que me abandonarás. Por eso tengo la esperanza de que me saquen de este hoyo. Bueno, perdón, sé que soy poco religiosa, por no decir nada religiosa, y bueno, llevo negándote treinta años, pero te suplico que no me dejes. Gracias, sé que no soltarás mi mano, no puedes abandonarme, no ahora. Gracias por haberme dado la vida, gracias por permitirme ser madre, por tener un hogar al lado de mis hijas y de mi esposo, aunque sea un cabrón, gracias por

haberme dado estos ojos, mi cuerpo, por haberme hecho inteligente, por haberme hecho feliz, gracias. Dios, incluso si muero ahora, gracias. Off the record, quiero dejar claro que, aunque respeto tu decisión, ojalá no sea esa. No quiero morir. ¿Quedó claro, Dios?

Un hoyo. Este hueco donde estoy metida. Debo espabilarme, aprovechar, por así decirlo, esta experiencia antes de que me vaya. Es una oportunidad para estar conmigo, frente a mí, no hay adónde ir, no puedo huir. Debo escucharme. Hay tanto en qué pensar. No me puedo alejar de mí misma, estoy condenada a escucharme. “Bienvenida al club”, dirían Vane y Gaby. ¿Eh? Vane, ¿qué haces, con quién estás?, ¿comes verduras? Ya sabes que luego te estriñes, te duele la panza y viene el sufrimiento. ¡Qué horror! Si me escuchara se burlaría de mí. Hasta en estas circunstancias sigo ordenando y queriendo hacer mi voluntad. Sí, la entiendo. La fastidié tanto antes de irse, creo que le di mil recomendaciones. Todo en vano, porque no me escuchaba. Sus ojos me miraban, pero ella ya estaba en otra parte, no conmigo. Discutimos tantas veces. No sé qué me pasó, la amo tanto, no quiero que sufra, quiero que sea un roble. Soy la más estúpida de las madres. Con mis miedos lo único que hice fue alejarla. Debo verla. Quiero verla. Necesito verla, necesito un encuentro. Lo más irónico de nuestras vidas es que somos tan parecidas que si fuéramos amigas seríamos felices juntas, pero como estamos condenadas a ser madre e hija, no hay manera de que nos llevemos bien, al menos hasta que ella tenga un hijo o hasta que nos podamos ver en otras circunstancias.

Si salgo de aquí, llamaré a casa, le diré a Daniel y a Gaby que voy por Vane. Que me alcancen, sí, es buena idea.

Las horas seguían su curso. Maty lidiaba consigo misma por mantener la calma, por estar tranquila. Era imposible, del llanto pasaba a la angustia, a la desesperación, a sus monólogos. Luego se enfurecía, gritaba, rezaba, suplicaba. Finalmente se quedó dormida, así consiguió no beber agua para no agotarla.

Al día siguiente, bebió una cuarta parte de su botellita y se hizo la promesa de no llorar más. Gritaría solo en el caso de oír algo o a alguien.

Enciendo de nuevo mi grabadora. Pasé varias horas dormida. Dios mío, huele al primer día que llegué a esta tierra, huele a muerte, no lo soporto. Debo ser positiva, optimista, hablaré de mis planes. Cuando abandone este sitio, voy a escribir cómo el orgullo, el ego, la soberbia se cuadran, se desvanecen ante la muerte. Tanto he huido del miedo, ese miedo cobarde, que hoy descubro la ironía de que existe precisamente en escapar. De nada escapa uno, todo nos alcanza. Aquí tengo a la muerte en puerta, siento que me transfiguro en nada. Mejor describiré cómo llegué a Haití, luchando por una oportunidad, por estar en el lugar de los hechos, sí, para ser testigo. ¡Qué absurdo luchar para ver tanta pena y desgracia humana! Por si fuera poco, vine sintiéndome la mujer más Infeliz de la Tierra. Qué ridículo, tener que estar atrapada en la oscuridad y solo así ver con claridad. Me he equivocado, estoy equivocada y de qué forma.

¿Por qué con la gente que más amo, por qué con quienes me hacen feliz soy la peor de todas? ¿A qué le temo? Qué ciega, qué egoísta. Siempre pensé que controlarlo todo sería lo mejor para todos. Habría menos sufrimiento, menos dolor, pero el dolor es estar lejos de la gente que amas. Y, además, dentro de este agujero comprendo que no se puede controlar nada.

Maty tenía los ojos hinchados, alcanzaba a distinguir pedazos de muro y algunos objetos apachurrados y luego la densidad del polvo lo cubría todo de nuevo. Al término del segundo día, la falta de agua dañaba ya su organismo, su lucidez. Su mano izquierda la sentía inexistente, no le dolía, pero no podía sacarla de donde quiera que estuviese aprisionada. ¿Y si carecía de mano izquierda? Aun así, ella seguía aferrada a la grabadora.

Ay mi padre, mi caballero andante, mi Quijote... Cuántas lecturas compartimos, sentada en su regazo no me importaba si era el periódico, un cuento o poesía. Me encantaba que me leyera. Siempre admiré la forma en que nos trataba, sobre todo a mi madre, a Rosy, como le decía de cariño. “¿Cómo está mi Rosy?”. A mi mamá no le importaba cuántas veces se lo dijera, siempre sonreía, se ponía feliz, aún en sus peores momentos. Ese cáncer que la dejó sin seno se llevó muchas cosas más, su alegría, su coraje, sus ganas de vivir. Se convirtió en una mujer

triste. Siempre dulce, a pesar de no tener ni un solo cabello. Nos cuidaba, nos platicaba, su paciencia infinita nos ayudó a todos. Mi madre era la disciplina encarnada, pero con todo y eso no recuerdo haber discutido con ella tanto como discuto con Vanesa. Según mi madre, chocamos porque nos parecemos. Pobres de todos, deben estar muy asustados y preocupados. Lo más patético es que no hablé bien con ninguno desde el problema con Daniel. Mi mamá se ofendió, porque nunca le dije qué fue lo que ocurrió, carajo, pero tampoco le iba a derrumbar la imagen de Daniel. Mi mamá está totalmente enamorada de él, lo idolatra aún más que yo.

Aunque Maty checó su reloj, ya había perdido la noción del tiempo. Poco a poco se volvió a quedar dormida, pensando en Daniel, añorándolo.

El tercer día fue un suplicio, hacía mucho calor y la falta de alimentos y poca agua le provocaron alucinaciones, en las que oía y veía que la estaban rescatando. Al dormir no tenía más que pesadillas, soñaba que había muertos a su lado, fantasmas que aullaban y gemían.

A la mitad de ese tercer día, Maty recobró por unos minutos la lucidez, que aprovechó para grabar.

¿Cuánto tiempo más estaré aquí? Estoy cansada, me falta el aire. Tengo hambre, tengo sueño, pero quiero estar despierta para cuando me rescaten. Me siento como si estuviera en el vientre de mi madre. Sí, es una gran oportunidad. ¿Por qué no? Nacer de nuevo. Sí. Les informo que en este hoyo voy a dejar todo eso que me pesa, que me estorba, soltaré aquí el miedo y el dolor por adelantado. Sepulto aquí mi obsesión de controlarlo todo. Quiero que cada quien tenga una vida, su vida. Quiero acercarme a Vane en lugar de preocuparme porque no sufra y haga todo lo que debe hacer, mejor la voy a acompañar, sí. Más que un policía, quisiera ser una compañera. Después de todo, la vida es un viaje de aventuras. Me gustaría sentarme con ella, escucharla, platicar, reírnos, reencontrarnos. Creo que su llegada a la edad adulta me afectó más a mí que a ella. Prometo no fastidiar con todas las moralejas y lecciones absurdas que me sé, prometo no contagiarla de mi ñoñez. Prometo dejar que viva y vivir con

ella. Estaré cuando me necesite y no la voy a abrumar con mis técnicas de prevención contra todo.

Me siento mareada. Tengo náuseas, ¿será de hambre? Debo tener paciencia, paciencia, Señor, ya te dije que creo en ti. Calma, aquí estoy en pie de lucha. Solo necesito una oportunidad, solo una oportunidad. Me gustaría, en vez de explicarle a Vane porque no debe beber alcohol, sentarme a tomar un tequila con ella. Si tuviera la posibilidad de pedir un último deseo, ¿cuál sería? Sentarme en la playa con Vanesa, ver el sol, verla a ella por última vez. Reír juntas.

Esa noche la lluvia llevó esperanza a los miles de mujeres y hombres atrapados bajo los cascajos. Maty se despertó con el gorgoteo del agua que descendía y logró beber hasta saciar su sed. Lamentablemente, en su arrebato, bebió el agua tal como se deslizaba hasta ella, es decir, la que se filtraba por los restos de cemento y argamasa. Nunca se le ocurrió que las partículas de polvo, restos de organismos y suciedad se mezclarían para dañar su cuerpo.

Unas horas más tarde después de que cesara la lluvia, despertó temblando de fiebre, húmeda de sudor, tenía temblores que la asaltaban constantemente. Revisó su reloj y calculó que llevaba más de cuarenta y dos horas atrapada. Intentó grabar su voz, con el fin de tranquilizarse un poco, pero una fuerte temblorina se lo impidió y la grabadora se deslizó de su mano, perdiéndose en las tinieblas. Intentó llorar, pero ni siquiera pudo hacerlo. Se desvaneció como consecuencia de la calentura.

Despertó en un estado alucinatorio. Miró su reloj pero inmediatamente desvió la mirada. Su malestar le impedía llevar cuentas y francamente no tenía ánimo de confirmar si llevaba veinte, cuarenta o sesenta horas atrapada. ¿Qué más daba? La cifra no cambiaría el dato ni la atroz confirmación de que había vuelto en sí y continuaba en el hoyo. Deseaba gritar, pero la nada invadió su garganta y en ese momento se quedó inconsciente.

CAPÍTULO VIII

TAMARA, ORIOL Y VANESA, BARCELONA

Un zumbido anunció que las puertas estaban por cerrarse. Con ese sonido, Maty abrió los ojos para descubrirse avanzando dentro de un túnel oscuro. Volvió la cabeza de lado a lado y comprendió que se hallaba dentro de un vagón semivacío a toda marcha. Frente a ella había un anciano, sentado con los ojos cerrados. Lo primero que pensó fue: “Este hombre está muerto al igual que yo. Este vagón nos conduce al cielo, al paraíso, al infierno o al purgatorio. No lo sé”. Mantuvo su mirada fija en el viejo, mientras pensaba: “Me siento en paz conmigo. ¿Será esta la paz de la muerte? A lo mejor me encuentro a mi abuelo, no estaría mal”. Unos lugares más allá divisó a una pareja de jovencitos —dieciocho o diecinueve años ambos— besándose con mucha pasión. Pensó: “Pobres, se murieron bien chavos, lo bueno es que al menos están juntos. Me siento más ligera, ya dejé ese pinche hoyo”. Se miró enseguida el brazo izquierdo y movió la mano, contenta de tenerla libre. “Me habría encantado traer la grabadora, pero aquí no la necesito. ¿Habrá chance en algún momento de ver a los vivos? Lo horrible es que me siga muriendo de sed. ¿Qué?, ¿estar muerto significará encontrarse sediento para siempre?, ¿será que la eternidad es andar en un vagón muerta de sed?”.

El vagón se detuvo en una estación. Se abrieron las puertas. Maty se sorprendió, pero se sorprendió más cuando el anciano abrió los ojos, tranquilamente se levantó y caminó hacia la salida. Nuevamente sonó por la estación el pitido que avisaba que el tren partía. Esto impulsó a que Maty se incorporara y de un salto descendiera.

“Muy interesante la eternidad, pero esto de vagar aquí por siempre no es lo mío”.

Observó cómo el tren se perdía en la oscuridad del túnel.

De los demás vagones también había bajado gente que, como el anciano, tomó su rumbo. Maty, al principio, titubeaba, hasta que optó por seguir a los

demás.

Poco a poco se percató de que la situación parecía normal. La cotidianidad que advertía la azoró. No entendía nada. Aceleró el paso, quería llegar al término de esta aventura, saber a qué lugar conducía la muerte. Le fue fácil dar con unas escaleras que conducían a la superficie, a la luz. Se le adelantó al gentío y subió con premura.

En la calle había personas caminando, puestos de periódicos, tiendas, coches circulando, en fin, escenas de vida como en cualquier parte del mundo de los vivos. Maty se frenó por un momento para calibrar qué le ocurría. La inquietaba el paso ordinario de la “vida” en este lugar. Ella debería estar muerta. Hace un instante se asfixiaba bajo los escombros en Haití y ahora volvía a una metrópoli. ¿El más allá es una metrópoli?, ¿es un mero reflejo de nuestra existencia pasada, un espejo? ¿Qué ocurre?, ¿qué onda?, ¿cómo?, ¿es una ilusión?, ¿estoy soñando?

El flujo de individuos la empujó para quitarla de en medio. Maty se alejó unos pasos con aprehensión y contempló todo a su alrededor: había pájaros, señoras paseando con niños, un camión de escuela, vendedores, turistas con un mapa abierto, cláxones, bullicio callejero.

De pronto se entumió, su respiración se volvió entrecortada, como si aún estuviera atrapada en los restos de aquella construcción. Se talló los ojos una y otra vez, respiró profundo, se tocó las manos, las piernas, regresó a su respiración regular, sintió mucha sed y tomó conciencia de que si tenía sed era porque estaba viva, levantó los brazos y gritó: “¡Estoy viva! Creo”.

Los peatones la miraban curiosos, extrañados y hasta divertidos, aunque algunos pensaban que estaba drogada o borracha. En medio de su euforia, Maty se soltó a andar y, sin pensarlo, cruzó la calle. Justo cuando bajó de la acera, el semáforo cambió a verde. De la marejada vehicular emergió una motocicleta, que, con el espejo retrovisor, la golpeó en el brazo. Del susto se tiró al suelo. Tras el impacto, la motocicleta perdió el control, se barrió y también cayó.

Maty se levantó palpándose el brazo golpeado, que era otra vez el izquierdo, y evaluó el daño. Como podía moverlo, pensó que no era nada grave, solo un raspón: ahora su angustia era por la persona que conducía la moto y se dispuso a auxiliarla. Lo que vio la dejó en *shock*: de la moto derribada se alzó una chica, se quitó el casco, y, con un movimiento de la cabeza, dejó caer el pelo largo sobre los hombros. Era Vanesa, su hija. Al distinguirla, se le arrasaron los ojos. Ahora sí entendía menos que antes. “Hace unos momentos estaba atrapada en un hoyo muriéndome, ahora estoy

seguramente en Barcelona y mi hija me acaba de atropellar con su moto. ¿O estaré en un universo paralelo? ¡No juegues conmigo, Dios! ¡Lo que sea, pero gracias, mil gracias!”.

Anonadada, perpleja y sin habla, dejó que la gente se juntara para enterarse del percance. ¿El golpe le habría afectado la cabeza también? Vanesa la abordó, mientras Maty le abrió los brazos, segura de que su hija se fundiría en ellos. Pero, al ver que su hija no reaccionaba, sino que se dirigía a ella como a cualquier desconocida, controló su euforia para abrazarse a sí misma.

En ese momento, se vio reflejada en el casco que cargaba Vanesa y se dio cuenta de que su físico era distinto —lo que percibió la turbó muchísimo, ya que se trataba de una chica joven—. Comprendió, al menos, el porqué para Vanesa era una perfecta extraña. Era otra, no era ella, ¿cómo podía pasar eso?, ¿habría traspasado un hoyo negro, cargado de gravedad?

Decenas de personas se juntaron cerca del accidente, entre mirones y otros dispuestos a ayudar, sin saber mucho cómo hacerlo.

—¿Estás bien?

Maty permanecía muda. Todo lo que pasaba por sus emociones y por su mente era un mar de confusión. ¿Se encontraba en otra dimensión? Para ese momento, un tumulto de entrometidos opinaba y discutía sobre qué hacer con la joven accidentada. Vanesa insistió: “¿Estás bien?”.

Maty se sobrepuso.

—Me distraje y no sé por qué crucé la calle con el semáforo en verde. Bajé del metro mareada. Perdona, fue mi culpa. ¿Pero tú, estás bien?

—Solo un golpecito que se convertirá en un moretón. Oye, si ambas estamos bien, ¿te importa si nos movemos? No tengo licencia. Si viene la poli, me meteré en un lío.

Las dos se dirigieron a la moto y la levantaron, con auxilio de algunos curiosos. La gente, al darse cuenta de que no había nada más que hacer, se dispersó.

—La verdad sí fue tu culpa, pero... tu acento... ¿A poco eres de México?, ¿cómo te llamas?

—Me llamo, mmmmmmm, me llamo...

Mientras Maty pensaba qué contestar, Vanesa asustada exclamó:

—¿No tendrás amnesia?

Maty rio y respondió que se llamaba Tamara, que era mexicana y solo se encontraba atolondrada.

—¿Te cae? Está perro. ¿De dónde eres exactamente? No sé por qué, pero te me haces bien conocida.

Vane y Maty-Tamara orillaron la moto al borde de la calle para no estorbar más.

—¿De veras te sientes bien? ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—Estoy bien, solo tengo mucha sed y me duele un poco la cabeza. Oye, pero ¿por qué andas en moto si no tienes licencia? Es un poco imprudente, ¿no?

—Más imprudente es cruzar sin fijarse, ¿no crees?

Maty-Tamara miró a Vanesa a los ojos y le sonrió, afirmando mediante un guiño.

—¿A dónde te llevo? ¡Újules!, no, no te puedo acercar a ningún lado, solo traigo un casco.

—¿A dónde ibas tú?

—Al trabajo. ¿Sabes? Está muy cerca, ¿por qué no vamos? Te alivianas, tomas lo que quieras y así nos aseguramos de que estás realmente bien.

—Me parece perfecto, gracias.

La presencia de un policía en las inmediaciones del accidente obligó a las chicas a moverse rápidamente y a que se alejaran caminando. Vane empujaba la moto. Maty, o mejor dicho Tamara, la miraba incrédula, fascinada de saberla su hija.

Cuando se habían alejado un par de cuadras, Vane advirtió algo que le pareció importante. Se detuvo para preguntarle a Tamara:

—¿Oye, pero no traías alguna bolsa o algo?

Tamara se aplicó para explicar su carencia de objetos personales de manera convincente.

—Claro. ¡Mis cosas! Espérame, voy sola, no vaya a ser que el poli siga por ahí.

Tamara corrió al lugar de los hechos y, tras evadir la mirada de Vane, hizo tiempo unos minutos y luego regresó a donde había dejado a su hija, quien la esperaba recargada en la motocicleta.

—Ni rastro de mis cosas, nadie sabe, nadie supo.

—Con tanta gente ahí, cualquiera las cogió, qué poca madre.

—Traía mi celular y mis documentos, ya sabes, pasaporte, credencial de elector, mi tarjeta de crédito y algunos euros. ¡Qué idiota soy, de veras! La mochila era de piel fina.

—Perdón Tamara, creo que si no te hubiera pedido que nos fuéramos en chinga, hubieras tenido al menos un chance de recuperar tu mochila. Me

siento responsable. No te preocupes, ahorita te sientas y con calma pensamos qué hacer, llamamos al consulado y a tu casa. Cuentas conmigo para todo.

Tamara agradeció el gesto de Vane.

—Gracias Vania, eres lo máximo. La talega y los papeles son lo de menos, de hecho no importan. La verdad me siento feliz de estar viva caminando contigo, jamás pensé que se me diera esta oportunidad.

Vanesa la observó extrañada, no captaba a qué se refería.

—¿Cómo me llamaste?, ¿me dijiste Vania? A veces me dicen así, pero solo en mi casa.

Tamara trató de restarle importancia a ese comentario.

—¿Ah, sí? Qué curioso, a mí en casa me dicen Tamy. No sé por qué se me ocurrió Vania. Fue el trancazo, me mezcló nombres y letras. Casi me mata.

—¡No la chingues! ¡Qué exagerada, sí, fue un golpe pero de ahí a morirte...! ¿Cómo crees?, ¿oportunidad? ¡Suenas a mi abuela hablando así!

Las dos se carcajearon. Hicieron química desde el primer momento. Anduvieron las calles de Barcelona con gusto y alegres. El día era soleado y hacía calor de verano. Tamara reconocía edificios que había visto en viajes anteriores, en viajes “reales” en los que para llegar ahí viajó en un avión y no en la nube de un sueño. Pero no, no soñaba. Sudaba, se reía, le dolía un poco la mano izquierda y su hija olía a Juicy, su perfume preferido.

Al poco rato se aparecieron en el trabajo de Vanesa, el pequeño y acogedor bar Celta. Vanesa acarreó la moto hasta la parte de atrás del establecimiento para guardarla ahí. Tamara aprovechó ese instante para meterse en el baño. No podía más, necesitaba tomar agua del grifo hasta hartarse. Así le hizo, como un vampiro deseoso de sangre humana. De reojo descubrió su nueva imagen en el espejo. Se le atragantó el agua, que ahora le chorreaba por el cuello. “No entiendo si estoy muerta o estoy viva, pero qué bien me sienta esta metamorfosis. Debo estar muerta”.

Tamy no daba crédito a la figura que le devolvía el espejo: una chica de veinte años, delgada, muy finita, trigueña de ojos y de cabello. Salvo su blusa que era blanca, el corsé, la minifalda, sus botas y hasta el barniz de las uñas en sus manos eran negros. Traía un arete en una oreja y el otro en la nariz. Estaba extasiada mirándose, metiéndose los dedos entre el pelo larguísimo, cuando oyó que alguien tocaba la puerta con insistencia. Se trataba de Vanesa, un tanto preocupada.

—¿Tamy, estás bien?

—¡No bien, lo que le sigue! ¡Ahora salgo!

Tamy se volvió otra vez hacia el espejo, se tentó un pecho, contenta de sentir su firmeza, sonrió y murmuró para sí: “Estoy a toda madre”. Emocionada, suspiró profundo y salió del baño radiante.

Vanessa la sentó en la barra. Al mismo tiempo que se ponía un delantal, le platicaba de sus labores. Le dijo que empezó lavando platos y que luego descubrió que la cocina le encantaba, ahí estaba aprendiendo y guisando.

—¿Sabes? Te traigo la especialidad de la casa, la pruebas y, si no te gusta, no importa, me lo como yo, a mí me encanta. De tomar ya te traigo una cañita, no sé si quieras unas aspirinas. Es mejor agua primero y después, si te animas, te invito unos *drinks*, así me cuentas qué onda contigo.

Se metió en el lugar un hombre cercano a los cuarenta, alto, bien parecido, fuerte, que abrazó a Vanessa por la cintura y le plantó un beso en la boca. Tamy, desconcertada y algo molesta, preguntó:

—¿Y este quién es?

A Vanessa la extrañó el tono de su nueva amiga. Tomó de la mano a Oriol para presentarle a Tamara.

—Oriol, te presento a Tamy, mi paisana. Tuvimos un accidente, la atropellé con la moto, bueno, le pegué con el retrovisor y se armó un *show*. Se portó increíble.

Vanessa le refirió con pelos y señales todo lo sucedido a Oriol ante la implacable mirada de Tamara. La gente comenzó a llenar el espacio del Celta. Oriol y Vanessa se pusieron a trabajar. Tamy no tuvo más remedio que aguantar la impresión de que su hija se comportara como una adulta y que alardeara de su pareja, el tal Oriol. Pero antes de que el dueño del restaurante se metiera en la cocina, saludó a Tamy con amabilidad:

—Pues mucho gusto y gracias, hubiera sido desastroso que terminarais en la comisaría. Come algo y reponte.

En cuestión de segundos apareció Vanessa. Le llevaba pan con tomate y una tortilla de patatas.

—Esta versión de la tortilla te va a encantar. Les dije en la cocina que le pusieran doble ración de cebolla y papas, así es como a mí me gusta. Te caerá muy bien.

—¿Cuántos años tiene tu galán?

—Tiene treinta y nueve años, pero ni parece, ¿verdad? Es un rey, guapo, caballeroso, culto, se ha portado increíble, lo amo. Luego te cuento la historia.

Para los demás resultaba imperceptible el que Tamara estuviera colérica. “¿Cómo es posible? Mi hija de diecinueve años y este cuate de ¿treinta y nueve? Maldito infeliz, desgraciado, asaltacunas, rabo verde. Pero me va a

oír, vividor estúpido. ¿Quién sabe qué mañas tendrá? Es muy raro que siga soltero. ¿Estará casado? De ninguna manera estoy de acuerdo. Ese pendejo me va a oír”.

Tamara abandonó su asiento y se dirigió como una flecha hacia Oriol para enfrentarlo. Se le acercó por la espalda. Oriol atendía a unos comensales, les escanciaba vino. Cuando giró sobre sí mismo para soltar la última gota de un tinto, chocó con Tamara y se le resbaló la botella. En un instante Tamara reaccionó como nunca hubiera imaginado. Fue como si le hubieran soltado una barrica en la cabeza.

—Joder. ¿Pero de dónde has salido, coño? Hace un segundo estabas allá sentada, mira nada más qué lío.

Tamara se mostró genuinamente avergonzada.

—Discúlpame, solo quería agradecer tus atenciones, deja, yo limpio, qué pena, yo limpio.

—¿Pena? Pena no. No pasa nada, nena, tómalo con calma, tu comida se enfría, anda, vete a tu sitio.

Mientras iba de regreso a la barra, Tamara suspiró hondamente. En su paso por la caja registradora le llamó la atención una libreta pequeña de rayas. Vanesa salía de la cocina y al ver que su amiga miraba con languidez la libreta, le dijo:

—Si la quieres, quédatela, apenas la compré y está nueva.

Tamy le agradeció y volvió a su lugar. Comió, vigilando a Oriol cada vez que podía. También empezó a escribir.

Verano-2010

Mi Vane:

Siento que voy a explotar. ¿Cómo?, ¿un viejo a tu lado? Quise enfrentarlo. Decirle sus verdades, preguntarle si no se siente ridículo andando con una niña de diecinueve años. Aún no sé cómo estoy aquí. ¿Sabes? No me importa. Estoy aquí contigo, quiero acompañarte, quiero estar a tu lado, y no, no voy a meterme en tu vida, aunque sea tu madre. No haré lo mismo de siempre. No haré lo que tanto te disgusta. No estoy de acuerdo, no soporto que tu pareja sea veinte años mayor que tú y, lo peor de todo, es que no me hayas dicho nada, carajo. Es una locura, pero no me voy a meter. Te lo ofrezco.

Maty Vélez

P. D. Gracias a Dios o al cosmos o a quienquiera que me haya originado este prodigio.

Tamara terminó de comer, se sentía mejor. Ser como una amiga para Vanesa era algo que no había podido lograr y aquí la oportunidad se le presentaba a manos llenas. Se metió a la cocina en busca de su hija.

—Me doy cuenta de que hay mucho trabajo, dime en qué te ayudo.

—¿Hablas en serio?, ¿ya comiste?, ¿te sientes bien?

—Me siento perfecto, ya no me lo preguntes.

—Porque sí que faltan manos. Si te animas, toma un delantal, están colgados allá en la esquina y ayúdame a levantar los platos sucios, porfa.

Tamara no lo dudó ni un segundo. De cuando en cuando, Oriol la veía un tanto nervioso. Le preocupaba que fuera a hacer un desastre, pero para su sorpresa ella demostró habilidades ayudando y recogiendo todo con mucho cuidado.

Poco a poco, mientras recibía instrucciones de Vanesa, la sensación de júbilo le regresó a Tamy. Trabajaron hasta que cerró el restaurante. Oriol se fue antes para terminar con algunos pendientes. Vanesa era responsable de cerrar. Pasaba de la medianoche.

—Ay, estoy muerta, no aguanto los pies, no pensé que hoy viniera tanta gente. ¿Tú cómo estás? —dijo Vanesa mientras se amarraba el cabello con una liga.

Tamara disfrutaba cada palabra, cada mirada que Vanesa le dedicaba.

—Parece tu *mantra* saber cómo estoy. Mira, bien, aunque a estas alturas, fuera de combate, este día ha sido larguísimo.

Esperaron a que salieran todos para encender el sistema de alarma y echarle llave. La calle, con una luna menguante, parecía boca de lobo.

—¿Dónde te estás quedando, Tamy? Con todo el rollo del restaurante ya ni le hablamos a tu familia ni al consulado ni nada.

Mientras trabajaba, Tamara ya había pensado en cómo habría de responder a estas preguntas.

—Me escapé un momento a una cabina telefónica, en lo que tú y Oriol se afanaban en la cocina, llamé a mis padres de larga distancia por cobrar. Me echarán la mano con mis papeles, tienen copias que mandarán al consulado para que sea más fácil. Me depositarán dinero en un par de días y pues, por lo pronto, quizás pueda irme a un hotel y esperar la transacción bancaria. Pensaba que, si Oriol está de acuerdo, puedo trabajar en el restaurante. No

tengo planes inmediatos, yo pensaba quedarme un tiempo aquí, antes del incidente de esta mañana.

—*Cap problem*, como dice Oriol. Le decimos y seguro que le gustará la idea. Ya lo irás conociendo. Oye, y estás como afectada del cerebro si crees que voy a dejar que te vayas a un hotel, más bien te quedas conmigo. Yo vivo en el depa de una amiga que se fue de viaje, así que hay suficiente espacio para las dos.

—¿De veras? Yo feliz, me late, qué padre, mil gracias, me urge una cama.

—Arreglado, te dormirás en mi cama o en el sofá. Creo que mejor en el sillón, porque no hay sábanas limpias.

—En donde sea, estará bien. Me meto en lo que no me importa, pero ¿no se te hace que Oriol está medio ruco para ti?

—¡Qué poca! Cálmate. Un hombre maduro es lo que una chica necesita, *trust me*.

Tamara sudaba frío. No podía disimular su rechazo a una relación tan dispareja en términos de edad. Fingió que no le importaba mucho, pero escuchaba muy atenta.

—Sí, sí, ya sé que tiene el doble de mi edad, no creas que no lo he pensado, pero no exageres, parece como si estuviera oyendo a mi madre, justo por eso no les he dicho, ni les diré nada a mis papás. La verdad sí me lleva un buen pero... A mí me encanta, es un tipazo, es inteligente, tierno, me ama, me cuida y llegó en un excelente momento. Además, tampoco es que me vaya a casar con él, está padre por el momento.

Cada vez que Vanesa hablaba de Oriol algo resplandecía en sus ojos. Tamy no tardó en darse cuenta de que su hija estaba enamorada. No le quedó más que cambiar de tema. A esas horas, y sin empacho, Vane detuvo un taxi. Barcelona, después de todo, no era la tan peligrosa Ciudad de México. El taxista las condujo al barrio de Poblé See. A Tamy le intrigaba si el metro se encontraba cerca. Vane contestó que sí, pero que todavía hubieran tenido que caminar hacia la estación unos diez minutos y que las dos morían de cansancio.

Ya en el departamento, a pesar de la fatiga, conversaron un rato largo.

—Me di cuenta que no me dejaste ni un cachito de tortilla, desgraciada. Voy a hacerme algo de cenar. ¿Tienes hambre?

—De ninguna manera dejaré que te prepares algo, siéntate, ve la tele, mientras yo te cocino algo, mijita.

—¿Cómo?

—Nada, a veces así hablo. Te haré algo delicioso. Déjame nada más ver qué hay.

Tamara desplazó a Vanesa de su posición frente al refri y fue sacando lo que encontraba. Pronto se apañó de todos los ingredientes para hacer un sándwich. Sin darse cuenta, como por instinto, cogió un jitomate y de buenas a primeras se lo comió a mordidas, en lo que preparaba un emparedado.

Vanesa se quedó sin habla. Tamara reparó en la reacción de su hija.

—Disculpa, pero me fascinan los jitomates. ¿Y esa cara, qué te pasa?

—¿Qué haces?, ¿un jitomate a mordidas? Solo había visto a mi madre comérselos así.

Tamara deseó arrojar el jitomate hacia los cielos del susto, pero ya era demasiado tarde.

—En mi casa todos se los comen así, como si fueran manzanas, mi madre siempre dice que los tomates tienen vitamina.

Y las dos al unísono:

—Vitamina A y C, jajajajajaja.

Rápidamente quedó listo un espectacular sándwich, que llevaba *fuet*, jamón de pechuga de pavo, queso manchego, mostaza francesa y pimienta morrón. Vanesa se lo comió con ganas. Tamy volvió a darle de mordidas a un tomate y bebió mucha agua, como una náufrega.

El celular de Vanesa vibró y ella contestó enseguida. Era Oriol, así que se metió a su cuarto y cerró la puerta. Tamara paró oreja y trató de oír lo que decía su hija, quien fue subiendo el tono de voz, hasta evidenciar que se había enfrascado en una discusión. Transcurridos algunos minutos, Vanesa colgó enfadada y salió rápidamente de la recámara. Tamara se apresuró a la cocina, para que Vane no la sorprendiera. De mal humor, la chica se sentó en una silla, empeñada en no abrir la boca. Después le anunció a Tamara que Oriol vendría por ella para llevársela a su casa.

Tamara casi se cuelga de la lámpara, pensó que seguro por eso habían discutido, porque el maldito anciano deseaba poseer a la “doncella”. “Buitre infecto”, se decía para sí misma la madre transfigurada. “Es una vil sanguijuela que se alimenta de la sangre de mi niña, pero no lo voy a permitir”.

Vanesa leyó en el rostro de Tamy que la había mortificado, por lo que prefirió sincerarse con ella.

—A Oriol le preocupa que meta a casa a alguien a quien acabo de conocer, por muy paisana que seas. Yo creo que se equivoca esta vez. No logro hacerle entender que hay algo en ti que me despierta toda la confianza

del mundo. No tengo miedo de nada, me produces una paz y una tranquilidad rarísimas. La manera en que me miras, la manera en que me hablas, o cómo me preparaste el sándwich han originado en mí una afinidad contigo. No sé por qué, pero sé que serías incapaz de hacerme daño, lo siento así.

»La cosa es que Oriol está clavado, dice que no conocemos nada de ti, salvo que eres mexicana, que puedes ser una *psycho* y degollarme en la noche. Le valió madres todo lo que le dije y viene para acá, dormiremos en su depa, ¿vale? Te quedas en tu casa y nos vemos mañana, amiga. Gracias por el sándwich.

Repiqueó el timbre del departamento, señal para que Vane bajara, le anotó su número de móvil en una servilleta y se lo dejó a Tamara, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Tamy se quedó con un alud de palabras en la boca. Oriol, debía admitirlo, tenía toda la razón del mundo. Tamara era una extraña, por más que Vane sintiera lo que sintiera, ese cabrón, pensaba, protegía a su hija. Quizás después de todo no era una alimaña ponzoñosa. Recapacitó y se dijo que tendría que ganarse la amistad y la confianza de Oriol a como diera lugar. Mientras pensaba en todo esto se le cerraban los ojos, pero no quería dormirse, temía ya no despertar, no quería volver a dormir nunca más, deseaba que amaneciera para encontrarse de nuevo con su hija. Repasaba en su mente una y otra vez todo lo sucedido. Se preparó un café muy cargado y, sentada en el sillón, se puso a escribir.

Noche, departamento de Vanesa, sin Vanesa.

Mi Vane:

No me quiero dormir, no quiero perderme ni un instante de esto que no sé si es mi vida o mi muerte, pero no importa. ¿Sabes?, eres mi adoración, mi niña por siempre. Cuando te quitaste el casco me impresionó verte tan hermosa, tan segura de ti misma. Me sentí muy orgullosa. Fuiste gentil, te preocupaste, me ayudaste cuando pudiste haber huido. En el restaurante te desenvuelves como pez en el agua. En tan poco tiempo has aprendido tanto. Me sorprendió ver cómo manejas la cocina y a la gente. Siempre fuiste líder. Lo único que se me atoró es tu noviecito. Si se enteró tu padre, lo ahorca. Aunque tienes razón, yo tampoco les hubiera dicho nada a mis padres. Jamás imaginé verte trabajando tan duro. Mañana quisiera llevarte

a... bueno, más bien a ver a dónde me llevas tú. Muero de ganas por abrazarte. En fin... Hoy casi me cachas. Quisiera decirte que soy tu madre, pero ni yo me la creo. No te quiero volver loca, además no quiero pensar tanto, creo que le daré vacaciones a Maty con sus sistematizaciones y su organización frenéticas. Te acompañaré y punto. Ignoro qué va a pasar, no puedo hacer planes. Este es el momento, mi único momento. Sé bien que me encuentro en un cuerpo que es solo una posada. ¿O será una metamorfosis total?

Maty Vélez

P. D. Daniel, Gaby, los extraño. Estrella, pequeña de piel canela, imposible olvidarte.

Tamara era un torrente de emociones. Empezó a cabecear, pero, gracias a todos los hados, el frío de la madrugada la despabiló. Aprovechó para bañarse y cocinarse un buen desayuno. Cualquier cosa antes que dormirse y regresar al hoyo.

El departamento era un desastre. Ropa tirada por todos lados, zapatos regados, platos sucios, la cama donde dormía Vanesa sin hacer, quién sabe desde cuándo. Tamara recogió todo y ordenó las cosas con una lógica muy clara. Extrajo de un clóset cubeta y escoba, no encontró líquido para lavar el baño, así que se valió del shampoo y de alcohol para heridas, y se dedicó a limpiar. Trabajó por varias horas, cuando se encontraba por terminar llegaron Vanesa y Oriol. El departamento había cambiado por completo. No volaba ni una brizna de polvo. Olía muy bien. Vanesa le sonrió a Oriol, como diciéndole “¿ya ves que no es ninguna *psycho*?”.

—Tamara, gracias, pero no debías haberlo hecho, neta.

—Más bien me levanté temprano y como no tenía nada que hacer, me puse a chambear.

Oriol, al ver que todo refulgía, se despidió de las dos mexicanas un poco más tranquilo, pero sin tenerlas todas consigo. Vanesa prendió su iPod y puso música. Fue a la cocina y Tamara le preparó algo de comer. Le gustaban las atenciones de su nueva amiga.

—¡Sabe delicioso! Qué bien se te da esto de la cocina, podemos hacer maravillas en el restaurante. Son las once de la mañana, debemos estar hasta la tarde en el trabajo. ¿Qué quieres hacer?, ¿ir al consulado?

—No, en verano está atascado, esperaré un par de días. Lo único que me preocupa es el dinero, necesito comprar algunas cosas, no tengo nada.

—Yo te presto algo, estoy viviendo de lo que gano en el restaurante, no pago renta y el reventón va por cuenta de Oriol, o sea que no hay bronca. Puedo sacar efectivo de mi tarjeta. Cuando te llegue la lana, me la depositas. Por la ropa no te preocupes, no tengo mucha pero seguro nos las arreglaremos. ¿No te importa que yo no me vista de darketa?

Tamara hacía esfuerzos sobrehumanos para no llorar. Claro que sabía cómo era su hija, pero compartir con ella esos sentimientos “a nivel de cancha”, como amigas, resultaba un deseo cumplido, un regalo del extraño universo. Su nobleza la tenía cautivada. Su propia necesidad de control había eclipsado antes muchos momentos maravillosos en compañía de su Vania. Apenas ahora lo entendía.

—Pues gracias, nunca esperé encontrar a una amiga como tú. Ojalá yo pudiera corresponderte así algún día.

—Oye, sí, ya sé que soy buena onda, pero no te azotes. A veces me desconciertas. No serás gay, ¿verdad?

Las dos rieron a carcajadas hasta que Vanesa interrumpió en tono burlón:

—Y no es que tenga nada contra los gays, pero tampoco quiero crear una falsa expectativa y, por favor, no, no, no, nada más no te me pongas sentimental, porque entonces sí vamos a llorar las dos. Eres muy chistosa, cuéntame de tu vida. ¿Qué te pasó? Por qué no logro captarte al cien. Eres una chava darketa, pero tienes unas actitudes y pensamientos como de cavernícola. Bájale, estoy segura de que hubieras hecho lo mismo por mí. Además, te confieso que mis amigas se fueron hace un mes a Roma, me quedé sola. Me sentí fatal cuando partieron. Me faltaba una amiga y creo que ya la encontré.

A Tamara se le salieron las lágrimas.

—Te juro que no soy gay. Tampoco tengo nada en contra de la homosexualidad, apoyo a los homosexuales, pero yo soy *straight*. Mi chavo se llama Daniel. Bueno, no sé si siga siendo mi chavo.

—Tamara, ¿qué onda contigo? Se me hace que no te quieren en tu casa. ¿Verdad? ¿O qué demonios te pasó? ¿Qué te hizo Daniel? No me llores, no creo que sea para tanto. Y ya cámbiate, el día es corto, el sol nos espera, vamos a la playa que se pone increíble. Te invito unas chelas, ándale.

Tamara moría de ganas de abrazarla pero no sabía cómo hacerlo. Se limpió los ojos húmedos. Vanesa la abrazó, le dio unas palmaditas en la espalda y luego saltó para tomar su teléfono.

—Oye, cariño, nos vamos a la playa a descansar, si te apetece ver a una chica guapa en bikini, ya sabes dónde puedes encontrarme.

Vanessa colgó y se dirigió a su amiga:

—Ándale que se nos va el día. ¿Qué bikini quieres, negro o verde? Ya sé, negro, con tu onda dark estarás más cómoda.

Tamara seguía contrariada por el romance de su hija con Oriol. Pero dejó sus ansias para otro momento y decidió comportarse con Vanessa como lo haría cualquier amiga. Se dejó llevar. Se puso el bikini y al ver el minipareo que Vanessa le ofrecía preguntó:

—¿Tienes unos *jeans* o algo para ponernos encima?

—¿Jeaanaans? No inventes; hace un calor del demonio. Ten un top y con una mini estás perfecta.

—No, ¿pero cómo vamos a ir así? Se nos ve todo.

—Jajajajaja, de eso se trata, ¿no? Créeme que además vas a querer quitarte todo del calorón que hace. ¿Y sabes qué? Me voy a llevar estos vestiditos, porque chance después del trabajo nos vamos a bailar, hoy es buen día.

La emprendieron hacia el mar contentas y parlanchinas. Parecía que se conocían desde siempre.

—Cuéntame qué haces aquí, de Daniel, ¿qué estudias?, ¿para qué viniste a Barcelona?

—Pues también vine con unas amigas, conocieron a unos cuates y decidieron irse a Londres, a mí me latió quedarme aquí. A lo mejor las alcanzo en unas semanas, porque habrá un súperconcierto de Black in Black en Escocia —Tamara se impresionaba a sí misma de las cosas que de repente decía—. Terminé la prepa y es mi año sabático. De Daniel no quiero hablar, pero te confieso que espero que nuestra relación se arregle. En México vivo sola en un departamento en Anzures. Mis padres se mudaron a Colima hace mucho tiempo. Yo estudiaba por la mañana y por las tardes trabajaba en el área de sistemas de una empresa, me iba bastante bien. Ahorré algo de dinero, mis papás me prestaron un poco más y aquí estoy. ¿Y tú?

—Pues también terminé la prepa, igual que tú, este también es mi año sabático, ya recorrí algunos lugares y por azares del destino me quedé en Barcelona, la neta es increíble, en el trabajo no me va mal, por si fuera poco, conocí a Oriol. En México tengo una hermana, se llama Gaby y tiene catorce años. Vivo con mis papás, bueno vivía. Tampoco quiero hablar del tema... No sé qué le pasó a mi madre, se largó de la casa y nos dejó tirados. Con

decirte que por eso quise cancelar mi viaje, pero la señora no me dejó. Total, así las cosas. Tienes razón, no vale la pena tristear.

—Tengo mucho sueño, me iría bien comprarme un café.

—Ya fueron muchos cafés, sé lo que necesitas.

Entraron a una tienda en donde Vanesa tomó una lata de Red Bull y agarró un paquetito de condones y otro de chicles.

—¿Qué onda con los condones, Vane?, ¿qué es la bebida esa?

—¿Nunca has tomado uno de estos? Es excelente, yo cuando necesito un empujón me tomo la mitad, no todo, porque entonces ya no me siento bien, pero es buenísimo.

—¿Y los condones como para que los quiero?

—Ay, amiga, ahora resulta que quieres todo, ¿no? Son para mí, si necesitas con mucho gusto te regalo.

Tamara se descontroló.

—Pero ¿por qué los compras? ¿Pasa algo que no deba yo saber?

—No me pasa nada. ¿Qué te pasa a ti, no sabes para qué son los condones? No te hagas. Prefiero que él se ponga sombrerito a que yo me hormonee a punta de pastillas. A veces, como anoche, el querubín no tiene condones y prefiero ir preparada, así no nos saldrán granitos.

Vanesa rio. Tamara se sentía contrariada, tenía sentimientos encontrados. Por un lado, le asustaba enfrentarse a la sexualidad de su hija, cosa que desconocía. Por otro, le complació ver a Vanesa actuar con responsabilidad y que estuviera perfectamente consciente de sus actos.

Se tomó el Red Bull completo.

—Llegamos. ¡Bienvenida a playa Mar Bella!

Oriol y sus amigos, Bruno y Gilberto, ya las esperaban. Se presentaron, llevaban un canasto con vino, pan, tomates, aceitunas, queso y jabugo. Buscaron unos camastros en la playa tapizada de gente. No cabía un alma. El calor era infernal. Tamara no quitaba el ojo de Vanesa y de Oriol. No podía disimular. Encontraron un hueco y abrieron una sombrilla. Pusieron las toallas en la arena, porque no hubo tumbonas, se desvistieron y se tiraron al sol. Tamara no tardó en hacer lo mismo. Vanesa traía una cámara y sacó fotos al por mayor. Luego le pidió a su amiga que le tomara una a ella: sola, de frente, de perfil, brincando en la orilla del mar, con una copa en la mano. No podía faltar la sesión fotográfica con Oriol, quien se incorporó un poco a regañadientes.

—Joder, nena, ya nos hemos tomado muchas, ¿cuántas más quieres?

Tamara, con todo y su desasosiego, siguió haciéndole click al aparato. Muy a su pesar, se percató de cómo Oriol se derretía por Vanesa. La trataba como reina, era gentil, cariñoso, todo el tiempo pendiente de su niña. Vanesa era una joven bella y a más de uno se le iban los ojos, por eso Oriol no la dejaba sola ni a sol ni sombra. Tamara se sintió aliviada de pronto. Su hija se merecía eso y más. Poco a poco, empezó a ver a Oriol con otros ojos.

Se divertieron de lo lindo, Vanesa y Oriol prepararon la botana y todos almorzaron contentos y con hambre. Se bebieron dos botellas de vino y algunas cervezas. Disfrutaban plácidamente tumbados al sol, cuando de pronto Vanesa, con un vaso lleno de agua, empapó como juego a su galán. Oriol la cargó y se la llevó al mar. Tras de ellos se fue Tamara, que no quería perderse de nada. Total, que todos acabaron en el agua, brincando y festejando la vida entre las olas.

Llegó la tarde y el tiempo se les echó encima. Levantaron sus cosas. Debían regresar a ducharse y vestirse para el trabajo del restaurante. Los novios estaban muy cariñositos. Oriol se subió a la moto, miró a Vane y ella en automático se dirigió a Tamara y le guiñó un ojo.

—Aquí están las llaves del departamento. Nos vemos en el restaurante, si llegas antes que nosotros, no te preocupes, irán apareciendo los muchachos y ya saben qué hacer...

—Sí, claro, no hay problema, pero si quieres te acompaño, no tengo prisa.

Vanesa y Oriol rieron, pensaron que Tamara bromeaba. Vane le pasó un papel a su compañera, con direcciones y teléfonos por si se perdía, luego se subió a la moto detrás de su novio, se aferró a él y, con los cascos puestos, arrancaron quemando llantas.

Los amigos de Oriol también se despidieron, quedaron de pasar más tarde al Celta. Tamara se inquietó mientras se alejaba su hija. Estaba a punto de estallar en llanto. Quería abrazarla, acompañarla, se resistía a creer que otra vez se hubiera ido al departamento de Oriol. Uno de los amigos la invitó a irse juntos. Tamara se contuvo para no desquitarse con él y declinó amablemente la invitación.

Sin querer le vinieron a la cabeza imágenes de los haitianos deambulando extraviados por las calles destruidas. Muy confundida, con una mezcla de emociones que se le agolpaba en el pecho, Tamara caminó sin rumbo.

Maty o Tamara, o quienquiera que fuera, no entendía nada sobre su estancia en Barcelona, pero lo importante era que estaba viva y ante eso no podía quejarse: feliz y preocupada a la vez. No se fue a bañar, sino que se

detuvo en un café antes de llegar a trabajar al restaurante. Pidió un *tallat*. Abrió su libreta y comenzó a hacer lo que más le gustaba: escribir.

Barcelona, verano 2010

Mi Vane:

Por más que pienso, no alcanzo a comprender qué hago aquí, pero creo que no hay por qué entenderlo todo. Hace unos días, unas horas o ya no sé cuándo, estaba atrapada, sin agua para beber, sin aire que respirar, con frío y con miedo. Hoy estoy aquí, junto a ti, mi amada Vane. No sé si estoy muerta o si estoy soñando, pero no me importa. Me estaba muriendo, muriendo en todos los sentidos, llena de impotencia por querer controlar mi mundo. Un mundo que de pronto se me vino encima. No sé por qué o cuándo decidí que yo debía tener el control. Creí que dominando a todos mis seres queridos estarían mejor. Me convertí en una dictadora, despiadada y fría, calculadora, manipuladora. Dejé de escuchar, impuse mi moral, mis juicios, avasallé a quienes amaba. Decidí que mi verdad y que el camino que yo escogí eran lo mejor para todos, me convertí en una tirana. Pero basta. Punto y aparte. BASTA. De lo único que estoy segura es de que, cuando me reflejé en tus ojos, supe que estaba viva.

Te amo,

Tu mamá o Tamara, como me quieras llamar.

P. D. Gaby y Daniel, hacen falta. ¡Estrella, te mando besitos y mi cariño!

Tamara estaba exaltada. El Red Bull hizo lo suyo. Lejos de dormir, tenía ganas de brincar, bailar, reír, comer, llorar, gritar, ganas de todo. Salió del café y se apresuró hacia el restaurante. Ya allí, saludó a los muchachos, se puso el delantal y empezó a ayudarlos. Pertenecía al equipo y eso le producía una sensación agradable. En eso entraron Vanesa y Oriol. Al ver que Tamara se había integrado y trabajaba, los novios le sonrieron.

—Eres un hit, qué bueno que ya estás aquí, te extrañé.

La propia Vanesa agilizó el trabajo en la cocina. El Celta reventaba de gente. Hubo comensales todo el tiempo. La faena concluyó a las dos de la mañana. Cuando se fue el último cliente, Oriol invitó a cenar a las dos jóvenes. Tamy había hecho gala de todo su encanto y en un solo día logró echarse en la bolsa a Oriol. Ahora él estaba tan encantado con ella como Vanesa.

—¡Uff, qué día! No pensé que estaría tan pesado, pero estoy con ánimo. ¿Qué decís, vamos a cenar algo guarro y grasoso? Si después tenéis ganas os invito a La Roca, seguro que a Tamara le gustará.

Aceptaron con entusiasmo. Se cambiaron como de rayo, o más bien, se transformaron: zapatillas, cabellos revueltos, minúsculos vestidos. Tamara, feliz de negro, congruente con su estilo. Hasta su maquillaje era dramático, por los labios negros, sus ojos sombreados de gris humo, el rostro pálido. Vanesa, en cambio, iba de blanco y zapatos rojos de plataforma, mostraba un poco de brillo en la boca y algo de máscara en las pestañas. Un contraste divertido entre las dos amigas, bellas cada una a su manera. Sin duda, el más feliz era Oriol.

—De solo miraros esto es un agasajo. ¡Qué guapura de novia tengo! —Oriol la tomó de la mano y le estampó un beso—. ¡Y qué decir de ti, Tamara, te ha sentado muy bien la playa! Sospecho que esta noche Vane se quedará conmigo, porque seguro tú saldrás muy bien acompañada. La Roca te va a gustar mucho.

Cenaron y una hora después se divertían en La Roca. Los novios sabían perfectamente que lo de ellos era compartir iPod y audífonos, sentados en la playa. Tamara no podía estarse quieta, por lo que prefirió conocer el lugar. Lo recorrió con lupa. Platicó con gente, hubo muchos chicos que la intentaron ligar, pero ella se escabulló, puesto que no quería conocer a nadie. Una chava que notó que huía de los galanes se le aventó y le dijo que ella también era tortilla, que por qué no se iban a otra parte. Tamara le agradeció, le aclaró que padecía mal de amores desde que rompió con su novio y la mandó a volar.

Acudió al área de la playa, donde estaban Vanesa y Oriol. Se turbó al advertir que los dos, fundidos, semejaban uno mismo. Se encontraban enlazados, casi en posición horizontal sobre un camastro, a la orilla del mar. Compartían la bebida y un porro. Tamara se sintió mal. Se apuntaló cerca de ellos, sin que pudiesen advertir su presencia. Trató de recobrar el aliento perdido. Jamás pensó ver a su hija fumando droga. Hasta ahí se adivinaba un olor extraño, que no despedía un cigarrillo común y corriente. Lo peor fue no poder darle un tirón a Vane y sacarla de ese lugar de inmediato. Ante la

impotencia, abrió su cuaderno, buscó el reflejo de la luz adentro del antro y escribió:

Barcelona, La Roca.

Mi Vane:

No sé qué hacer. ¿Mi hija en las drogas?, ¿qué hago? No me asusto, pero ¿desde cuándo estás en esto? ¿Será que en la casa te drogabas?, ¿en mis narices con todo y mis aduanas?, ¿será posible? ¿Y ese idiota también es drogo? Por más que pienso, lo peor que he hecho hasta ahora fue fumar puro a tu edad. No tiene nada que ver con droga, pero ocurrió en la clandestinidad. Si le hubiera dicho a mi madre, me mata. Además, aquí he visto peores cosas. Cocos, crack, pastillas en las mesas, se meten una, dos, tres, un litro de agua, alcohol, lo peor es el gas ese que hace que mueran de risa. Cuántas ganas de divertirse y embrutecerse. No estoy de acuerdo, mijita, no puedo. Voy a explotar, ignoro cuánto tiempo más estaré contigo, necesito convencerte de que tú no eres así. ¡Dios mío, no sé qué hacer! Te amo y eres mi vida. Mi Vane siempre, por favor, no te pierdas en el camino.

P. D. ¿Qué harías tú, Daniel, en mi lugar?

Tamara se armó de valor y se aproximó a la pareja, poniendo todo su esfuerzo para no armar un espectáculo. Le pidió a Vanesa que la acompañara un momento.

—Tamy, ¿dónde andabas? Ven, acompáñanos. ¿Ves el mar, las estrellas, la luna? Aquí son únicas. Anda, ven, siéntate.

Vanesa atrajo a su amiga hacia la tumbona, Oriol le ofreció el porro. Tamara iba a cogerlo para pisarlo, cuando su hija se lo quitó de las manos y le aconsejó que no fumara.

—No, Oriol, Tamy no puede fumar hoy, no sé cuántos cafés bebió esta mañana, además del Red Bull, no es buena idea, no se nos vaya a cruzar.

Vanesa estaba un poco desguanzada, pero, con todo y porro, cuidaba a su amiga, quien, agradecida, se sentó a su lado.

—Vane, ¿cómo puedes pensar en mí y no en ti? Tú también debes cuidarte.

—¿De qué hablas? Estoy perfecta, relajada y extasiada. Con algo de hachís el mundo es mío, un par de martinis y uffff. Claro, siempre después de comer algo. ¡Preocúpate si me paso de eso, porque entonces sí, ni me preguntes, al otro día no me acuerdo de nada y me siento fatal!

Aunque Tamara quisiera, no podría contradecir a Vane. A decir verdad, con todo y porro se comportaba conmovedoramente responsable.

Eran cerca de las cuatro de la mañana. Oriol había tomado vino y fumado un par de porros pero no se le notaba. Pagó la cuenta y se fueron de La Roca. Quiso que Vanesa lo acompañara a su piso, pero ella prefirió ir a su departamento con su amiga. Se encontraba enfiestada, con una gran fatiga. Rendidas, las amigas se metieron a la cama cuando amanecía. Vanesa se durmió al instante. Tamara se levantó con sigilo, se preparó un café en la cocina y regresó a la habitación para sentarse en el suelo, junto a la cama, del lado donde su hija descansaba. Sin pensar en nada, se le salieron lágrimas sin parar.

Barcelona, noche de copas y de ¡¡¡mota!!!

Linda, ¿cómo empezar? Me asusté al verte fumando marihuana, o lo que haya sido. ¡Qué decepción! Enfurecí. Sin embargo, me faltan palabras para expresar lo que sentí con tu acto de protección hacia mi persona, este personaje transfigurado que soy. Me da gusto que te sabes a ti misma. Estoy orgullosa. Esa es mi niña, una mujer al fin, una joven consciente de qué hace, aunque haga mal a veces. Como madre, no puedo pedir más. Me descubro torpe, ridícula, jamás te vi como realmente eres. Me encantas, hija. Ni siquiera sé si yo hubiera actuado así en tu lugar. Ojalá pudiera llamarle a tu padre y contarle.

Vane, primero que nada, te amo. El dormir a tu lado y oír tu respiración me recordó aquel momento en que dormiste por primera vez en mis brazos. En ambas ocasiones experimenté una profunda paz. Por eso te escribo, necesito que te enteres de que ahora, cuando menos tiempo tengo, es cuando quiero hacer todo mejor. Hoy entiendo que todas esas pequeñas cosas que nos suceden a diario son la vida misma, que se me escapa de las manos. Es claro que tu felicidad no consiste en vivir en la cima de la montaña, como yo he querido siempre, ahora entiendo que tu felicidad sucede mientras escalas la montaña. Te veo y no lo creo. Eres como tu padre, transparente como el

agua, se te nota que estás enamorada, chula. Agradezco que me permitas observar ese nuevo momento de tu vida. Cada una de las decisiones que tomé por ti estaban encaminadas a que fueras feliz (al menos desde mi óptica).

Tener la razón no es tan importante como saber escuchar. Por primera vez no te oigo, te escucho; por primera vez en mi vida debo aprender de ti.

Viéndote aquí, sola, con tu trabajo, tu novio, tu departamento, tu vida, que no es la mía, comprendo todo lo que me has querido decir siempre. Hoy sé que, como madre, soy un puente para que tú alcances tus sueños. Pero eso no me da derecho a trazar tu ruta. ¡Qué ironía, pensé que al dirigirte estarías bien a mi lado! Pudo más el miedo a verte partir que mi amor por ti. Tengo pavor a cerrar los ojos, este no es mi tiempo, es un tiempo prestado. Vane, hoy, más que hablar, necesito escucharte.

Cambió su postura para acomodarse mejor y mirar a su hija, contemplarla un buen rato. Su discurso mental fluía como una catarata. Eran demasiados estremecimientos, impresiones, vaivenes de la emoción. Se recostó aún más cerca de Vane. Un sosiego inesperado la tomó desprevenida y, contra su voluntad, se le fueron cerrando los ojos.

CAPÍTULO IX

LA VIDA DESPUÉS DE OTRA VIDA

Vanesa despierta cansada de su último reventón. Se vuelve sobre sí misma para sumergirse otra vez en las cobijas. Al cabo de unos minutos, estira un brazo y coge su iPod. Se destapa la cara. No sabe qué demonios hacer. Muere de hambre, pero le da una flojera infinita pasarse a la cocina y prepararse algo de comer. Quizás cereal y yogurt. Echa de menos el jugo de naranja natural que le servían en su casa de México y, aún más, los emparedados de su mamá. La envuelve cierto desasosiego, como si hubiera despertado de una pesadilla que no puede recordar.

La obligan a levantarse las ganas de ir al baño. De allí, antes de darse un largo regaderazo, se mete en la cocina, saca del refri queso, mostaza, jitomate, lechuga, jamón serrano y embute todo en dos rebanadas gruesas de pan. Algo y alguien le hacen falta. Vanesa piensa eso mientras devora el sándwich. Con cierta modorra regresa a la cama, enchufa la laptop de la dueña del departamento y revisa sus correos y su Facebook. Se entretiene con las fotografías que han subido sus amigos. Echa un vistazo a sus propios álbumes. Se dice a sí misma que quisiera cambiar su biografía. Mira con atención una imagen en la que aparece con Gaby y sus padres. La colma la nostalgia. ¿Por qué no están juntos sus papás?

Vanesa pasa ahora a su cuenta de Twitter. Se ríe con las tonterías de sus amigos. Una tuitea que “es un osazo tener vagina”, otra que dice “que el amor de su vida y ella tienen algo en común: no se conocen”. Otro se queja de la novia, de su hermano y de su perro. Uno publica una fotografía de Nepal muy interesante. Otra dice que a los tuits se los lleva el viento. De pronto, se topa con un mensaje de CNN que la desquicia: “*Maty Vélez, mexican radio commentator, missing in Haiti*”.

Su primera reacción es hablar con su papá. Toma el celular y digita los números de su casa. La desesperación la lleva a equivocarse un par de veces.

Finalmente le contesta Gaby.

—¿Gaby? Hola Gabita, plis pásame a papá, por favor, me urge.

Gaby, nerviosa, intenta distraer a su hermana.

—Vane, qué padre oír tu voz, te extraño, te llamé pero no entró la llamada. ¿Sabes? Me escogieron en el colegio para el concurso nacional de oratoria. Estoy feliz. ¿Qué te parece?

—Padrísimo, Gaby, pero pásame por favor a papá, me urge.

—¿Sucede algo? Me asustas, dime qué te pasa.

Para Vanesa, su hermana sonaba titubeante y lejana. ¿Estaría enterada ya de la desaparición de su madre?

—Gabriela no, no pasa nada, solo necesito hablar con papá. ¿Dónde está, por qué no me lo comunicas?

—Vane, no está. ¿Quieres que luego le pase algún mensaje tuyo?

—Su celular se encuentra apagado, nunca lo desconecta, y menos desde que yo estoy fuera de México. Dime, ¿dónde está papá, qué sabes de nuestra madre?

Gaby no soporta ya la presión que ejerce su hermana mayor sobre ella.

—Hermana, no te pongas loca. Vas a tener que tomar esto con calma. Mi papá se encuentra en Haití. Había problemas en el aeropuerto con los vuelos o con los aviones, no sé bien y, como ya habían pasado muchos días desde que mamá se fue para allá, decidió mejor ir por ella. Qué lindo, ¿verdad?

Vanesa le dice a Gaby que la quiere y cuelga. Toma sus documentos, los acomoda en su bolsa y abandona el departamento. Muy alterada, sigue llamando a su padre, pero es inútil. No hay respuesta. Entonces, decide volar a Haití. Le explica a su novio por teléfono la gravedad del asunto y le ruega que la entienda. Él comprende perfectamente y la alcanza en el aeropuerto, incluso quiere viajar con ella, pero Vane le suelta una verdad tan grande como una casa y es que un novio de cuarenta años pondría a su familia en guardia. Es una imprudencia en este momento, en el que no caben las explicaciones. El hombre lo acepta y la abraza con toda su alma.

Vanesa desea a toda costa comprar un boleto para ir a Haití a encontrarse con su padre. Conforme va de mostrador en mostrador de diferentes líneas aéreas se da cuenta de que es imposible trasladarse a ese país. Así entiende la dimensión de la tragedia haitiana y también la de sus padres, si es que su madre aún está viva.

En vista de que es imposible conseguir un boleto para Haití, Vanesa decide volar a México. El novio la acompaña hasta que comienza el abordaje.

Vane promete llamarlo en cuanto aterrice. Su promesa también es un largo abrazo, en el que ambos se sumen.

Puerto Príncipe

Todos trabajan a ritmo frenético. Los perros rastreadores, los topos japoneses, Daniel y su grupo. El tiempo transcurre implacable. De pronto, uno de los canes se detiene en un punto en el que hay vidrios rotos, tejas hechas añicos, partes de muros y unos toldos de lona. El animal suelta el calcetín y ladra con insistencia. Poco a poco, llama la atención de todos los rescatistas. La indagación se concentra ahora en ese sitio. Los segundos se vuelven eternos, es el ocaso del día. Daniel está casi febril, experimenta una mezcla de euforia y angustia. El pastor trata de serenarlo, pero no lo logra. Daniel es incapaz de controlar una temblorina que le recorre todo el cuerpo. Quiere llegar hasta donde puede hallarse Maty, pero sufre de un ataque de pánico y se marea.

Poco a poco la claridad de la superficie empieza a iluminar el cuerpo de Maty. Los topos japoneses sostienen bastones con espejos en la punta, que cuidadosamente introducen en cada espacio que queda libre, mientras quitan los escombros. A grandes voces avisan a Daniel que, en efecto, han localizado el cuerpo de una mujer.

Daniel se acerca impaciente para ayudar en las labores de rescate, pero Julián y Patrick lo detienen, con el objeto de que permita a los rescatistas realizar su trabajo, ya que necesitan espacio y un movimiento en falso podría ocasionar un derrumbe. La situación es por demás tensa. Para colmo, lo que gritaban los japoneses entre ellos no lo entendía nadie. Con gran destreza y muchísimo cuidado, los especialistas retiran los cascajos y derribos que ocultaban a Maty. Muy despacio, uno de los rescatistas —el más delgado— baja para analizar la situación y ver de qué forma la sacarán.

Maty se encuentra inmóvil, su cuerpo languidece, maltrecho. El topo japonés, con enorme precaución, libera el brazo de Maty que había permanecido atrapado. Se hace un silencio sepulcral. El rescatista se despoja de los guantes de protección y pone la mano en el cuello de Maty para captar sus pulsaciones, de haberlas.

Barcelona

El avión de Vanesa levanta el vuelo. Va consternada, mira por la ventanilla cómo la ciudad que tanto le había dado se hace pequeña. Son demasiadas cosas a la vez. La ausencia de su padre, la desaparición de su madre, la pesadilla que aún no logra recordar, pero que posee un pulso aparte y que la turba. Cree que soñó con su madre o con alguien joven que se comportaba como su madre. Por otro lado, le indigna que su familia no le hubiera avisado de los problemas que enfrentaba, como si la excluyeran. Su ansiedad mayor es con respecto a su mamá. ¿Estará viva? Quiere que el aeroplano haga pareja con la velocidad de la luz. Su mente mezcla varios pensamientos y sensaciones. En su casa le ocultan las malas noticias pero, después de todo, ella no ha estado tan pendiente de los demás, como sí lo ha hecho consigo misma y con su relación con Oriol. Ahora le embarga la culpa.

Puerto Príncipe

Con el pulgar hacia arriba el rescatista da la noticia de que Maty está aún con vida. Todos los ahí presentes estallan en júbilo. Julián y Baptiste se abrazan, pero Daniel duda entre alegrarse o pasar a la siguiente etapa del mal sueño. Cuando la desentierran, comprueba que su esposa respira, pero también que casi no se mueve ni puede abrir bien los ojos. Parece que delira, pero emite más sonidos que palabras.

Traen una camilla para transportarla. Daniel, aún nervioso, le susurra al oído:

—¡Maty! ¡Maty! ¿Me oyes?, ¿me escuchas Maty? Soy yo, Daniel. ¡Vine por ti, Maty!

La espera ya un grupo de paramédicos de la Cruz Roja y una ambulancia. De inmediato revisan sus signos vitales. El jefe de los paramédicos expone la situación a Daniel:

—Está deshidratada, tiene fiebre muy alta, su presión es demasiado baja, también tiene taquicardia. En estos momentos, su estado mental se percibe alterado. Seguro tuvo un mal aporte de oxígeno, por eso ya le pusimos una mascarilla. Urge trasladarla a un hospital, necesita de inmediato atención en terapia intensiva.

—¿Eso significa que cayó en coma?

—Es distinto, un coma se relaciona con el sistema neurológico. Aquí, en estas condiciones, puedo decirle que se encuentra en estado de choque. Es grave.

Daniel se trepa a la ambulancia. Presencia cómo a su mujer le pasan suero y luego le entablillan el brazo izquierdo y también una pierna. Para este momento ya hay decenas de personas rodeando el sitio. Julián despeja el paso para que la unidad pueda circular. En medio de cierta confusión y de la rapidez con la que avanza la ambulancia, uno de los rescatistas japoneses consigue entregarle a Daniel la grabadora de Maty. Apareció a unos centímetros del cuerpo atascado de la periodista, como si el destino se empeñara en salvar del entierro y del olvido el testimonio de vida que, con base en la desesperación, la angustia, el dolor y la forzada reflexión, Maty había construido a lo largo de las horas más críticas de su existencia. El rescatista supuso que era de ella, y también supuso que, en ese momento, el mejor destinatario era Daniel. Quizá tuvo la inconsciente sensación de que ese pequeño artefacto aliviaría la evidente consternación de aquel hombre.

Ciudad de México

En el aeropuerto de la Ciudad de México, Vanesa, agobiada, pide a todas las personas que la dejen pasar primero por migración, pues un aprieto familiar la requiere de inmediato. Su vehemencia y su rostro desencajado logran que todos la ayuden a pasarse hasta adelante. Como no lleva equipaje, puede movilizarse entre los mostradores de las líneas aéreas para comprar un boleto a Haití. Le informan que no se venderán boletos hasta nuevo aviso, porque el aeropuerto de la isla continúa cerrado. Vanesa llama a su padre a cada rato, le es imposible establecer comunicación. Desmoralizada, toma un taxi para ir a casa, donde espera encontrar respuesta a sus preocupaciones.

Puerto Príncipe

Dentro de la ambulancia, Maty se convulsiona. Primero la rotan sobre su lado izquierdo para disminuir el riesgo de aspiración. Le retiran la mascarilla con el objeto de asegurarse de que los labios no se hubieran amoratado, lo mismo que los dedos de la mano libre. Por fortuna, los paramédicos la estabilizan en pocos minutos. Daniel se asusta tanto que nombra constantemente a su mujer: “Mi Maty, no, Mi Maty, no”.

—¿No hay algún hospital donde podamos llevarla pronto? —pregunta desquiciado—. Sigue cerrado el aeropuerto y necesitamos que la atiendan ya.

—Tranquilícese. La deshidratación, la fiebre por las toxinas del agua que seguramente bebió enterrada, la mala circulación sanguínea al cerebro, la

hipoglucemia por no haber comido en tres días le provocaron la convulsión. Como usted ve, la controlamos. Ahora entienda que es arriesgado ir a cualquier hospital. Están repletos de heridos, no hay suficientes médicos ni medicinas. Lo mejor es llevarla al campamento de la Cruz Roja mexicana, el del aeropuerto, y allí, en cuanto se reanuden los vuelos, viajar con ella a México.

—Pero no vuelve en sí.

—Así ocurre después de una crisis como la que tuvo. Es un estado postictal, o sea, la pérdida del estado de alerta.

—¿Y lo va a recuperar?

—Esperemos que sí, señor, sea paciente.

Poco después, dando tumbos por las grietas en las calles, los desperdicios de las construcciones caídas y los baches consiguen ingresar al campamento de la terminal aérea. Daniel le lleva tomada la mano a Maty y se contiene para no gritar de impotencia.

Conducen la camilla con Maty a una amplia tienda de campaña. Los médicos le suministran medicamentos vía intravenosa. Deben bajarle la fiebre a como dé lugar, primero que nada. Daniel oye con atención lo que se dice acerca de la gravedad de su mujer, mientras le humedece los labios con hielo. Maty vuelve a convulsionar. Los médicos la sujetan con fuerza y la voltean para evitar que se ahogue. Por un momento, un instante apenas, Daniel creyó que Maty salía de su estado de choque, pero no fue así. Todo vuelve a una calma incierta. Daniel besa en la mejilla a Maty y consiente que se le derramen algunas lágrimas.

Una joven enfermera le aconseja que salga a dar una vuelta. A regañadientes, Daniel obedece. Aprovecha así para investigar cuándo abrirán el aeropuerto. La gente va y viene, a veces militares estadounidenses, soldados haitianos, doctores de la Cruz Roja Internacional. Casi sin advertirlo, Daniel se topa con Julián. Lo abraza con fuerza, derrotado, y con él se desahoga. Su aliado conforta en algo su alma. También le avisa que en México ya saben lo sucedido con Will y Maty. En algunas redes sociales se comenta la muerte de Will y la gravedad de Maty.

Eso saca a Daniel de sus casillas, porque seguramente sus hijas se enterarán, si no es que ya se encontraban más que enteradas. Por altavoces informan que el aeropuerto reinicia sus funciones. Daniel se tranquiliza, en la medida de lo posible, y telefonea a su hija Gaby.

—¿Gaby? Hola Gaby, ¿cómo está mi niña?, ¿qué?, ¿cómo? ¿Vanessa? Vanessa, ¿qué haces en casa?, ¿cuándo llegaste? Por favor, mijita, aplácate, no

llores, calma, no te entiendo nada.

Por un instante, Daniel pierde el control de sus pensamientos, de sus emociones, hasta de su mirada. ¿Hace cuánto tiempo había extraviado la calma? Perdió su matrimonio pero no está listo para ver morir a su compañera de vida. El mundo gira a una velocidad insoportable; se siente débil e impotente. De un segundo a otro pasa de la esperanza, a la angustia y, con extrema frecuencia, toca los umbrales de la locura.

—Papá, ¿por qué no me dijiste que mi mamá está desaparecida? Dime qué pasa, dime si está viva.

Gaby, al percatarse de que es su padre el que llama, levanta la bocina del otro teléfono.

—Papá, dijiste que mi mamá estaba bien. Dinos qué le sucedió.

—Vanessa, Gaby, perdónenme. Puse toda mi intención y mi esfuerzo en buscar a su madre, no supe cómo decirles que, en el último temblor de Haití, quedó atrapada. Hoy, apenas hace un par de horas, se le rescató.

—Pásamela, quiero hablar con ella, quiero escucharla. ¿Por qué dicen en Twitter que está grave?

—Vanessa, tu madre es una mujer fuerte, ya la están atendiendo, pero ahora duerme, agotada.

Daniel se siente ridículo, no debe seguir ocultándoles la verdad a sus hijas.

—Vanessa, Gaby, mamá está grave. Confío en que se recuperará. Tengamos paciencia y esperemos que reaccione al tratamiento.

—Papá, por favor, regresa, trae a mamá contigo. Quise viajar para alcanzarte allá, pero fue imposible. Por favor, no nos dejes con esta angustia, dile a mi mamá que la necesitamos. Dile que la amo.

El llanto impide que Vanessa y Gaby puedan seguir en el teléfono. Además hay interferencias en la línea. Antes de que interrumpan la conversación, su padre les dice:

—Mis niñas, las mantendré informadas de todo, por favor, cálmense. No es fácil lo que está pasando, pero necesitamos ser fuertes, su madre nos necesita a todos. Les aviso en cuanto sepa a qué hora salimos para México.

Cuelga acongojado. No tiene cabeza para pensar en sus hijas. Precisa moverse rápido para subirse con Maty a un avión lo más pronto posible.

Se hinca a un lado de su esposa y sujeta su mano mientras los doctores la revisan. Aunque Maty ha abierto los ojos, la debilidad la amaga. No puede hablar y cae de nuevo dormida. Sin duda es una señal alentadora, pero dadas las circunstancias resulta difícil para los médicos conocer cuál será el

desenlace. Daniel pregunta con insistencia en qué estado se encuentra su mujer a estas alturas. Los doctores carecen de respuestas y lo último que le informan lo deja helado.

—Señor, entiendo que quiera llevarse a su esposa a México, necesita atención urgente, pero en este momento es mejor que esté aquí algunos días. No puede viajar con esa fiebre. No es recomendable, más bien resultaría arriesgado que volara en estas circunstancias. Si decide subirla a un avión, será bajo su responsabilidad.

Al principio, Daniel vacila, pero resuelve tomar el riesgo. De la tienda de campaña, se apresura a coordinar el traslado de Maty a México. Llama a sus contactos, llama a varias oficinas del D. F. hasta que finalmente obtiene de nuevo el auxilio de la Cruz Roja mexicana. Viajarán en el Hércules, con todos los implementos obligados, con dos médicos y una enfermera para que su mujer resista el vuelo.

En las horas previas al viaje, Daniel se agencia unos audífonos y así escucha la grabación de Maty.

Daniel: tengo tanto qué decir, tanto qué contarte, me siento estúpida, ahora sí que estamos lejos. ¿Sabes? Quisiera estar contigo y decirte que yo también me equivoqué, aquí está muy oscuro y sin embargo veo con mayor claridad que cuando estábamos juntos. Sí, me mentiste, sé que te duele tanto como a mí. No lo pensé, no me detuve a pensar qué podía hacer para rescatarnos. Sí, me largué de la peor forma, no te justifico, no me justifico, me volví loca de celos. Pero necesitamos perdonarnos, es la única forma de sanar los males. Te extraño desde antes de que me fuera de casa. Te amo tanto, por Dios. No sé cómo permitiste, cómo permití que todo eso que un día nos unió se diluyera.

¿Recuerdas cuando rentamos nuestro primer departamento en Clavería? Con el sueldo de los dos vivíamos muy limitados, pero felices a rabiar, ahí nació Vane, aún guardo la llave como un gran tesoro. Aquí he pensado en eso que me decías de sacar la perla de cualquier situación por adversa que fuera. Quiero aplicarlo aquí, quiero encontrar la perla en este hoyo maldito. Quiero vivir para estar a tu lado, tal vez sin hablar, solo mirándote, mirándonos para fundirnos —oye los sollozos de su mujer—, Daniel, tengo miedo, tengo miedo de perderme aquí. No me abandones, mi amor, amor de siempre, no me dejes.

El rostro de Daniel refleja cada sentimiento que lo atraviesa. Abre los ojos con asombro, a ratos se anegan. Sonríe, traga saliva, de pronto se le acelera la respiración. Regresa una y otra vez la grabación para escuchar de nuevo la voz de Maty.

Cuando se obliga a apagar la grabadora, se aproxima a su esposa y le murmura al oído:

—Aquí estoy, prometí que vendría por ti y que te llevaría conmigo.

Hacia la noche, con la vista de una ciudad que parece bombardeada, despegan el Hércules. Durante el vuelo no hay incidentes. Maty duerme con placidez. Cuarenta y cinco minutos más tarde de lo previsto, casi a las once de la noche, tiempo de México, aterrizan en el hangar de la Fuerza Aérea. Ya los aguarda una ambulancia que abordan *ipso facto*. Daniel llama a la abuela para pedirle que se vaya con las niñas al hospital.

En el sanatorio, Daniel se encuentra con sus hijas. Todos lloran y se abrazan, sin atinar a decir nada por un rato. Vane abre la conversación:

—Papá ¿qué hay con mamá?, ¿qué tiene?, ¿qué pasa?, ¿cómo se siente?, ¿podemos verla?

—Su madre va mejor, aunque muy decaída. Fueron días sin comer, bebió agua de lluvia contaminada, padece una fuerte infección, por lo que ha tenido fiebre muy alta. La subieron a terapia intensiva, solo podrá entrar una persona a la vez, pero estoy seguro de que será bueno para ella que la vean ahora.

Vanesa, que se limpia las lágrimas y se suena la nariz sin parar, le suplica a su padre que la conduzca a terapia intensiva.

Daniel le besa ambas mejillas, en lo que le promete a Gaby que después será su turno. Vane entra a ver a su madre, envuelta con cubrebocas, cubrepies, gorro y bata. Le impresiona ver a Maty conectada al monitor de signos vitales, a una bomba de infusión de fluidos intravenosos, a un respirador y a una sonda nasogástrica. Se mareas un poco. La luz del día entra por un ventanal que carece de cortinas. No tiene ni persianas. A los enfermos los mantienen iluminados en una suerte de vitrina. Nadie puede pasar por alto a los médicos. Ante la luminosidad Maty conserva los ojos cerrados. Su hija se aproxima a ella y le dice con una voz lo más queda pero audible:

—Mamá, sé que me oyes. Tú puedes salir de esto. Papá, Gaby y yo te necesitamos. Mami, ya te encuentras en México y estamos todos contigo. Mis abuelos, muchas de tus amigas han venido al hospital. Tus radioescuchas preguntan por ti en Twitter.

Vane le cuenta que, curiosamente, tuvo un largo sueño con ella, no se acuerda de qué se trataba, pero se figura ahora que la llamaba desde Haití, no podría explicar cómo.

Acaricia delicadamente el rostro de su madre con el índice de una mano. La enferma abre apenas los ojos y, con enorme dificultad, le dice:

—Vania, tuve un sueño hermoso. Estábamos juntas y éramos amigas.

—¡Mamá, estás aquí! ¡Doctor, venga por favor, venga rápido!

Enseguida aparecen un doctor y una enfermera. El médico le pide a Vane que abandone el alumbrado cubículo. “Va mucho mejor”, le asegura después de revisarla. “La pasaremos pronto a terapia intermedia”.

Maty ha perdido conciencia del paso del tiempo. La trasladan en una camilla por los pasillos del nosocomio, hasta que un camillero y una enfermera la adentran en un espacioso elevador. La paciente se atemoriza, no quiere estar encerrada. Le vienen recuerdos del “hoyo”, de los días en que vivió enterrada. Quisiera gritar, pero no puede. El grito se le atora en la garganta. Cuando las puertas del ascensor se abren, amainan sus temores.

En la habitación la esperan Vane y uno de los médicos, quien a poco le extrae diligentemente la sonda. Maty le sonríe agradecida y luego sitúa su interés en su hija.

—Vania, ¿cuándo regresaste? ¿Dónde están tu papá y Gaby?

—No pude quedarme lejos cuando supe que estabas desaparecida. Ya pasó, aquí estoy, no te preocupes por nada, todo va a marchar bien. Mi papá y mi hermana ya vienen, están afuera porque aquí no podemos entrar todos, ahora los ves. Tengo tanto que contarte, nada sirve si no lo comparto con ustedes, contigo en especial, mamá. No hables mucho, salgo un momento para que entre papá. Te amo, ma, de veras te quiero muchísimo.

El médico habla con la enfermera y le da instrucciones cuando irrumpe Daniel en el cuarto. Cariñosamente le manifiesta a su mujer:

—Maty, Maty, qué alegría verte despabilada. ¿Cómo te sientes, te duele el brazo? Vas a estar muy bien, mi amor, te lo juro.

Daniel se acerca a su esposa para besarla en la frente con ternura. Ella traga saliva a duras penas para que le salga de nuevo la voz:

—¿Gaby?

—Desesperada por pasar. Pero déjame estar un ratito más contigo.

—¿Will se salvó?

Daniel flaquea, se dirige al doctor como suplicando ayuda. Maty se encuentra expectante, mientras su marido vacila entre decirle la verdad o no.

—¿Murió?

—Sí, Maty, tú corriste con mucha suerte. Cuando te encontró el topo japonés y logramos sacarte llegué a pensar que habías muerto también.

Maty cierra los ojos y llora en silencio.

—Le diré a Gaby que entre.

Acongojada, en cuanto entra Gaby desea abrazar a su madre. No se puede dominar y lagrimea.

—Gaby, mi pequeña, no llores, estoy bien.

Al siguiente día, Maty es transferida a otra habitación. Recupera el color de la cara. Vania la peina y el sol entra por una ventana con el cortinaje corrido.

—Cuéntame de tu viaje, hija.

—Mi aventura terminó, aunque dejé un novio por allá, ma. No te lo había querido decir. Lo que deseo ahora es entrar a la universidad. No puedo comprometerme con nadie aún.

—¿Un chef catalán mucho mayor que tú, que se llama Oriol?

Asombrada, Vane contesta que, en efecto, su novio es un hombre hecho y derecho, dueño de un restaurante.

—Pero no se llama Oriol sino Pau, Pablo. ¿Cómo sabías lo demás?

—Lo soñé o lo aluciné, Vania. ¿Conociste a una tal Tamara, una chava mexicana súperdarketa?

—No, ma. ¿Tú sabes de alguien así?

—Sí y no, Vania, lo importante es que he recuperado a mi familia y mi salud.

—¿Volverás con papá?

—Por supuesto, nos hemos reconciliado aquí, en el sanatorio, pero creo que lo hicimos desde antes. Desde mi experiencia bajo los escombros, mientras tu padre me buscaba por todo Puerto Príncipe. Ahora que los he recuperado, solo me faltan tres cosas por hacer, por lo menos en el corto plazo.

—¿Cuáles? —inquire Vanesa, mientras le rocía la cabeza a su madre con un poco de fijador.

—Averiguar sobre Estrella y su familia, convencer a Cadena Ser de que se cree un premio anual al mejor reportaje radiofónico, con el nombre de Will y, por último, quiero una hortaliza con jitomates en la parte más soleada del jardín.

»Daniel, necesito tu ayuda, de los tres, Vane, Gaby, quiero regresar a Haití.

—Maty, eso será después, tus hijas y yo te necesitamos aquí y tú también necesitas recuperar la salud, no fue nada sencillo lo que viviste. Por favor, paciencia.

—Deseo que adoptemos a una familia, es una larga historia, pero hay una niñita que me espera y confía en mí, quiero traerme a su mamá y a sus hermanos. Están en el desamparo absoluto al igual que miles de familias. Necesito...

Daniel la cobijó, le acarició el rostro y con su mano le tapó con gentileza la boca.

—Descansa Maty, te doy mi palabra, velaremos por esa familia, por la pequeña. Primero necesitamos sacarte de aquí.

—Vania, tuve un sueño hermoso.

Las dos se miran...

EPÍLOGO

DEDICADO A HAITÍ

Haití permanece en alerta roja después del devastador terremoto de siete grados Richter que el 12 de enero de 2010 cobró 222 mil 570 vidas, hirió a más de 370 personas y dejó sin hogar a 1.5 millones de haitianos. A esta tragedia se sumó una epidemia de cólera que infectó a casi 600 mil personas y que dejó un saldo de 7 mil muertos.

A cuatro años de distancia —el tiempo sigue corriendo—, en Haití, el país más pobre del continente americano, viven en carpas 140 mil damnificados, 4.5 millones de habitantes padecen escasez de alimentos y setenta por ciento de la población sufre desempleo.

El terremoto puso en evidencia la necesidad de reconstruir este país más allá de las casas de sus pobladores y edificar una nueva estructura institucional capaz de poner las bases de un Estado que responda a las apremiantes necesidades de la población.

El desafío sigue siendo enorme, ya que a pesar de los 2 mil 700 millones de dólares inyectados vía cooperación internacional, los principales indicadores no han mejorado: en un país de 10 millones de habitantes, 7 millones son pobres, es decir, 7 de cada 10 personas.

La situación de los derechos humanos, de la infancia y la seguridad en las calles de Puerto Príncipe es brutalmente dramática. Las asociaciones civiles aseguran que las mujeres menores de edad ofrecen servicios sexuales a cambio de comida, agua o alguna moneda que les sirva para sobrevivir.

Además del sufrimiento de una nación, Haití nos recuerda que la humanidad necesita promover soluciones sustentables, es decir, aquellas que van más allá de la tragedia y que buscan generar equilibrios para dejar atrás la ficción de un crecimiento económico que llega solamente a un limitado porcentaje de la población.

Sirva esta historia para que los retos que enfrentan cada uno de los pobladores de Haití se escuchen más allá de su llanto en silencio.

ANA MARÍA LOMELÍ.



Ana María Lomelí (México). Egresada de la carrera de Periodismo en la escuela Carlos Septién García. Inició su trayectoria profesional siendo aún estudiante, etapa en la cual condujo el programa “6 en punto” para la empresa Televisa.

En esta misma televisora participó como reportera y conductora en diversos espacios informativos al lado de periodistas como Jacobo Zabłudovsky, Guillermo Ochoa, Lourdes Guerrero y Guillermo Ortega.

En 1997 se incorporó a TV Azteca para conducir “Hola México” al lado de Pablo Latapí, etapa a la que prosiguió la titularidad del espacio informativo “Hechos AM” junto a Ramón Fragoso, y en una etapa posterior al lado de Hannia Novell, Anette Cuburu y Edith Serrano.

En su larga trayectoria periodística, Ana María ha cubierto giras internacionales de diversos presidentes de la República Mexicana, además de haber participado como reportera en eventos internacionales como el enlace matrimonial de *Lady* Diana Spencer y el Príncipe Carlos de Gales, la cobertura especial del “Milenio” desde Jerusalén y la quinta visita pastoral de S. S. Juan Pablo II a nuestro país, entre otros.

Participó en el noticiario matutino “De 6 a 9” transmitido por TV Azteca.

Actualmente forma parte del equipo de “Hechos de la noche”, conducido por Javier Alatorre en donde transmite cápsulas informativas, abordando diversos temas de interés social.

Como periodista, destacan sus entrevistas con mandatarios que en su momento han estado al frente de la presidencia de diversos países de Latinoamérica como Paz Zamora de Bolivia, Collor de Mello de Brasil, y del Perú, Alberto Fujimori.